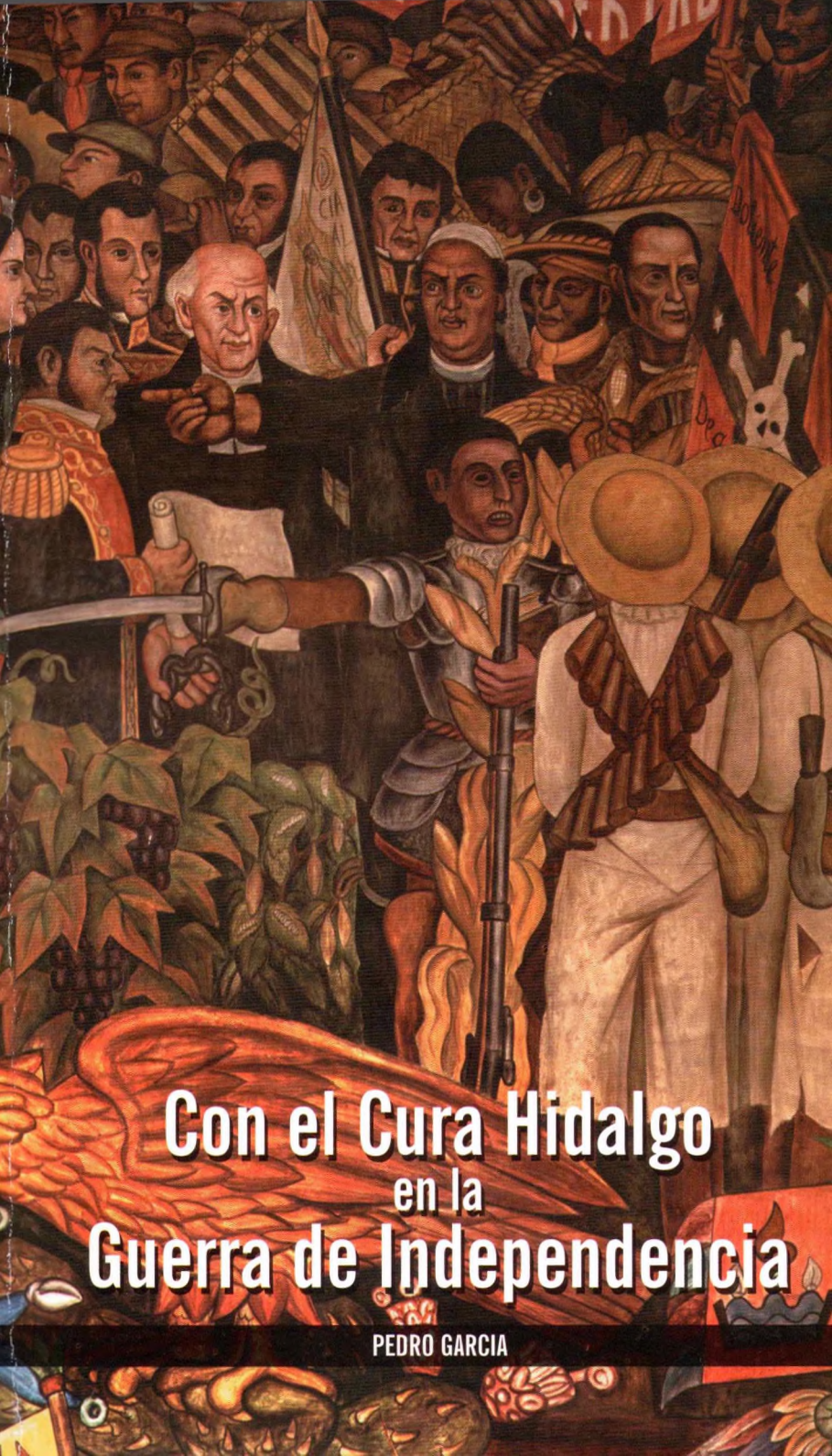




Con el Cura Hidalgo en la Guerra de Independencia

PEDRO GARCIA

CON MOTIVO DE LA CELEBRACION DE LOS 250
AÑOS DEL NATALICIO DE DON MIGUEL HIDALGO
Y COSTILLA, PADRE DE LA PATRIA, SE PUBLICA
ESTA EDICIÓN Y SU DISTRIBUCION SERÁ GRATUITA,
SIENDO SU FINALIDAD LA DIFUSIÓN

2003 AÑO DE DON MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA. PADRE DE LA PATRIA
ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO DEL ESTADO DE GUANAJUATO

CON EL CURA HIDALGO
EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

GOBERNADOR DEL ESTADO DE GUANAJUATO

Lic. Juan Carlos Romero Hicks

SECRETARIO DE GOBIERNO

Lic. Juan Manuel Oliva Ramírez

SUBSECRETARIO DE GOBIERNO

Ing. Gerardo Luis Rodríguez Orozco

DIRECTORA GENERAL DE GOBIERNO Y SERVICIOS JURIDICOS

Lic. Rosa María Cano Melgoza

DIRECTOR DEL ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO
DEL ESTADO DE GUANAJUATO

Mtro. Isauro Rionda Arreguín

CON EL CURA HIDALGO
EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

Pedro García

Coordinación

Isauro Rionda Arreguín
Susana Rodríguez Betancourt

Revisión de textos:

Georgina Sosa Alvarez
Cristina Valtierra Rivera

Captura de texto:

Marco Andrés Hernández Huerta
Claudia Vargas Baltierra

Apoyo en cuidado de edición

Jaime Carrillo Carrillo

Digitalización de portada:

Julio César Reyes Aquino

Con motivo de la celebración de los 250 años del natalicio de Don Miguel Hidalgo y Costilla, Padre de la Patria, se publica esta edición y su distribución **será gratuita**, siendo su finalidad la difusión.

Archivo General del Gobierno del Estado de Guanajuato, 2003.

Alhóndiga e Insurgencia N° 1

Centro, Gto.

473 732 02 28 732 10 52

Prólogo

Eugenia Yllades

Hidalgo era un liberal. Su amplia formación académica y el contacto con las diferentes clases sociales de la época le ofrecieron un horizonte cultural del que se apropió impetuosamente. Cuando llegó al colegio en el que cursaría sus estudios y en el que sus ideas iban a tomar forma, ya contaba con la experiencia directa de los diferentes papeles que desempeñaban las personas en la sociedad colonial, pues había crecido y trabajado con los peones de la hacienda que administraba su padre, al mismo tiempo que su situación económica le posibilitaba el contacto con gente que tenía más recursos y educación. Según Jara y Torres, Hidalgo gustaba de subir al caballo y recorrer los terrenos de la hacienda alentando y ayudando a los peones, por lo que pudo enterarse de sus penurias y necesidades.¹ Con ese conocimiento, más adelante, siendo caudillo de la Independencia, Hidalgo procura dar alivio a las condiciones en que trabajaban los peones y emite el decreto por el que se abolía la esclavitud, lo que nos muestra su interés auténtico por modificar de fondo la estructura social de explotación en que entonces se vivía.

Las opciones que tenían los criollos en esa época eran ser militares o ser sacerdotes; Hidalgo escogió esta última y, gracias a los recursos suficientes de su padre, pudo entrar al Colegio de Francisco Xavier en Valladolid. Allí comenzó Hidalgo su formación teórica y pudo desarrollar la extraordinaria capacidad intelectual que siempre fue reconocida por todos sus compañeros y profesores. También en ese Colegio dio forma a su carácter sa-

¹ Joaquín Jara Díaz y Elías Torres Natterman. *Vida de Hidalgo*. Pág. 19.

gaz y sarcástico, lo que hizo que sus compañeros le apodaran *el zorro*. Hubiera seguido allí sus estudios, pero la expulsión de los jesuitas en 1767 hizo que tanto él como su hermano Joaquín suspendieran una corta temporada sus estudios hasta que, meses más tarde, fueron inscritos por su padre en el Colegio de San Nicolás.²

Allí pasaría más de veinte años en los cuales acabó de dar base a su personalidad. No solamente sacó gran provecho de sus estudios, con excelentes calificaciones y un gran aprendizaje sobre las materias que se impartían en esa época, sino que fue, además, un promotor de las nuevas ideas. Esto último se puede ver por su desempeño como maestro en el Colegio de San Nicolás; y también más adelante siendo ya el caudillo ilustrado del movimiento de Independencia. Hidalgo aprovechaba su estancia en el colegio y la libertad de movimientos que tenía, primero como catedrático y después como vice-rector y rector, para poder leer libros que la mayor parte de la jerarquía eclesiástica no veía con buenos ojos o que, incluso, estaban prohibidos por las ideas liberales que contenían. Con habilidad especial, Hidalgo aprendió varios idiomas, cosa muy rara para esa época en la que la mayoría de la gente no sabía leer ni escribir; y aún entre los que tenían educación, pocos eran los que dominaban, como Hidalgo dominó, lenguas extranjeras y autóctonas. Hasta Lucas Alamán, historiador que no le tiene a Hidalgo especial admiración, reconoce las habilidades de éste en el manejo de los idiomas.

No fue un estudiante ni un maestro pasivo, pues ayudaba cuanto podía a sus alumnos y compañeros. Tomaba parte en reuniones en las que se debatían los textos de los autores antiguos y modernos. Era visitante asiduo de las bibliotecas y aún siendo joven emitía severas y bien fundadas críticas a autores reconocidos por la Iglesia como el padre Gonet, a quien Hidalgo juzgaba

² Pablo Macías Guillén. *Hidalgo, Reformador y Maestro*. Pág. 18.

falto de lógica y razón. Era tan inquieto en su vida y sus ideas, que incluso sufrió una expulsión temporal del colegio por una escapada nocturna en la que salió con sus compañeros.³

Todos en el Colegio hacían las lecturas de autores clásicos y contemporáneos, pero Hidalgo no las dejaba pasar: tomaba y aplicaba las enseñanzas, asimilándolas a su pensamiento. A diferencia de la mayoría de sus discípulos, que se entregaban a una vida sacerdotal totalmente hecha a las costumbres de la época, Hidalgo desplegaba gran actividad combinando su trabajo académico con su labor sacerdotal. Al mismo tiempo que se hacía apreciar por sus compañeros, e incluso por la sociedad de Valladolid, atrajo hacia sí la atención de la alta jerarquía del clero que vigilaba su desempeño y comenzaba a considerarlo demasiado inquieto y crítico, pues externaba sus opiniones de una manera dura e irónica, y siempre bien fundamentado con elementos tomados de las lecturas que hacía, sobre todo de autores franceses (Voltaire y Rousseau, etc.), así como de la observación de los problemas de la sociedad en la que vivía.

Voluntad e inteligencia eran las herramientas con las que Hidalgo contaba para desempeñar la profesión elegida. Como académico, Hidalgo recibió las ideas de la ilustración y siguió también con interés el pensamiento de algunos de los jesuitas mexicanos que estaban en Europa, así como del filipense Gamarra. Su interés en la ciencia le dio elementos para concebir como posible un cambio tanto en las ideas como en la vida práctica y lo puso en marcha más adelante en los curatos de San Felipe y Dolores que tuvo a su cargo.

Su talento era admirado incluso por sus detractores, pero también condenado por no ajustarse a las normas tradicionalistas de la Iglesia. Las envidias y rencores de los jerarcas eclesiásticos dieron como resultado que en 1792 fuera separado de su

³ *Idem.* Pág. 23.

cargo de rector y enviado a un curato lejano, en Colima, donde pensaban neutralizar a ese espíritu inquieto. Pero Hidalgo no podía ser contrario a su naturaleza y siguió con su actividad, realizando mejoras a la iglesia y ayudando a su feligresía. Pocos meses dura en Colima y llega, en enero de 1793, a San Felipe Torresmochas, donde fortalece su labor social y vuelve a la polémica organizando reuniones con gente ilustrada y miembros del clero.

Hidalgo no se sometía sin más al dogma sino que lo analizaba lógicamente; y, debido a su carácter juguetón y retador, gustaba de exponerlo delante de otros curas o frailes, lo cual le trajo muchos problemas. Ejemplo de esto es la ocasión que fue invitado, durante la semana santa de 1800, a Tajimaroa, lugar donde entabla una polémica con los frailes Huesca y Estrada acerca de los Papas, de la Virgen y de la Eucaristía, temas sobre los que Hidalgo, sólo por inquietar a sus colegas, vierte opiniones totalmente contrarias a las establecidas por la Iglesia. Esto hace que aquellos frailes, escandalizados, lo denuncien ante la Inquisición. Se abrió y se siguió un proceso, que finalmente se cerró por falta de pruebas y gracias al prestigio que Hidalgo tenía entre las personas citadas a declarar e incluso entre el Tribunal. Como suele suceder, este proceso se utilizó políticamente al reabrirlo sin ninguna legalidad en 1810 para así condenar a Hidalgo cuando inició el movimiento de Independencia.

La sociedad, desde entonces, tenía mucho de hipócrita, aunque era más rezandera. La ignorancia y el analfabetismo eran atenuantes del ánimo del pueblo para que aguantara las duras condiciones en el modelo social impuesto por los españoles. La religión moldeaba y permeaba las acciones de la gente y los curas tenían una poderosa influencia, utilizada la mayoría de las veces para provecho propio. Por eso Hidalgo se hacía notar más como reformador y crítico de las costumbres. A menudo se salía de las normas impuestas por la iglesia, tanto en lo doctrinario como en la aplicación práctica, sin dejar de ser por eso un buen cristiano sino, en realidad, más apegado al fundamento ori-

ginario de la religión cristiana. Las formalidades eran para Miguel Hidalgo menos importantes que el fondo. Llevó a cabo acciones que lo engrandecían como cristiano, pero que lo condenaban ante los ojos dogmáticos de la Iglesia. Su temperamento activo y fuerte, lo llevaba a desafiar las apariencias, como lo hizo, por ejemplo, al mantener a la vista de todos a los hijos que concibió, antes que ser un cura de los que seducían en el confesionario y lo ocultaban hipócritamente bajo la penumbra que les daba el manto de la Iglesia. Sus gustos personales tampoco eran del agrado de todos: organizaba fiestas invitando tanto a los ricos como a los que trabajaban para él y disfrutaba enormemente de la música, por lo que enseñaba a sus empleados a tocar.

Su labor social se dejó notar con creces tanto en el curato de San Felipe como en el Dolores, donde construyó talleres para enseñar un oficio a la gente. El mismo estudiaba las técnicas para aplicarlas según los recursos con que disponía en dichos pueblos; y gracias a ello dio un gran impulso al progreso de su gente. Toda la fuerza creadora que poseía la puso en práctica para beneficiar a los feligreses. No se amilanó cuando las leyes enviadas de España prohibieron la producción de vino en las colonias para proteger la compra del vino español (aunque esto afectaba grandemente a los que tenían viñedos como era el caso de Hidalgo, quien se veía impedido para procesar la uva que cultivaban). Su respuesta fue montar otros talleres en los que impulsó la cerámica y el tejido.

La intensa actividad de Hidalgo en sus comunidades le permitía asimilar los grandes problemas sociales que agobiaban al pueblo mexicano. Por su amplitud de cultura, se movía comodamente tanto entre los indígenas como entre los peninsulares y criollos ilustrados, lo que le daba una visión completa de las relaciones sociales de ese tiempo. Su conocimiento de la actividad manual, enseñando a la gente varios oficios agrícolas y artesanos, iba al parejo de su actividad intelectual, pues fue durante toda su vida un buen lector y seguía cultivando las reunio-

nes en las que podía hacer gala de sus habilidades como argumentador.

Hidalgo, como pocos de sus contemporáneos era reformador y propulsor de un estilo de vida nuevo que llevó a la práctica, siendo reconocido, como hemos señalado antes, como un hombre de una sólida inteligencia aún por sus antagonistas. Adquirió mucho prestigio por su vivir y su pensar, pero una vez que decidió entrar a la lucha por la Independencia, su fama de quebrantador del orden social y religioso fue aprovechada para mostrarlo como un delincuente ante los ojos de quienes querían conservar el antiguo orden de las cosas.

Para contar la historia de la lucha por la Independencia es necesario reconstruir la vida de los hombres, que fueron dirigentes y depositarios del pensamiento liberal de esa época. Por espíritu vanguardista se percataban de la necesidad de una modificación en la estructura social. Pero también se daban cuenta de que la gran masa que estaban dirigiendo no era del todo manejable. Para ser líderes de ese pueblo que estaba totalmente dispuesto a tomar lo que sentía que le habían negado, tuvieron que contar con una personalidad carismática, como el cura Hidalgo, o una disciplinada y recia como la de Allende, entre otros. Hidalgo, por su calidad de sacerdote, pero sobre todo por su ánimo de ayuda e identificación con el pueblo, fue el hombre al que siguió una inmensa cantidad de gente pobre, de tal forma que al estar cerca de la ciudad de México ya iba junto a él un ejército popular de aproximadamente cien mil personas. De todos aquellos que siguieron a los dirigentes del movimiento independentista, algunos vivieron para contar más tarde su experiencia al lado de Hidalgo y Allende. Tal es el caso de *Pedro García*, quien fue uno de los que acompañó al ejército insurgente hasta Norias de Baján, en el Estado de Coahuila, y dejó posteriormente un relato escrito de su recorrido.

Pedro García se incorporó a la lucha cuando el Ejército Insurgente llegó a San Miguel, donde trabajaba como dependiente

en la tienda que tenía la familia Allende. Tomó parte en las primeras batallas que se libraron y pudo observar los avances y pérdidas que sufría el Ejército Insurgente con el que iba y con el que sufrió las derrotas, desgracias y penurias que tuvieron que atravesar. También se dio cuenta de los excesos de un ejército formado por la incontrolable masa del pueblo que tomaba —al fragor de la exaltación— propiedades y vidas de aquellos a los que veía como los causantes de su desgracia. García anotó en su memoria las actitudes de los líderes que admiraba; sobre todo de Hidalgo y Allende, por serle más cercanos, aunque podemos decir que era posible que conociera de hacía tiempo a casi todos los iniciadores, pues vivía en San Miguel, trabajaba para la familia y además, dado el tamaño de las poblaciones en esa época, los habitantes se conocían entre sí. Al ser empleado de la tienda de los Allende, Pedro García no debía tener una educación extensa; pero al correr de los años y con la experiencia militar que obtuvo en el Ejército Insurgente, del que fue parte de la tropa, y luego durante su militancia con los realistas y su participación al lado de los que consumaron la Independencia, obtuvo el ascenso en la carrera militar y regresó a su tierra con una formación y experiencia muy diferente a las que tenía cuando se incorporó al movimiento el 16 de septiembre de 1810.

Al ser parte de la tropa de Hidalgo y de Allende siguió con ellos en sus incursiones por el territorio nacional y entró a las ciudades que se iban tomando. Por el contenido de su escrito, suponemos que avanzó con Hidalgo y Allende hasta la batalla de Aculco y luego siguió a Allende hasta Aguascalientes. Su relato se vuelve más personal a partir de la Batalla de Puente de Calderón, donde deja entrever que está al lado de Hidalgo cuando abandonaron las cercanías de Guadalajara para dirigirse a Zacatecas. No fueron pocas las penurias que pasaron para avanzar hacia el norte, penurias que dejaron una marca nítida en los recuerdos de Pedro García. La traición de que fueron objeto los principales líderes iniciadores del movimiento de Independencia y la captura y muerte de éstos lo dejaron

librado a su suerte, prisionero y obligado a trabajar en una de las haciendas bajo condiciones sumamente duras. Pedro González⁴ que García se fugó en 1812 y regresó a Dolores donde se puso bajo las órdenes de las tropas realistas. Se sabe, por un informe militar, que estuvo entre los que apoyaban el Plan de Iguala y, aprovechando las relaciones que obtuvo durante las movilizaciones y campañas de guerra, hizo que lo nombraran teniente coronel y posteriormente comandante militar. Cuando regresó a su tierra, ya terminada la lucha por la Independencia, continuó sus actividades, pero ahora en la política y ocupó varios cargos en la administración de la ciudad de Dolores, siendo allí el más importante el de presidente de la Junta de Industria.⁵ Tuvo una vida larga y supo aprovechar su posición como uno de los que acompañaron a Hidalgo. Por haber sido de los primeros soldados de la Independencia, demandó y obtuvo privilegios de Juárez cuando éste visitó Dolores, así como también cuando Maximiliano llegó a dicha población en 1864, siendo reconocido por ambos.

Se ha señalado que cuando Juárez pasó por Dolores en 1863 y llegó a la casa de Hidalgo, conoció a Pedro García y mandó que le contara sus experiencias al lado del Padre de la Patria. Juárez lo nombró, según la categoría de García, Inspector Superior Inmediato y mandó que se le diera el salario correspondiente. También, en esa misma fecha, el general Berriozábal le obsequió su banda de general ganada en la Batalla de Puebla.⁶ Cuando al año siguiente Maximiliano visitó Dolores, Pedro García asistió a los festejos como uno de los veteranos de la lucha de la Independencia, a quienes el efímero emperador quería conocer.

Se menciona a Pedro García el 2 de julio de 1867 en el libro de registros de la casa de Hidalgo, en el cual uno de los visitantes

⁴ Pedro González. *Apuntes históricos de la ciudad de Dolores Hidalgo*. p. 348

⁵ *Ibidem*

⁶ *Ibidem*

dejó escrito lo siguiente: “...acabo de presenciar un episodio interesante. El joven general Corona que con tanta firmeza ha combatido contra el invasor, cubriéndose de gloria, en esta segunda lucha de Independencia, en este complemento de la grande obra empezada por el héroe de Dolores, ha venido con su estado mayor a rendir a su memoria ilustre y venerada un tributo de respeto: el señor general don Pedro García, testigo y partícipe de las glorias del anciano caudillo de 1810; al reconocer al joven general lo ha estrechado en sus brazos, felicitándolo por el triunfo que la patria acaba de obtener”.⁷

El presente libro de Pedro García no es solamente un recuento de memorias, pues el autor describe los hechos, pero también intenta documentarlos y emite sus juicios. Podemos decir, más bien, que hace un libro de historia al estilo de aquella época, aunque con un lenguaje más simple frente al de otros historiadores; es el lenguaje que proviene de un hombre que —se sabe— no recibió educación formal, pero que a lo largo de su vida adquirió la cultura necesaria, para poder redactar el texto y hacerse de los libros y documentos que lo apoyan. Podemos decir con seguridad que leyó la *Historia de Méjico* de Lucas Alamán, ya que cuando cuenta los sucesos acaecidos en Guanajuato, recurre, citando casi textualmente, a ese libro. Pedro González dice que Pedro García y Lucas Alamán llegaron a hacerse amigos cuando trabajaron ambos en la Secretaría de Industria, por lo que es muy probable que ambos comentaran los sucesos en los que tomaron parte. Alamán, en el prólogo de su obra, afirma que ha tratado “muy de cerca a casi todos los que desde aquella época han tenido parte en los acontecimientos políticos (...) pocos hombres pues de los que hoy existen se hallan con los conocimientos que yo, de las personas y de las cosas, de los

⁷ José Luis Lara Valdés. *Misión histórica: Casa de Hidalgo*. Pág. 53-54

tiempos y de las circunstancias. Veo por otra parte que todos aquellos de mis contemporáneos que hubieran podido tratar con acierto esta materia, van desapareciendo sin dejar nada escrito..."⁸ También afirma Alamán que ha interrogado a los que presenciaron los hechos, entre los que seguramente se hallaba Pedro García. Este último también hace referencia a varios documentos que suponemos tuvo a la vista, tales como el edicto donde el Obispo de Michoacán, Miguel Abad y Queipo excomulgó a los jefes del Ejército Insurgente (documento que el Arzobispo Francisco Javier de Lizana mandó publicar para convencer a la gente de que no prestara ayuda a los insurgentes por considerar a Hidalgo un ministro de Satanás); también conoció Pedro García el documento emitido por el Tribunal de la Inquisición (recordemos que se utilizó el juicio que se le había abierto a Hidalgo en 1800 a resultas de un debate que éste sostuvo con dos frailes y en el que afirmó no existía el infierno, dudó de la virginidad de la Virgen María y criticó a varios Papas, diciendo que más de uno estarían en el infierno, pero el Santo Oficio actuaba ya fuera de la legalidad para la fecha en que reabrió el proceso de Hidalgo, pues había sido desechado tiempo atrás en España). También cita Pedro García algunos de los edictos que emitió Hidalgo relativos a la esclavitud y al reparto de tierras. Habla igualmente de las indicaciones que hizo el Ayuntamiento de México al virrey Iturrigaray para solucionar la situación en que quedaba la Colonia por la ausencia del rey.

El estilo con que Pedro García redacta su documento incluye la inserción de diálogos o arengas en que participan los jefes insurgentes, pero que pueden ser producto de la tradición oral que corría en ese tiempo y tal vez un poco de imaginación, pues no había modo de que él hubiera estado ahí (ya que eran situaciones en las que los líderes del movimiento actuaban con la mayor

⁸ Lucas Alamán. *Historia de Méjico*. Pág. 28

discreción para discutir y hacer sus planes, por lo vulnerable de sus posiciones). Pero hemos de afirmar que esos añadidos no quitan nada al texto, más bien nos deleitan con la posibilidad de oír hablar a los líderes de la Independencia en la recreación hecha por uno de sus seguidores. Suponemos que los hechos de Dolores le fueron contados a García por algún conocido o lo supo por lo que se decía popularmente. Pedro González afirma que García se incorporó al Ejército Insurgente en San Miguel, lo cual es de creerse, pues como trabajador de la tienda de los Allende, debía estar en esa población, aunque no es factible que hubiera acompañado a Allende en su delicada misión a Dolores; pero los sucesos de San Miguel bien pudo haberlos presenciado, pues cuenta lo que sucedió en la plaza principal al entrar Allende en su caballo y el enfrentamiento que tuvo con el ayudante del regimiento, Vicente Gelati. García se asombra de la cantidad de gente que seguía a Hidalgo y cómo cada vez llegaban más, dispuestos a la lucha, por lo que tuvieron problemas para organizar semejante multitud. Otros autores que tratan el tema coinciden en el gran apoyo que la gente dio al movimiento cuando Hidalgo inició la lucha. Ya fuera por conveniencia como muchos de los criollos, por un real sentido de identidad, por la empatía con la personalidad de Hidalgo, por el ánimo de las clases bajas de mejorar su situación, etc., el empuje inicial fue tremendo y unánime. Es hasta más adelante cuando empiezan las diferencias serias entre los líderes. Pedro García nos dice que incluso algunos españoles simpatizaban calladamente con el movimiento. En su relato nos pinta tanto los avances y tratos del ejército de Hidalgo con las autoridades que iban encontrando en las ciudades a las que entraban, pero también se pueden palpar los ánimos que existían entre tan grande tropa, el valor que sentían o el horror que también a veces se apoderaba de ellos. Nos transporta García por entre los disparos de las batallas y nos lleva con él, a través de los sacrificios de la marcha sin encontrar suficientes alimentos, para un ejército tan grande. Así mismo

retrata a Hidalgo y a Allende y nos da una idea de sus actividades y de sus ánimos a medida que transcurría el desenvolvimiento de los hechos. También se pueden oír los juicios que sobre varios asuntos tiene Pedro García: el patriotismo; la actitud de los españoles sobre los nacidos en este continente; el temple y capacidad de las mujeres; los traidores, las fallas del Ejército Insurgente, etc. Nos hace imaginar vívidamente algunas de las armas e instrumentos que se usaban en la guerra, gracias a la minucia con que las describe. Cuenta otras anécdotas que, en su opinión, malograron la poca organización que se tenía. Entre esas anécdotas está, por ejemplo, la del caballo desbocado del hijo de Ignacio Allende o del jinete decapitado que sembró el desconcierto entre la tropa, dejándonos con esos relatos anecdóticos un sabor de desventura. Así sigue el autor contando hasta llegar al momento de la traición y la muerte de los líderes del movimiento. Pinta finalmente la prisión y trabajos que tuvieron que pasar los que habían acompañado a Hidalgo hasta las últimas consecuencias.

Este texto de Pedro García, además de su valor como crónica, nos da elementos suficientes para intentar construir mentalidades, reconstruir escenas, recrear objetos y lugares; es, en fin, rico en material de análisis y un hilo conductor en la agitada época en que se fraguó y conquistó la Independencia de nuestro país. Es, indudablemente, el recuento de uno de los grandes momentos de México desde el punto de vista de un participante activo. Es no la pura descripción sino una visión articulada alrededor de lo que al paso del tiempo Pedro García fue reuniendo para sí. Es, pues, una combinación de experiencias propias insertadas en un marco histórico ya madurado por el narrador. Pedro García nos cuenta hechos y nos deja ver su juicio. Nos propone diálogos, nos describe gestas y recorridos. Y, lo que no es menos importante, nos permite formular preguntas. Hace la defensa del caudillo y da argumentos que sostienen la causa. Da su lugar al pueblo que luchó al lado del cura Hidalgo y agradece

a éste la apertura del camino hacia la libertad.

No queda sino dejar paso a la lectura del testimonio en el que iremos en las palabras y las imágenes *Con el cura Hidalgo en la Guerra de Independencia*.

Como a principios del año de 1807, el virrey Iturrigaray expidió una orden para que todas las milicias que existían en las provincias del interior se dirigieran a México lo más pronto posible. Esta determinación fue obsequiada con puntualidad, y hacia el mes de marzo del mismo año empezaron a entrar a la capital los cuerpos que la formaban. Permanecían pocos días y salían luego con dirección a San Juan de los Llanos y a San Agustín del Palmar. Como semejante movimiento de tropas era del todo nuevo en México, llamó mucho la atención; se creía que, sin duda, algún grande acontecimiento o temor de sublevación ocasionada aquella providencia.

Quedó en duda para muchos el objeto verdadero de esta aglomeración de tropa en un punto tan avanzado de la capital.¹

¹ Rota la paz de Amiens (1805) entre España e Inglaterra; atacado Buenos Aires (1806) por los ingleses; preparada una nueva expedición inglesa a las órdenes de sir Arturo Wellesley (Wellington) con el destino al Nuevo Continente (Buenos Aires o Nueva España), todo ello determinó la constitución del acantonamiento militar en las inmediaciones de Jalapa por orden del virrey Iturrigaray, para prevenirse ante un posible ataque por parte de Inglaterra a la Nueva España.

Otros mexicanos más avisados veían en este aparato un pensamiento algo avanzado, que podía envolver pretensiones de gran tamaño, y por los mismo se fijó la atención y no se le perdía de vista: mucho se observaban sus pasos, y se hacía mérito aun del más pequeño, porque había un grande interés en conocerlos.

Don Ignacio Allende, capitán de granaderos del Regimiento de Caballería de la Reina, que era formado en San Miguel el Grande y era uno de los cuerpos que debían marchar, al aproximarse la partida vino a Dolores a hacer una visita al señor Hidalgo y a despedirse de él. Había doble objeto en este paso político. Ya de antemano se entendían en el pensamiento de Independencia. El movimiento del virrey los alarmaba, y les convenía entrar en pláticas sobre lo que debía hacerse en el caso dado de que Iturrigaray fuera a tomar el camino que ellos se habían propuesto seguir. Entraron estos señores en conferencias muy detenidamente, pues la visita duró tres días, en los cuales se ventiló la materia, previendo todos los casos que podían ocurrir, ínterin se conquistaban una fuerza respetable de partidarios. La combinación quedó determinada del modo siguiente: el señor Allende marcharía con su regimiento, lo mismo que Aldama, Arévalo y otros oficiales que se hallaban en buen sentido. El objeto principal era que a Allende, con su gran reputación en la milicia, le sería fácil hacerse de partidarios en aquella gran reunión de militares, tan propicia a llenar las grandes miras que se habían propuesto llevar a cabo; a más, Allende debía estar pendiente de los fines de aquella reunión de soldados, vigilando el uso que de esta fuerza se pensara hacer, lo mismo que de lo que hubiera con relación a la política y cuanto a ella correspondiera, dando de todo conocimiento al señor Hidalgo. Este señor trabajaría por su parte para ganarse algunos adictos en todas las provincias, principalmente en la de Guanajuato. Acordados todos estos pormenores, se propuso cada uno adelantar cuanto se pudiera en la línea que le correspondía.

Cuando se habían reunido en Palmar y en San Juan de Lla-

nos, más de doce mil hombres de milicia, marchó el virrey a incorporarse con esta fuerza. Observaba este jefe un fina política con toda la oficialidad. Su exterior, agradable y bondadoso le producía las mejores simpatías; y como algunas veces alababa las buenas disposiciones de aquella tropa, se iba por esto granjeando el aprecio de todos aquellos militares que por primera vez se hallaban en una seria actitud. Los militares, que tanto se pagan de una sonrisa del que manda, se envanecían con alguna mirada que les dirigía el representante de la tiranía. El virrey, entre tanto, pasaba el tiempo en ejercicios y evoluciones en el campo de Encero. Satisfecho quedaba siempre de la buena disposición de la tropa, demostrando lo mucho que debía esperarse de ella en un caso urgente. En este estado permaneció algunas veces, hasta que negocios de suma importancia venidos de la Península lo hicieron regresar a la capital. Allí estaba, cuando en el mes de julio de 1808 vino la noticia de una insurrección general en España.

El entusiasmo que esta nueva causó estaba aún en su colmo a la llegada de los diputados Labat y Yáusegui, de la Junta de Sevilla, que pretendían la sumisión de la América Española a esta asamblea. Tal era la disposición general de los ánimos a favor de la metrópoli, que los mexicanos habrían convenido sin duda a esta petición, si durante los debates entre las personas reunidas por el virrey no hubieran llegado pliegos, anunciando que la Junta de Asturias reclamaba la obediencia dándose el título de suprema con respecto a todas las de la península. Se advierte cuánto influjo tuvo esta divergencia en la opinión de los mexicanos sobre la revolución española. Sigue aquí un extracto de las indicaciones hechas el mes de agosto presente por el Ayuntamiento de México al Virrey Iturrigaray, reclamando la formación de una junta compuesta de los tribunales y autoridades de la capital:

«Las juntas de gobierno y las juntas respetables de las ciudades y reinos no se conducen ya de un modo conforme a la ley,

que manda que en todos los casos difíciles se discutan en asambleas generales. En las actuales circunstancias, estando el rey cautivo y la nación revestida de la soberanía, sus intereses deben ser ventilados por las autoridades reunidas a los ayuntamientos, como los más populares, por proveer al bien general como pudiera el monarca. México se adhiere a los principios de Sevilla, Valencia y otras ciudades de España y reclama, como aquellas ciudades fieles, los medios de cumplir, con las medidas más conducentes en circunstancias tan críticas. Estos ejemplos nos indican que debemos organizar una Junta de Gobierno compuesta de la Audiencia, del arzobispo, del Ayuntamiento, de los diputados de los tribunales, de los cuerpos seculares y eclesiásticos de la nobleza, de los principales ciudadanos y de los jefes militares. Ella deliberará con arreglo a los asuntos importantes que le corresponden y procederá con arreglo a los intereses del país. Es necesario, porque aunque libres ahora de peligro inminente de parte de la Francia, no debemos por eso descuidar los medios de defensa hasta que recibamos avisos positivos que nos tranquilicen del todo. La ciudad piensa que ha llegado el momento de adoptar el sistema seguido en España. Luego que V. E. haya establecido esta junta y que los representantes del reino se hayan reunido, se examinarán escrupulosamente los intereses del país, dirigiendo sus tareas, primero como si el trastorno de la monarquía no hubiera sucedido. En consecuencia, V. E. conservará siempre el poder que le dan la leyes y hará que las demás autoridades le respeten. Segundo: recurrir a la junta para llenar el inmenso vacío entre la autoridad de V. E. y la del soberano».

El virrey pareció dispuesto a adoptar la medida propuesta, y, en consecuencia, los europeos pensaron deponerlo. Cargado de años, sin vigor y sin plan, aquel jefe temió las sospechas que se levantaban contra su lealtad y propuso resignar su autoridad. Aprovechándose de esta debilidad reventó la conspiración cuando el momento estaba acordado. Ganado. El oficial de la guardia, a medianoche marcharon cuatrocientos españoles, llevando

a su cabeza al comerciante. Yermo, enemigo personal de Iturrigaray, porque de resultas de algunas quejas lo había separado del encargo de proveedor de carnes para el público. Los conjurados se apoderaron sin resistencia de las personas del virrey y la virreina, quienes fueron encerrados en un convento de religiosas, nombrando virrey interino a Yermo, cabeza de la sedición.

La Audiencia había autorizado secretamente este motín, y la prisión del virrey fue anunciada con la circunstancia de que esta autoridad se atribuía el derecho de nombrar sucesor. Así lo verificó, eligiendo al octogenario D. Pedro Garibay, que no fue otra cosa que un maniquí de aquel cuerpo.

En España se había reunido el poder de las juntas provinciales en la Central, que no dio más que una representación ilusoria a los americanos, y añadió a este acto de injusta política el de aprobar la escandalosa conspiración de los cuerpos en México contra la autoridad del virrey, cuyo atentado paliaron con la llegada de los agentes de la junta sevillana; cargaron éstos con la mayor parte del numerario que hallaron acuñado en Nueva España, en cuyas cajas había a su llegada catorce millones de pesos fuertes: casi todos pasaron a la península para sostener la guerra de la Independencia; y como si fuera un presente de los amotinados, se les pagó con profusión en títulos, cruces, empleos y honores.

Todavía estaba el cantón en San Juan de Llanos cuando el virrey pasó preso para Veracruz, a la vista de aquella tropa que hacia muy poco había estado a sus órdenes.

De todos estos particulares estaba instruido el señor Hidalgo, puesto que tenía partidarios muy cerca del gobierno.

Con la prisión de Iturrigaray variaron un tanto las sospechas que el señor Hidalgo tenía por la reunión de tropas que había hecho el virrey. Se decía que tenía por objeto impedir cualquier ataque sobre las costas por los cruceros ingleses; pudo ser así, pero Hidalgo permanecía atento a los pasos que daban los hom-

bres que se hallaban nuevamente en el poder, no perdieron de vista sus manejos, porque a ellos se arreglaba para ordenar sus trabajos en el gran plan que tenía formado.

No se perdía tiempo, porque Allende, Aldama, Arévalo y otros habían logrado muchos adictos entre los oficiales que se encontraban acantonados.

México disfrutaba una tranquilidad aparente desde la conspiración contra Iturrigaray. La junta central había confiado el poder civil del virreinato al arzobispo, generalmente amado por su dulzura y moderación. Iturrigaray fue depuesto cínicamente por haber favorecido el proyecto de establecer una junta a imitación de las de la metrópoli, para precaverse de los males consiguientes a la ausencia del rey. Los españoles, animados con la ventaja de haber destruido este plan, menos disimulados ya, manifestaron una audacia y un orgullo sin ejemplo cuando supieron, que estaban apoyados por el gobierno.

La posición de los mexicanos era intolerable desde la caída del arzobispo, a quien sucedieron sus mayores, enemigos, los miembros de la Audiencia, hasta la llegada de D. Francisco Venegas, virrey nombrado por la primera regencia.

Hidalgo aprovechaba este descontento, que tanto convenía a sus miras.

En la época de estos sucesos, las tropas estacionadas en el Palmar y San Juan de Llanos fueron llamadas al interior, y el Regimiento de Caballería de la Reina se mandó a Querétaro; permaneció allí y poco tiempo, y después fue a San Miguel el Grande, a cuya villa pertenecía.

Como a Querétaro llegó también tropa de la que estaba acantonada, había en ella oficiales que estaban de acuerdo con Allende, quien por esta razón iba de San Miguel a conferenciar, tanto con el corregidor Domínguez como con sus amigos, y esto siempre de acuerdo con el señor Hidalgo. Este Párroco poseía gran talento; bastante instruido, disfrutaba la facilidad de hacerse amar. Sus modales, trato dulce y poder de su palabra le granjearon sin

muchos amigos y partidarios. Los indios disfrutaban de su afecto y predilección, y correspondían de un modo muy significativo.

Hidalgo, hombre de tacto y profundo observador, hizo entrar en su cálculo el odio que los españoles se habían concitado en todo el virreinato: protegió cuanto pudo esta idea, porque vio que era el principal ariete para desmoronar la gran muralla que en trescientos años había construido la injusticia y la tiranía.

Faltábanle aún algunas combinaciones que arreglar para que el movimiento se efectuara en diciembre de 1810. Ocupado en esta gran tarea, porque la intención era dar un golpe simultáneo, sólo esperaba noticia de algunas provincias para obrar en este sentido. Para la consecución del gran pensamiento había mandado comisionados para varias partes, con el fin de concertar lo mejor posible un golpe tan grandioso y atrevido. Todo iba bien, y eran de esperar los mejores resultados; mas como las mejores combinaciones en teoría tienen su modificación en la práctica, aconteció un incidente en que la mejor combinación tuvo que hacer un alto, en vista de los sucesos siguientes: en Querétaro había varios oficiales que, combinados con Allende, sólo esperaban instrucciones bajo un plan en el que pudieran dar sus pasos sin inconveniente; en este gran negocio estaba Allende, en Querétaro, cuando aconteció un incidente que motivó gran trastorno en su plan, tan sabiamente combinado. Sucedió que el capitán Arias, militar que ya pertenecía al partido de Allende, luego que observó la proximidad del movimiento se llenó de terror, y no hallaba medio de libertarse del compromiso que había contraído. No quería chocar con Allende, a quien veía con respeto; por otra parte, temía mucho por su persona y quería conciliar las dos dificultades. Pensaría mucho en ello y al fin se resolvió a delatarse a sí mismo con el comandante militar, a quien pidió lo pusiera en prisión como sospechoso; así sucedió, poniéndolo en prisión en el convento de San Francisco. En tal estado, Arias se veía acosado de muchas reflexiones y remordimientos, que lo ponían en una condición desesperada, para la cual no hallaba

remedio; sin embargo, en las primeras declaraciones sólo dijo que observaba en Allende ciertas acciones por las que le parecía traía entre manos algún negocio de gran importancia, es decir simples sospechas. Llegó al mismo tiempo conocimiento de estos sucesos al corregidor Domínguez, quien ocupando un empleo respetable en Querétaro, tenía que desempeñar un papel activo en semejante descubrimiento. Para este magistrado la situación era terrible, porque hallándose muy complicado en el plan de Independencia, siendo uno de los principales agentes del movimiento, necesitaba de mucha audacia y disimulo para salir del paso; así fue que, puesto de acuerdo con el jefe militar, se dispusieron patrullas para aprehender a Allende, buscándolo por varias partes de la ciudad. Cuando esto pasaba, ya Allende estaba fuera de la ciudad, porque el señor Domínguez, que había conferenciado con Allende la noche anterior, luego que tuvo la primera noticia del descubrimiento se valió de su esposa, la señora Corregidora, para que ésta avisara a Allende de que saliera inmediatamente y que de todo diera cuenta al señor Hidalgo, a quien todos obedecían. La señora Corregidora, tan astuta, activa y patriota, adorno precioso del suelo mexicano, no perdió momento, y no sólo hizo salir a Allende de Querétaro, sino que luego le tuvo al corriente de cuanto determinaba el Gobierno de aquella ciudad. Salió Allende de Querétaro con dos asistentes, dirigiéndose para San Miguel el Grande, adonde llegó en la mañana en que se hacía una función a Nuestra Señora de Loreto. Entró en su casa mientras era hora de hablar con su coronel, D. Narciso de la Canal. Como había salido a Querétaro con licencia suya, le fue preciso presentársele, y así lo hizo. El coronel Canal lo recibió con mucho aprecio y le significó lo que le alegraba, porque en aquel día se verificaba la función a Nuestra Señora de Loreto y tendría mucho gusto en que marchara a la cabeza de la compañía en la procesión de aquel día. Allende no tuvo a bien negarse a semejante invitación; condescendió, fue a su casa a mudarse de ropa y volvió para ponerse a la cabeza de

sus soldados. La función se verificó, teniendo Allende que aparentar un papel de serenidad, no obstante que esperaba de un momento a otro se presentase la partida de tropa que sabía iba a mandar el Gobierno de Querétaro con objeto de aprehenderlo. Concluido todo esto, se dirigió a la casa de Canal, para decirle que había cumplido su deseo, pero que teniendo un negocio de campo en la hacienda de San José de los Allendes, le permitiera otra licencia para muy pocos días. Accedió Canal a esta petición, y en consecuencia, a Allende se despidió para ir a su casa donde había quedado sus caballos ensillados desde la hora que llegó. Aldama ya sabía que lo había de esperar en aquel sitio para conferenciar violentamente sobre lo que debía hacerse en un lance tan urgente. Se resolvió al fin que Aldama se quedara en San Miguel el Grande, con el fin de estar a la mira de lo que ocurriera en Querétaro, de suerte que si venía tropa en su persecución se diera el paso de asegurarlo, valiéndose de los individuos que constituían una junta secreta de comprometidos que presidía Allende, y que eran los siguientes: capitán del regimiento de la Reina, D. Juan Aldama; teniente D. José Arévalo; teniente D. Manuel Cabeza de Vaca, ayudante del regimiento; teniente D. José Alonso; alférez D. Juan Cruces; paisanos D. Joaquín Ocón; doctor Martínez Arroyo, doctor D. Justo Vaca; doctor D. Luis Malo y D. José Lanzagorta (fusilados en chihuahua en la aprehensión del señor Hidalgo); D. Luis Mereles (fusilado en Coahuila en compañía del licenciado D. Ignacio Aldama); D. Antonio Vivero, que pertenecía al regimiento, lo mismo que el sargento Labrada; D. Antonio Villanueva, D. Ignacio Esquiros, D. Luis Perea, Vicente Vázquez y otros varios paisanos y soldados del regimiento. Todos quedaron de acuerdo, y Aldama contaba con su cooperación en un caso dado. Se contaba también con algunos oficiales y soldados de la Reina, que estaban en la villa sobre las armas y que sin duda hubieran ayudado en un conflicto. No llegó por fin este caso, sino que por temor, tal vez, o acaso por otra razón, los queretanos escribieron a Canal dán

dole noticia del descubrimiento y previniéndole asegurara a Allende, porque había contra este individuo grandes sospechas. Canal se sorprendió con semejante noticia. No se le ocurrió otro pasó, por lo pronto, que el de llamar a Aldama, previniéndole que inmediatamente saliera a buscar a Allende, y que si había algo de cierto en lo que de él se le decía, que saliera inmediatamente del país, para lo cual le auxiliaba con libranzas suficientes, cuyo valor le serviría para su transporte.

Aldama obedeció este mandato, y como sabía dónde estaba Allende, o dónde debía estar, no tuvo inconveniente en dirigirse a Dolores. Allende, al salir de San Miguel, se dirigió, en compañía de dos mozos, para la hacienda de Santa Bárbara, distante cuatro leguas del pueblo de Dolores. En dicha hacienda existía D. José de la Luz Gutiérrez. Este individuo, a más de que merecía la confianza de Allende, estaba de acuerdo con él de antemano. Como este individuo podía reunir en un caso dado alguna fuerza de caballería del campo, a él se dirigió Allende con tal fin. Hablaron largo sobre la materia quedando concertado de que con la gente que D. José de la Luz pudiera reunir lo esperaba a las orillas de Dolores en la mañana siguiente, por lo que pudiera ocurrir. Nada más podía determinar hasta no consultar con el señor cura Hidalgo, a quien iba a darle noticia de todo lo ocurrido, y quien, conociendo de los sucesos, determinaría lo conveniente.

Don Luis Gutiérrez, hombre de armas tomar y decidido, cumplió su palabra, amaneciendo a las orillas de la población en espera de órdenes para obrar. Allende se había venido a Dolores ya vencida la tarde, de suerte que llegó a la población como a las ocho de la noche. Se alojaba por lo común en la casa del señor Hidalgo, y por esto se dirigió a ella. El primer paso fue si estaba en casa el señor cura; se le respondió que no, que estaba en casa de un español, D. Félix Alonso, donde lo habían convidado para un baile. Allende se dirigió luego a la casa; la concurrencia no dejó de sorprenderse con la presencia de semejante personaje,

embargo de que era muy repetidas las veces que como paseo venía a Dolores. Pasaron ínterin los cumplimientos; pasó un rato en que Allende pudo significarle lo crítico de la situación; con todo, se manejaron ambos con la mayor circunspección. Cuando ya les pareció oportuno, se salieron ambos para la casa y no se hizo muy notable su retirada. Cuando lo verificaron no dejó de escapársele a Allende alguna demostración de zozobra, que Hidalgo moderaba con una risa un tanto burlesca. Llegaron a la casa. Hidalgo, lleno de una calma imperturbable, dijo a Allende que le iban a servir el chocolate. «No, señor, no estoy bien puesto para ello.» «Esas son boberías -dijo el señor Hidalgo-. Toma el chocolate y después hablaremos». Allende, un tanto precipitado, concluyó pronto para entrar en la conferencia, mas el señor Hidalgo sólo mandó que llamaran a Ballesa, a su hermano D. Mariano, a D. Jacinto Santo Villa, de quienes tenía gran confianza. Se reunieron por fin, y entonces, cuando ya estaban hablando del asunto los dos señores principales, les dirigió la palabra anunciándoles el descubrimiento. Por lo mismo, la situación que guardaban era un tanto peligrosa. Sin embargo, en este grande negocio se necesitaba calma para poder discurrir. Ballesa, joven exaltado, hacía a sus compañeros varias observaciones sobre el peligro que corrían sus personas y la causa que se habían propuesto defender. Cada uno daba su opinión, más o menos aceptada. Les podía mucho no tener recursos a la mano para oponerse a un violencia del Gobierno español, que sin duda activaría sus providencias. En éstas y otras observaciones había pasado un buen rato. Estaba el corrillo muy animado, en el cual se había mezclado el señor Allende, porque el señor Hidalgo se había separado un poco y se paseaba por la misma pieza donde disputaban los demás con bastante calor.

Eran las nueve de la noche cuando un ruido de caballos se acercaba al zaguán de la casa del señor Hidalgo. Como los ánimos de los que allí estaban tenían tanto motivo para sobresaltarse, no pudieron menos de alarmarse cuando advirtieron que la

tropa llegaba a la puerta. Se dispusieron a defender la entrada, pero luego se advirtió que era D. Juan Aldama y cambió aquella actitud. Salieron a recibirlo, y el señor Hidalgo luego le preguntó: «Juan ¿de dónde vienes tan noche?» «Vengo buscando a Ignacio. ¿No ha llegado por aquí?» «Aquí estoy -respondió Allende- ¿Me traes algo de nuevo?» «Y cómo que traigo». Hidalgo le decía: «Apéate y descansa; te traerán de cenar». «No tengo mucha gana, y menos cuando el pescuezo está en riesgo del mecate». «Déjate de niñerías; todavía hay tiempo de descansar y comer». Condescendió Aldama, se introdujo en aquel corrillo, y con su genio festivo y siempre alegre todo lo llevaba a la chanza. Sin embargo, deseaban todos que los informara de lo que había ocurrido de nuevo en San Miguel. Cuando Allende salió de la villa dejó a Aldama en ella, con objeto de estar en observación de las providencias que tomara el Gobierno de Querétaro sobre su persecución. La mira era que en caso de viniera alguna fuerza armada con el fin de aprehenderle, se asegurara ésta, y si podía lograrse esto, se diera noticia de ello al señor Hidalgo para que determinara lo conveniente. Para esta operación se contaba con los individuos que componían la junta y con la mayor parte de la tropa de caballería que se hallaba sobre las armas. Debía también estar pendiente de las noticias que mandara la señora Corregidora, quien debía dar noticia con oportunidad. Esta señora cumplía exactamente con lo que había prometido, mandando un correo para avisar a Allende que para el siguiente día se preparaba una partida de cincuenta hombres con el fin de aprehenderle. Aldama, que hacía poco rato había recibido la noticia de Querétaro, deseaba con ansia comunicarlo a Allende; y como dio la casualidad de que a un tiempo fue llamado por el coronel Canal para mandarlo a buscar a Allende, se aprovechó de tan bella oportunidad para salir sin ser notado, dejando en San Miguel dispuestas las cosas para el caso que se temía. Todos los que se hallaban en el corrillo mencionado tenían grande ansiedad porque Aldama los informase de todo lo ocurrido; cumplió con

rrido; cumplió con esto, y como las cartas que traía eran para Allende, a él se dirigió primeramente, quien después de leerlas se dirigió a los concurrentes para comunicarles su contenido. Estas cartas, en razón de su contenido, motivaron en el corrillo una discusión bastante animada. Les pareció a algunos de los concurrentes que las libranzas de Canal era su salvación. (Este hecho generoso dio motivo más adelante para que el gobierno virreinal hiciera serio extrañamiento al coronel Canal, por el cual sufrió grandes humillaciones y no pocas angustias, que lo llevaron al sepulcro.) Como la idea que prestaba la generosidad del coronel les pareciera a uno que otro su única salvaguardia en lance tan angustiado, se esforzaban en hablar en su favor. El señor Hidalgo, que mientras los demás concurrentes discurrían a su manera se paseaba en la pieza donde todos estaban, percibió que se trataba de Canal y sus libranzas; por esto se acercó a ellos para preguntarles que significaba aquel razonamiento. Lo informaron de todo, y después tomó la palabra para decir: «El señor Canal es digno de nuestra gratitud y reconocimiento: semejante acción merece muy bien no olvidarla jamás. Pero hacer uso de semejante recurso sería para nosotros un crimen imperdonable. Bien, muy bien parecería que en un lance tan serio como el que tenemos a la vista sólo pensáramos en nuestra salvación, dejando nuestros muchos amigos y compañeros en esta grande obra comprometidos reducidos a la humilde condición de víctimas indefensas del odio que bien veis nos profesan los gachupines y que se aumentaría de un modo excesivo a virtud de los sucesos presentes. Olvídense, pues, semejante pensamiento, que nada tiene de caballeroso, ni mucho menos algo de grande». Ballesa y uno de sus hermanos, después de este razonamiento, se interpelaban, porque como el acontecimiento se presentaba tan precipitado y, por lo mismo, no había nada preparado para poder presentar una resistencia, ¿qué recurso quedaba? «El de morir -respondió el señor Hidalgo-, puesto que hemos tomado el camino de redentores, cuyo nombre se adquiere con el sacrificio de

la existencia». Esto dijo, aquel párroco respetable, y se retiró a seguir paseándose en aquella habitación, dejando a sus compañeros con bastantes motivos para meditar sobre su angustiada situación. Como en su mente había formado ya la idea y los pasos que debía dar, cuando le pareció oportuno la hora que se había propuesto, se acercó al corrillo y dijo: «Señores: me ocurre una idea, y ésta es nuestra verdadera salvación». Todos los concurrentes atendieron luego a lo que aquel hombre respetable decía, que fue lo siguiente: «Vamos, Ballesa: en este momento, sin perder tiempo, me vas aprehender a los eclesiásticos gachupines. Tú, Mariano, a los comerciantes gachupines. Aldama, lo mismo, y D. Santos Villa, con la misma comisión. Todos a la cárcel, sin tocar sus intereses». Semejante orden sorprendió a todos, que dijeron: «Señor, ¿qué vamos a hacer? Nada tenemos prevenido, y con semejante golpe, el gobierno necesariamente activará sus providencias. No teniendo nada nosotros que oponerles, seremos víctimas de semejante temeridad». «Así discurren los niños -respondió Hidalgo-, que nunca miden las circunstancias de una situación ni calculan que las pequeñeces más insignificantes, teniendo el tacto necesario para unir las, formarán un todo vigoroso y terrible. A la voz: *contra los gachupines*, mañana todo no sobra. Al negocio, sin perder momento; el miedo, por ahora, a la faltriquera». Esto dijo. Cada uno de aquellos individuos salieron como a las once y media de la noche por calles distintas a desempeñar su comisión. Como semejante medida sorprendía aisladamente a los europeos, no pudieron por esto hacer resistencia de ninguna especie. Este paso tan atrevido, ejecutado por el insignificante número de once hombres, parecerá fabuloso. Tal vez así se entenderá por algunos; pero el hecho es enteramente cierto. El señor Hidalgo había quedado, en compañía de Allende, en la habitación en que estaban tratando ya de las consecuencias que debía dar la providencia mandada ejecutar y meditando el giro que debía dársele a un movimiento de tamaña magnitud. Habíanse mandado algunos correos

a distintos puntos, avisando de lo que actualmente se estaba ejecutando, por si era posible seguir el ejemplo. Esta era la ocupación de aquellos dos señores cuando se les avisó que la mayor parte de los europeos estaban ya en la cárcel y sólo faltaban cosa de tres, que muy pronto estarían en el mismo lugar. El señor Hidalgo mandó evitar las tropelías y que se respetase la propiedad, observándose con los presos y sus familias la mayor moderación y política, prohibiendo todo desafuero y mandando observar la mayor prudencia y moderación. En tal estado estaban las cosas cuando el señor Hidalgo y Allende salieron a la calle para observar el estado en que se hallaba la población en virtud de aquel paso dado. Todo estaba tranquilo, y eran casi las cinco de la mañana cuando se dio aviso que sólo un europeo faltaba que recoger. Este era un tal Cubilán, que había venido de Valladolid con objeto de recibirse de los diezmos y se hallaba alojado en la casa del subdelegado D. Nicolás Rincón. Como se conocía el carácter orgulloso de este empleado, pareció oportuno que Allende fuera comisionado para recoger a aquel español. Así fue, y al presentarse Allende en la casa de Rincón y demostrarle su objeto, hubo sus resistencias por parte de Rincón, haciendo presente la autoridad que representaba y el respeto y miramiento que debía tenersele como primera autoridad; que siendo por tanto un ultraje a su persona, no consentiría que sacasen a Cubilán de su casa. Allende le persuadió que era inevitable aquel paso; que todos los europeos estaban ya en prisión; que toda resistencia sería inútil; que era preciso ceder a la fuerza de las circunstancias. Rincón insistía en no permitir sacaran a Cubilán. Allende, seguro de su fuerza personal, previno saliera el español, no sin haber tenido antes muy serios altercados con el subdelegado. En esto estaban cuando llegó el señor Hidalgo, que fue impuesto de lo que había ocurrido. Mandó Hidalgo a Rincón entregara al europeo y que aquél se dispusiera inmediatamente a salir de la población. Rincón obedeció, saliendo a poco rato de la población. Todos estos lances habían pasado sin estrépito, y

los más de los habitantes, en la mañana, ignoraban el acontecimiento de la noche anterior. Nada de repiques como se ha dicho, ni menos saquear a los españoles. Todo lo referido había pasado en silencio. Concluido el primer paso, se retiraron el señor Hidalgo, Allende, Aldama y otros de la casa a su habitación, para tratar de lo que debía hacerse en seguida de lo que ya se había ejecutado. El acontecimiento tuvo lugar la noche del 15 de septiembre de 1810. El siguiente día, domingo, en la que la gente del campo tiene por costumbre llegar a la población muy a la madrugada para aprovechar la misa prima, se empezaron a formar grupos con el fin de esperarla; y como pasara un grato rato sin llamada, empezaron muchas gentes a notarlo, sin acertar, por entonces, con el motivo de aquella tardanza. No faltó quien empezara a informarles de que pudiera ser no hubiera misa, porque el señor Hidalgo había en la noche anterior mandado aprehender a todos los gachupines, y todos se hallaban en la cárcel. Semejante informe fue recibido por algunos con sorpresa, aunque mezclada con algo de alegría; tal motivo daba aquella situación formada por los procedimientos despóticos y tiránicos que observaban los españoles con toda clase de mexicanos. En este estado de incertidumbre se fueron acercando al frente de la casa del señor Hidalgo. Aumentó el número. Viendo que por momentos crecía, parecía a aquel párroco respetable que era tiempo ya de dirigirle la palabra a aquella multitud, para informarle de los motivos que había tenido para realizar un movimiento tan nuevo y desconocido. Salió al zaguán y se explicó de la manera siguiente: «Mis amigos y compatriotas: no existe ya para nosotros ni el rey ni los tributos. Esta gabela vergonzosa, que sólo conviene a los esclavos, la hemos sobrellevado hace tres siglos como signo de la tiranía y servidumbre; terrible mancha que sabremos lavar con nuestros esfuerzos. Llegó el momento de nuestra emancipación; ha sonado la hora de nuestra libertad; y si conocéis su gran valor, me ayudaréis a defenderla de la garra ambiciosa de los tiranos. Pocas horas me faltaban para que me veáis marchar

a la cabeza de los hombres que se precian de ser libres. Os invito a cumplir con este deber. De suerte que sin patria ni libertad estaremos siempre a mucha distancia de la verdadera felicidad. Preciso ha sido dar el paso que ya sabéis, y comenzar por algo ha sido necesario. La causa es santa y Dios la protegerá. Los negocios se atropellan y no tendré, por lo mismo, la satisfacción de hablar más tiempo ante vosotros. ¡Viva, pues, la Virgen de Guadalupe! ¡Viva la América, por la cual vamos a combatir!». A esto respondió la multitud en igual sentido y bastante animada. Se retiró el señor Hidalgo y comenzaron los preparativos de marcha y todos se adelantaban entre sí para acompañarlo. Aquel espíritu de libertad se difundió en aquella reunión con la violencia del rayo. Cada individuo se preparaba con un garrote, honda, lanza o machete: así esperaban las determinaciones de su párroco. En tal estado las cosas, se preparaba por otro lado la salida de los europeos y se habían dispuesto burros aparejados para que cabalgaran. Había llegado ya D. Luis Gutiérrez con más de doscientos hombres de a caballo, que fueron destinados para custodiar a los presos europeos. La comisión de conducirlos fue encomendada a Allende y Aldama. Los demás individuos fueron destinados a otras comisiones. En estos preparativos había adelantado la mañana. El señor Hidalgo, ya dispuesto a marchar, siendo las diez salió a caballo a la calle y se encontró con una reunión de cinco mil hombres, que sólo esperaban su orden para marchar y seguirlo. Lleno de emoción, el señor Hidalgo les dio las gracias y fue a dar algunas determinaciones, y entre ellas mandó que le llamaran a sus alfareros, que cuidaban de la cría de gusanos, de los que obtuvo una seda especial. Mandó también que llamaran a los que cuidaban de las colmenas, que introdujo en este lugar y que hoy forman un bello recurso a la clase pobre; a los que cuidaban de la siembra del lino, a quienes dio las mejores esperanzas, hasta lograr sacar puntiví un poco grueso. Reunidos todos, les dio un abrazo y le suplicó mucho cuidaran lo que tenían a su cargo. Hubo en este

acto sus lágrimas, y los consoló diciéndoles que pronto volvería a verlos. A este hombre célebre llamaron sus enemigos ambicioso, cuando quería la felicidad de sus conciudadanos basada en la industria. Un verdadero ambicioso nunca se ocupa de estas cosas; las contempla con mucho desprecio, suponiendo una desgracia dirigir su atención a semejantes pequeñeces. Concluidas, pues, las principales disposiciones, se determinó la marcha y se empezó a mover aquella reunión. Era digno de verse al señor Hidalgo, solo, a caballo en el centro de aquel gentío que lo veía con tanto respeto y aprecio. En todos se advertía un espíritu bélico. Los indios, al pasar el río, surtían sus costales de piedras; otros se proporcionaban un arma cualquiera, y todos deseaban combatir. El exterior de aquella masa de hombres puestos en movimiento llamaba la atención de cuantos la miraban. Su aspecto era importante, y en cada paso que daban aquellos hombres iban absorbiendo a cuanta gente se encontraba ya en el camino o ya en los puntos inmediatos. La fuerza se aumentaba prodigiosamente, de suerte que al llegar a San Miguel, no habiendo locales suficientes en que acomodar tanta gente, se alojaron en las calles. En marcha aquel improvisado ejército, había dejado a retaguardia, y al cargo de Allende y Aldama, a los prisioneros europeos. Convino así esta medida prudente, pues se advirtió, no sólo en los indios, sino en las demás clases, que se despertaba cierto resentimiento, cierta mala disposición contra los europeos, quienes en tiempos atrasados, y muy particularmente en el presente, habían observado contra los indígenas un comportamiento duro, impolítico, apareciendo por todas partes un refinado orgullo y una inhumana tiranía. Así fue que ellos mismos dieron impulso a tan colosal revolución.

Cuando aquella gran reunión seguía su marcha, y estando ya a más de medio camino, recibió el señor Hidalgo un correo que venía de San Miguel, por el que le avisaban que los europeos de aquella villa estaban muy alarmados y se reunían en las Casas Consistoriales en actitud de defenderse, para lo cual estaban ya

formando en la plaza las dos compañías del regimiento de la Reina. Esta noticia dio motivo a que se mandara hacer alto y a que se llamara a Allende, que venía a la retaguardia. Se presentó, hablaron un rato y se dispuso que Allende tomara cien hombres de a caballo y con ellos se adelantara a San Miguel para observar o destruir aquellos preparativos, ínterin que él llegaba con toda la fuerza. Allende avanzó, dejando a Aldama la custodia de los presos. Una casualidad dio motivo a que en San Miguel se supiera lo ocurrido en Dolores la noche del 15, por un mozo que pasaba para la villa y se quedó esa noche para madrugar y seguir su camino. Este observó algo, porque en la posada que estaba sacaron preso a un español que iba de tránsito. El mozo, que pudo advertir que aquel negocio podía alcanzar a su amo, que era europeo, violentó su marcha y llegó a San Miguel casi amaneciendo. Esta noticia puso en movimiento a los españoles de aquella población y no se logró por esto la sorpresa en que se había pensado.

Allende se introdujo a San Miguel con alguna confianza, pues ya sabía la buena disposición de mucha gente de la población, como también de la mayor parte de los oficiales y tropa que estaba sobre las armas. Se dirigió a la plaza, y al entrar a ella le salió al encuentro D. Vicente Gelati, ayudante del regimiento. Este hombre tuvo la imprudencia de reconvenir a Allende, afectándole de un modo bastante agrio y descompuesto aquel movimiento y la gran falta que cometía contra los derechos del rey. Quería atemorizarlo con las dos compañías formadas que estaban a la vista; quiso también coger la rienda de su caballo; pero Allende, tan belicoso y valiente, observando las intenciones de Gelati, lo despreció, le echó el caballo encima y lo echó al suelo con algunos golpes. La tropa que esto observaba desprendió una parte de la formación, dirigiéndose a aquel sitio. No contra Allende, a quien veían con tanto respeto, sino contra Gelati, a quien aprehendieron, uniéndose enseguida con Allende, poniéndose a sus órdenes y dirigiéndose luego a las Casas Consisto-

riales, en donde los españoles, con las armas que habían reunido, se hallaban encerrados y dispuestos a defenderse. La puerta, bien cerrada, no se abría a pesar de las indicaciones que Allende les hacía. Por último, les previno que la iban a mandar romper. Cedieron a esto, y se abrió el zaguán. Entró Allende a caballo, y así subió la escalera, hasta ponerse al frente de la sala donde estaba la reunión. Allí se apeó con el fin de entrar. Entonces, el cura Uraga salió a recibirlo y enseguida lo hizo entrar; así fue que saludó a todos con mucho comedimiento (porque todos eran sus amigos) y se dirigió a todos de la manera siguiente: «Señores, todos sois mis amigos y me habéis honrado todos con vuestra consideración y aprecio. Vuestra amistad más de una vez me ha hecho disfrutar ratos satisfactorios; por lo mismo me he anticipado para demostrarles que toda resistencia no sólo sería inútil sino bastante peligrosa para ustedes. No dudéis de lo que digo: acercaos al balcón y veréis un pueblo bastante alterado. No hay que irritarlo, antes ceder a las circunstancias sería un proceder prudente y racional; y tanto más cuanto que la fuerza por que contabais ya no os pertenece». De la concurrencia salió una voz que preguntaba qué era lo que debía hacerse en aquella situación. Le respondió que entregar las armas y darse por presos, ínterin se disponía otra cosa a la llegada del ejército. Así se ejecutó.

Cuando todo esto pasaba, marchó la parte del pueblo que se hallaba reunido en la plaza, y mezclado con la tropa que estaba formada, esperaron todos la llegada del señor Hidalgo, pues muchos habían salido a encontrarlo. Poco tiempo pasó cuando se empezaron a advertir las avanzadas. Esto causó gran movimiento, pues toda la gente corría a la orilla, deseoso cada cual con ser el primero en encontrarse con aquella gran masa combatientes, que fue acercándose y empezó a encontrar a la población. Sorpresa, admiración causada aquella reunión de hombres comenzada a formar con un número insignificante en la noche del 15 de septiembre; y en la tarde del 16 ya causada temor y es-

panto su prodigioso número. Estos son los prodigios que aparecen cuando anima a los hombres el sentimiento de libertad, producido por el largo tiempo que han pasado la fatiga de la opresión y tiránica servidumbre.

Llegó el señor Hidalgo; fue informado de todo lo que había ocurrido, y dio sus órdenes, que fueron ejecutadas prontamente. Pidió alojamiento para toda aquella gente, y no hubo cuarteles suficientes, siendo al fin necesario que se alojaran en las calles. Ordenó que se desocupara el Colegio, para que sirviera de prisión a los europeos que iban de Dolores, como también a los españoles que se habían recogido en San Miguel. Se esperó a que fuera un poco tarde para trasladarlos a aquel sitio usando de alguna precaución para que no fueran insultados ni maltratados por el pueblo. Salieron de las Casas Consistoriales, para su destino, los españoles siguientes: D. Sebastián Aguirre; procurador D. José Landeta; D. Juan de Ylaci; D. Francisco Fuentes y su hermano D. Manuel; D. José Garita Celaya; D. José Villaurrutia, administrador de Correos; D. Víctor Gelati, ayudante del regimiento de la Reina; D. Vicente Camunes, mayor del mismo cuerpo; D. José Marañón; D. Tomás Ignacio de Aspeteguía, empleado en el Estanco; D. Pedro y D. Domingo Lámberry y D. Francisco Berrio.

Estando los mencionados ya en la prisión, llegó la retaguardia de aquel ejército, en donde venían los españoles presos en Dolores, y que eran los siguientes: bachiller D. Francisco Bustamante, Sacristán mayor; D. Ventura Reboleño; D. Alejandro Matanco; D. Manuel Dehesa y su hermano D. Joaquín; D. Toribio Casielles; D. Simón Cubilán y D. Juan Bustamante (D. José Larrinúa quedó en Dolores a virtud de una herida que recibió); D. Francisco Santelices, español bastante honrado y apreciable; D. Luis Martín, administrador de la Aduana, y D. Francisco Irigoyen.

Todos estos individuos fueron remitidos al Colegio donde se hallaban los demás presos. Cuando estaban unidos, el señor Hidalgo y Allende se dirigieron a aquel sitio, no tan sólo con el fin

de consolar a todos los presos y proporcionarles todo lo necesario, sino también para hacerles entender que la medida tomada en contra de ellos era sólo una precaución, y que más adelante tenían esperanza de hacerles menos penosa su situación; que en aquel caso era inevitable sufrir las incomodidades que los rodeaban. En esto estaban, cuando les avisaron que en la plaza, la multitud algo inquieta, forzaba las puertas de la tienda de D. José Landeta para saquearla. Inmediatamente mandó aquél que fueran Allende y Aldama a contener aquel desorden. Cuando llegaron estos señores, ya se había introducido mucha parte de aquella gente y cometido algunos desórdenes y pillaje. Luego los echaron fuera, y aunque no se pudo recogerlo hasta entonces robado, se cerraron las puertas y se puso una guardia para impedir otra tentativa. A este respecto se dieron otras providencias, de suerte que no hubo otra violencia que la que quedó mencionada.

A cada paso aumentaban los negocios y atenciones del señor Hidalgo, y aunque su mira principal era la de violentar sus movimientos para aprovechar aquel entusiasmo tan marcado y sorprender fácilmente las grandes poblaciones que pudieran oponer resistencia, con todo le fue indispensable permanecer en San Miguel unos tres días, hasta el 18, al cabo de los cuales se emprendió la marcha con dirección a Celaya. Allí, como lo había previsto el señor Hidalgo, se preparaba la defensa, poniendo en la plaza unas trincheras de sacos de lana y algodón. Algunas gentes y criados de las casas se hallaban en las azoteas, con una que otra escopeta, de que resultaba una débil resistencia. Luego que estos defensores observaron el gentío que se acercaba a la ciudad, le empezaron a disparar, quedando sólo en las azoteas algunos criados de algunas casas principales, que imprudentemente disparaban algunas escopetas contra la multitud de gente que tenían a la vista. Esta imprudencia dio ocasión a que aquella multitud ocasionara en su entrada algunos estragos en las casas en que había advertídose alguna resistencia: hubo algunos des-

órdenes y saqueos, que muy pronto fueron corregidos.

Entró el señor Hidalgo con una fuerza que a cada momento se aumentaba. Preciso fue ordenar de alguna manera aquella multitud que como por encanto se hallaba reunida. Eran ya cincuenta mil hombres, y era necesario darles algún orden; por esto fue que inmediatamente se formaran regimientos y se nombraran coroneles y subalternos por cada uno de ellos. Esto se hizo con toda presteza, puesto que se intentaba marchar lo más pronto posible para Guanajuato.

Como a cada momento se iba presentando más gente, y algunos pueblos no querían ser los menos en ofrecer sus servicios, era indispensable ocupar algún tiempo para recibirlos y cumplimentar a sus representantes. No había una hora libre y se trabajaba a todas horas, muy vencida la noche. Los correos de muchas partes abundaban y era urgente su despacho: todo allí era fatiga y actividad. El señor Hidalgo se levantaba muy temprano para activar los negocios que quedaban sin concluir el día anterior. La fuerza realista que estaba en Querétaro y que mandaba el conde de la Cadena le llamaba la atención, aunque era poco su número. Más de una vez intentó batirlos, y otras fuertes consideraciones le hicieron variar de intento. Se contentó con dejar una fuerte división que observara sus movimientos, mientras que con la demás fuerzas se dirigía a Guanajuato. Todo se preparaba para tal objeto. Los ánimos de todos, a cada momento más entusiasmados, daban las mejores esperanzas en favor de aquella empresa tan grande como atrevida.

Las principales autoridades y vecinos, con muy pocas excepciones, se hallaban en buen sentido; y aun los que por naturaleza debían ser opuestos, simpatizaban con el objeto de aquella revolución. Los indígenas daban a conocer su contento cuando llegaron a entender los motivos y fin de aquel movimiento. De la parte del clero, cuatro individuos se declararon francamente y siguieron al ejército. Se había recogido a todos los europeos que se hallaron en aquella ciudad y fueron agregados a los que ya

estaban presos.

Como el número crecido de gente ocasionaba la carencia de víveres, se mandó salir a alguna fuerza con dirección a Guanajuato, y en sus inmediaciones estar a la mira de los movimientos que intentara el intendente con la fuerza que tenía reunida para su defensa.

El ayuntamiento de Celaya y demás autoridades, para dar legalidad al acto, asistieron al nombramiento del señor Hidalgo para capitán general y D. Ignacio Allende para teniente general. Fueron nombrados también muchos coroneles y subalternos, con general aprobación, quedando con el mando supremo el primer nombrado.

Las autoridades ya citadas prestaron buenos servicios a la causa de la Independencia. Cooperaron en todos sentidos y proporcionaron cuantos recursos eran posibles para hacer marchar a aquel ejército a su destino, que a cada paso era más urgente.

Hubo algunos incidentes que precipitaron más su movimiento.

Se tuvo noticia de los preparativos de defensa que se hacían en Granaditas. Informaban a un tiempo de la fuerza y recursos con que contaban para resistir, indicando también que convendría se acercara el ejército lo más pronto posible. Estas noticias e indicaciones, aunque valían algo, no hacían variar al señor Hidalgo el plan que sobre esta expedición se había formado; así es que esperaba el resultado de un paso muy importante que le pareció dar tan luego como llegó a Celaya, y que será explicado más adelante.

El día 21, en que tuvo lugar la elección del señor Hidalgo, fue un día verdaderamente grande, solemne; cuyo acto, que procedía de la espontaneidad y de la uniformidad de sentimientos, le daban un aspecto majestuoso y legal. La multitud y demás concurrentes quedaban satisfechos de su obra. El señor Hidalgo quedó, pues, con la autoridad y obligado a defender los derechos del pueblo.

Luego que esto pasó, lo primero que hizo fue dirigirle una carta al intendente Riaño, en la cual le pintaba sus intenciones, no menos que la situación del país. Esperaba con ella conseguir un éxito feliz que diera por resultado un término de que librara a México de lo horrores inseparables de una guerra civil.

No fue así, sino que la impolítica e imprudencia del señor Riaño abrió la puerta a todas las desgracias.

«Señor intendente D. Juan Antonio Riaño. Cuartel general en Celaya.

Sabe usted ya el movimiento que ha tenido lugar en el pueblo de Dolores la noche del 15 del presente. Su principio, ejecutado con el número insignificante de 15 hombre, ha aumentado prodigiosamente en tan pocos días. Me encuentro actualmente rodeado de más de cuatro mil hombres, que me han proclamado por su capitán general. Yo, a la cabeza de este número, y siguiendo su voluntad, deseamos ser independientes de España y gobernados por nosotros mismos. La dependencia de la península por trescientos años ha sido la situación más humillante y vergonzosa en que se ha abusado del caudal de los mexicanos con la mayor injusticia, y tal circunstancia los disculpará más adelante. Precipitado ha sido su principio, pero no pudo ser de otra manera, sino dando lugar y providencia de asegurar a los españoles, para lo cual ha tenido fuertes razones. Traigo a mi lado los avecindados en Dolores, San Miguel el Grande y los que se han recogido en esta ciudad. Uno solo ha recibido una herida y por ella ha quedado en su casa para que se restablezca, quedando su persona segura de toda violencia. En San Miguel hubo un pequeño desorden en la casa de un español, que se evitó cuanto fue dable para que no siguiera adelante. Por esto verá V. S. que mi intención no es otra que los europeos salgan por ahora del país. Sus personas serán custodiadas hasta su embarque, sin tener ninguna violencia. Sus intereses quedarán al cargo de sus familias o de algún apoderado de su confianza. La nación les asegurara la debida protección; yo, en su nombre,

protesto cumplirlo religiosamente. Mas adviértase que estas consideraciones sólo tendrán lugar en el caso de condescender prudentemente, en bien de sus personas y riquezas; mas en el caso de resistencia obstinada, no respondo de sus consecuencias. No hay remedio, señor intendente; el movimiento actual es grande, y mucho más cuando se trata de recobrar derechos santos concedidos por Dios a los mexicanos y usurpados por unos conquistadores crueles, bastardos e injustos, que auxiliados de la ignorancia de los naturales y acumulando pretextos santos y venerables pasaron por usurpales sus costumbres y propiedad, y vilmente de hombres libres convertidos a la degradante condición de esclavos. El paso dado lo tendrá V. S. por inmaduro y aislado, pero esto es un error. Verdad es que ha sido antes del tiempo prefijado, pero esto no quita que mucha parte de la nación no abrigue los mismos sentimientos. Pronto, muy pronto, oirá V. S. la voz de muchos pueblos que responderán ansiosamente a la indicación de libertad. Como el asunto es urgente, lo es también la resolución de V. S. puede nombrar dos individuos de su confianza, hombres de instrucción y de saber, con instrucciones suficientes para tratar un negocio de tan vital interés. Reúna V. S., si le conviene, a las clases principales, lo mismo que a los europeos de mayor influencia. Trátese la materia con detenimiento, con madura reflexión, de suerte que si se consulta a la razón, si entra en ella la conveniencia personal, los intereses y la paz, no dudo que habrá un término satisfactorio. El movimiento nacional, cada día aumenta en grandes proporciones: su actitud es amenazante; no me es dado ya contenerlo, y sólo V. S. y lo europeos reflexivos tienen en su mano la facilidad de moderarlo por medio de una prudente condescendencia. Si por el contrario se resuelven por la oposición, las consecuencias en casos semejantes son desastrosas y temibles, que se deben evitar aun a costa de grandes sacrificios. Como los acontecimientos por momentos se precipitan, sólo podré esperar cuatro o cinco días para saber el resultado favorable o adverso; en consecuencia del cual,

arreglar mis determinaciones.

Pido a la Providencia, con todas las veras de mi corazón, o ilumine en un asunto de tanta magnitud para el país y para los españoles residentes en él. Una abnegación prudente nos daría un resultado satisfactorio y sin ejemplo; tal vez quedaríamos amigos, y bien podría ser que en el seno de la amistad, protegidos de una madura reflexión, se arreglara un negocio de tanta magnitud, en que se vería nada menos que derechos sacrosantos e imprescriptibles de que se ha despojado a la nación mexicana, que reclama y defenderá resuelta, siguiendo adelante en su actual empresa, llevando a su frente, que le sirva de guía, el signo de la justicia y el poderoso auxiliar de la convicción.

He cumplido, señor intendente, con indicarle a V. S. mis intenciones, o mejor dicho, las de la nación. Soy hijo de Guanajuato, por quien tengo grandes simpatías. Le deseo el bien posible y ansío porque no pasen sobre él los grandes males que lo rodean, y veo que no hay otro medio de conjurarlos que el arbitrio que le propongo: paz y felicidad; guerra desastrosa y exterminio. V. S. se inclinará por el más humano y racional, siendo, por tanto, un objeto de gratitud y de bendiciones, o tal vez, por desgracia, la execración de las edades venideras. Pido de nuevo a Dios omnipotente le conserve su importante existencia y le proteja para resolver en un negocio tan grave y delicado.

Cuartel general en la ciudad de Celaya, a 21 de septiembre de 1810. -Miguel Hidalgo y Costilla. Señor intendente de la provincia de Guanajuato, D. Juan Antonio Riaño».

En la época en que se dirigió al señor intendente esta carta oficial se estaba a la orilla de un volcán. Se advertían grandes señales de una espantosa erupción. El movimiento del día 15 era un gran sacudimiento, que se comunicó con una prodigiosa violencia a muy grandes distancias. Las autoridades de las provincias debieron medir la situación y prever con la mayor prudencia el tamaño de las consecuencias; por esto era de esperar del se-

ñor Riaño, en vista del documento que le dirigió el señor Hidalgo, si no una absoluta condescendencia, a lo menos una medida que atenuara lo terrible de la efervescencia que ya era demasiado notable; de suerte que de unas conferencias manejadas con habilidad y prudencia se hubiese obtenido un acomodamiento que, sin destruir la intención nacional, hubiera evitado el rompimiento y los desastres. Nada de estas consideraciones entraron en el plan de la defensa que propone el intendente, que obró de un modo contrario, adoptando un lenguaje acre, insultante e impolítico, dando por toda respuesta, de palabra, a D. Blas Montaña (que era el conductor): que dijera al cura Hidalgo que en Granaditas lo esperaba con sus chusmas, en cuyo edificio respondería. Se deja entender el efecto que haría en el ánimo del señor Hidalgo y sus dignos compañeros una respuesta semejante. Así fue que por ella se aumentó el ardor y el entusiasmo, y se quería marchar al momento, dejando una fuerza respetable en Celaya para estar a la mira de Querétaro, en donde el conde de la Cadena ordenaba fuerzas realistas para hacer resistencia. Dispuesta lo mejor posible, la fuerza constaba de más de veinte mil hombres, con poco número de armas de fuego, que cuando más serían seiscientas entre fusiles y escopetas, siendo las demás, espadas, machetes de la gente del campo, algunas lanzas que se habían construido con toda precaución y que no pasaban de trescientas; lo demás se componía de hondas y garrotes, formando regimientos de indígenas mandados por coroneles de conocido patriotismo. El Intendente en Guanajuato, al saber el acontecimiento de Dolores, que fue a los dos días de sucedido, tuvo miedo de que el camino que conduce a aquella ciudad estuviera incomunicado; así es que el señor Riaño, en consecuencia de la noticia que tuvo por un vecino de Guanajuato que se hallaba en San Juan de Llanos, sobrecogido de tan terrible noticia, se dirigió al cuerpo de guardia, que se hallaba a las puertas de las Casas Consistoriales, llamó a los soldados y mandó tocar generala. Tan inesperado movimiento llenó de terror a toda la

ciudad, y el movimiento reunió todo el batallón que actualmente estaba sobre las armas; todos los vecinos principales, todo el comercio, toda la minería, y, finalmente, toda la plebe, armados todos del modo que podían. Se dirigió esta multitud a preguntarle al intendente la causa de aquel movimiento y a ponerse a sus órdenes, y el señor Riaño mando que fueran a presentarse al cuartel de infantería los paisanos y decentes, y la plebe que volviera a sus ocupaciones, pero que estuvieran prontos para cuando tocara la generala, pues que estaban amenazados del cura de Dolores, que se había levantado con aquel pueblo y amagaba a la ciudad.

Algunos vecinos y europeos proponían a Riaño que con el batallón que estaba acabado de vestir y que constaba de más de cuatrocientas plazas, y con los vecinos que estaban dispuestos, se dirigieran a Dolores a sorprender al cura, que apenas tendría unos cuantos secuaces y ningunos recursos. Esto se le decía al intendente y se le aseguraba que en ese mismo día se ahogaría en su cuna la revolución y todos serían presa de su lealtad y patriotismo, o si no víctimas de su resentimiento y enojo, y dignos de la más severa justicia. Este pensamiento podría ser bueno en otro caso; pero cuando se pensó en él, era fuera de tiempo, pues ya el señor Hidalgo estaba en la villa de San Miguel, a la cabeza de más de seis mil hombres, y sin duda no hubiera tenido buen éxito el pensamiento. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que a pesar de las indicaciones de algunos individuos del Ayuntamiento y otros europeos de influencia, el intendente no tuvo a bien seguir estas indicaciones, pensando de otra manera.

Así fue que se determinó que el paisanaje de europeos y criollos del país se reunieran al batallón y comenzaran a hacer una formal guarnición de la ciudad, con todas las fatigas de un soldado, de guardias, centinelas, patrullas y destacamentos. La ciudad se atrincheró, poniendo en todas las bocacalles murallas de madera con sus respectivos fosos, resguardados con centinelas de soldados y paisanos, día y noche, y soldados europeos y criollos. La ple-

be apareció unida a la idea de la defensa de un modo simulado, porque ya en ella había penetrado la idea de la libertad y sólo esperaba una oportunidad para declararse abiertamente, aparentando interés por la defensa. Así llegó el día 20 de septiembre, en que tocándose generala a las doce de la noche, concurrió multitud de gente que ocupó los cerros, las calles, las plazas y las azoteas, con bastantes piedras que acopiaron para defender la entrada a sus enemigos, mientras la tropa y paisanaje armado se encaminaban a la entrada de Marfil a recibir al enemigo. Esta alarma no tuvo resultado, porque habiendo sido una equivocación se suspendió la actitud imponente; pero siempre aparecía la plebe como inclinada a favorecer las medidas y disposiciones militares del intendente. Así iban las cosas, y creía el señor Riaño en la seguridad de su triunfo en un caso dado; pero el día 25 tomó aquella actitud un carácter diverso, pues en la media noche del día anterior y al silencio de ella, sin que lo llegara a saber ni presumir persona alguna, y menos el ilustre Ayuntamiento ni alguno de su individuos, tomó el intendente la resolución de pasar a la Alhóndiga que llaman de Granaditas toda la tropa, todos los caudales, los municipales y de la ciudad con sus archivos y papeles, y armas, todo lo que pertenecía a su casa, llevándose también su familia. Después de esto, con reunión de recuas que se hizo en aquella noche, se pasaron de los reales cajas a la alhóndiga trescientas nueve barras de plata, ciento setenta y cuatro mil pesos efectivos, treinta y dos mil en onzas de oro, treinta y ocho mil de la ciudad, que estaban en las arcas de provincia, treinta y tres mil de la minería y depósitos, catorce mil de la renta de tabacos y mil y pico de la de correos.

En aquella misma noche se pasó a Granaditas todo el cuartel de milicias, con los soldados, armas y municiones; se taparon los fosos, se quitaron las trincheras de las calles y se trasladaron a Granaditas, y sólo se descuidó de fortalecer y asegurar aquello que quedaba a la salida ya de la ciudad, que dando todo ello en un absoluto desamparo e indefenso.

Amaneció el día 25, y el vecindario, que advirtió aquella mutación tan extraordinaria e inopinada, se sorprendió y consternó, y mucho más viendo las providencias sucesivas que se iban tomando, pues se mandó por el intendente pasar a la Alhóndiga bodegas enteras de harina que había dentro de la ciudad, que adentro había más de cinco mil fanegas de maíz del depósito; que cuantos víveres había y entraban se conducían a la Alhóndiga, dejando desprovisto al pueblo; que aun de las tiendas extraían los mantenimientos, y, finalmente, que todos los europeos con sus caudales, y también algunos criollos, se recogían y encerraban en el punto de la Alhóndiga de Granaditas. La plebe, entre la cual se había diseminado por los agentes del señor Hidalgo la idea de la libertad, estaba atenta a todas estas operaciones. Inclineda a la causa de la Independencia, comenzó a decir públicamente que los gachupines y señores querían defenderse solos y dejarla a ella entregada al enemigo, y que aun los víveres le quitaban para que pereciera de hambre. Desde este momento ya no se vio en la plebe aquel entusiasmo a favor de la defensa, sino que en grupos se fue dispersando por los cerros y barrios.

El Ayuntamiento, que llegó a entender los fatales resultados que podrían dar las providencias que daba el señor intendente, acordó celebrar un cabildo compuesto de todos sus individuos, de los santos curas, prelados de la religión y de los vecinos principales, y para efecto, con su secretario, mandó a Granaditas a citar al señor Riaño, para que viniera a presidirlo a las Casas Consistoriales. Pero su señoría contestó diciendo que con la mala noche que había pasado no estaba para esa concurrencia; que sería en aquella misma tarde del día 26, pero no en las Casas Consistoriales, sino en Granaditas, porque su señoría ya no salía de allí. Se convino en ello por los capitulares, porque el asunto era grave y no permitía pararse en etiquetas, aunque fueran justas, y en la tarde, a la hora convenida, estuvieron todos prontos en Granaditas.

Ya una multitud de soldados y paisanos, todos armados, que

se habían refugiado y hecho fuertes en Granaditas, llenaban aquel edificio; y apenas hubo lugar para que cupiera el Ayuntamiento, prelados, curas y vecinos en la habitación del señor intendente; y tomando asiento como lo permitía lo incómodo del sitio, tomó la voz el señor alférez real, licenciado D. Fernando Maraño; le siguió el regidor fiel ejecutor licenciado D. José María Septién y Montero, y sucesivamente hablaron los prelados y curas, y cuantos quisieron explicar sus sentimientos.

Todos estos personajes, según su turno, iban explicándose con bastante energía, dictando con ardor y vehemencia expresiones fogosas, como sucede en los raros y grandes acontecimientos, las cuales se dirigían al señor intendente, persuadiéndolo a que restituyera las cosas al estado en que estaban; que la tropa volviera a sus cuarteles; que la ciudad se custodiase; que los caudales reales y municipales se volvieran a su lugar; que su señoría ocupara sus Casas Consistoriales y los vecinos las suyas, y, finalmente, que se procurara el restablecer la confianza pública que debía tener el Gobierno, la que se advertía perturbada con semejantes novedades, pues que de lo contrario se temían siniestros procedimientos en la plebe, y que la ciudad, indefensa y desarmada, sería segura presa de los insurgentes.

No valieron expresiones, no valieron súplicas, no valieron cargos y responsabilidades que se protestaron en aquella pública y autorizada junta por hacer que el señor intendente corrigiera su resolución. Cerró la concurrencia con decir resuelta y concluyentemente que su señoría no salía por ningún motivo de aquella Alhóndiga; que estaba seguro y también lo estaban los caudales reales, que era lo que debía custodiar; que la tropa había de permanecer en aquel lugar, y que la poca que estaba en el vivac y la que patrullaba por la ciudad, a cualquiera novedad se había de venir con la de la Alhóndiga y encerrarse en sus trincheras, y que la ciudad y sus vecinos se defendieran como pudieran. Semejante lenguaje llenó e terror y de amargura a todos los concurrentes, que sin saber a qué atenerse y poseídos de

confusión se retiraron a sus casas a pedir a Dios remedio a los gravísimos males que amenazaban y que era indefectible cayeran sobre la ciudad.

Todos estos trastornos del intendente: sus medidas precipitadas, sus extravíos en las posiciones de defensa, su imprudente resistencia, no eran otra cosa que la fuerte impresión que le habían ocasionado las ideas que contenía la carta oficial que el señor Hidalgo le había dirigido desde Celaya cuatro días antes. Este documento se quedó sin publicidad. El intendente lo ocultó a los ojos de las personas notables que lo rodeaban y estaban en un mismo interés; quiso que no saliendo a luz esta carta, recayera toda la odiosidad como de un acto violento en la persona del señor Hidalgo, haciéndole la guerra, procurando su descrédito, como al fin sucedió más adelante. Cualquier militar medianamente experimentado hubiera calculado la situación; hubiera meditado seriamente sobre ella; hubiera observado lo imprudente que sería una resistencia en que no podía salir airoso, una resistencia loca a un movimiento tan eminentemente nacional, sostenido por el prodigioso número de mexicanos que espontáneamente se habían unido para combatir a todo trance por su independencia y por su libertad. Nada de estos considerandos estaban en las miras del intendente, y el despecho, más bien que el amor al rey, hizo que se rompiera el dique que contenía los estragos.

No hemos desviado del camino. Volveremos a él para decir lo que el intendente hacía encerrado en Granaditas con sus aparatos de defensa. Sus disposiciones, tan variadas a cada momento, daban a entender que se hallaba algo acalorada su razón y que le dominaba un gran terror. En estas y otras determinaciones llegó el día 28 de septiembre, y como a las once de la mañana llegó el señor Hidalgo al frente de Granaditas con un ejército de más de veinte mil hombres, y que se aumentaba a cada paso de los ranchos y pueblos inmediatos. Se tomaron las posiciones necesarias en las alturas inmediatas, de suerte que quedara

Granaditas casi rodeado por más grande fuerza y situada en puntos sobremanera dominantes, desde los cuales podría sin peligro hacer mucho daño a la fuerza de la Alhóndiga. Después de colocadas las fuerzas, se dirigió el señor Hidalgo con una fuerza respetables y se situó frente a la puerta principal de Granaditas, en un grupo de casas pequeñas, en posición muy inmediata a la que llamaban Castillo. En este estado las cosas, se permaneció un gran rato en expectativa, pues el objeto era que la vista de aquel importante aparato de fuerza y de entusiasmo nacional hiciera variar la actitud amenazadora e imprudente de la resistencia del intendente; el soldado inexperto hubiera calculado la gran dificultad del buen éxito y hubiera cedido a la terrible fuerza de la situación. ¡Que una pluma diestra hubiera pintado aquel cuadro tan digno, en que los derechos del hombre y su libertad se ponían frente a frente del orgullos de sus tiranos y usurpadores de los derechos sacrosantos que le plugo a la providencia concederles en el acto de la Creación! Ciertamente, el comportamiento de los europeos para con los mexicanos era duro e insoportable, resultando de aquí que los mexicanos sufrieran una humillación terrible y vergonzosa. Estos hechos habían llenado de antemano la copa de los sufrimientos, y una gota de agua bastaba para hacerla derramar. Esta gota tremenda la proporcionó el intendente con su extraño comportamiento, hijo sin duda de una razón extraviada.

Después de todo lo dicho, el señor Hidalgo mandó decir al intendente que estaba a su vista y que deseaba la respuesta que le tenía prometida. La respuesta fue que no trataba con recados. Enseguida, el señor Hidalgo se determinó, de un modo más enérgico, a dirigir al señor Riaño una intimidación, previniéndole que si rendía a discreción se le garantizaría la vida y la de los que le acompañaban; que toda resistencia era extremadamente peligrosa y sin frutos, y que, a más, meditara en la sangre que iba a derramarse, como también en los destrozos y males consiguientes. Que meditara en la fuerza que tenía al frente para obligarlo a

la rendición, y que sólo él sería responsable ante Dios y ante la nación de los males indefectibles que causaría su temeridad. Que habiendo hecho lo posible para evitar una ruina cierta, la humanidad no le haría cargos por las funestas consecuencias que eran de esperar. En un corazón menos mal intencionado habrían hecho alguna impresión las consideraciones ya expresadas; pues nada menos que esto, porque por mera respuesta mandó romper el fuego. Como todos los combatientes observaban la renuencia del intendente, y a más había habido cuatro muertos del ejército mexicano de resultas de la primera descarga de Granaditas, se llenó de furor aquella multitud. Se acercan al Castillo, a una distancia proporcionada, según sus armas; comienza a operar el enemigo, apareciendo por el uso de la honda como aguacero muy cerrado de piedras al Castillo, no dejando por esto que los defensores de Granaditas hicieran uso de sus armas sin mucho peligro. Causaba espanto el efecto de las hondas, de suerte que las más fuerte granizada era poco comparada con aquel sorprendente espectáculo, que reunido a la resolución entusiasta de los combatientes, formaba un cuadro lleno de aliento, pero que causaba gran terror aun a los hombres de buen temple. El señor Hidalgo, dirigiendo aquella maniobra y alentando a los soldados, contemplaba lo que podía hacer con aquella energía que aparecía en el espíritu nacional. Se le conocía a cada paso su fe y la seguridad en el tiempo, y decía: «Si seguimos como hoy, es trabajo de pocos meses».

La multitud de piedras arrojadas al Castillo sin interrupción había dado motivo para que los fuegos de Granaditas fueran más pausados, como que las piedras no dejaban a los soldados que la defendían ni sacar la cabeza del pretil que los guarnecía, ni menos hacer una buena puntería; con todo, habían muerto cosa de sesenta naturales. Hubo un rato de silencio por ambas partes, y aun se esperaba por esto alguna indicación del intendente que propusiera una cosa aceptable. Nada, por fin, indicó, y como a pesar del combate de la mañana, la cuestión no estaba resuelta,

preciso era terminarla. Así que el señor Hidalgo, rodeado de sus principales compañeros y gran porción de mineros, se puso al frente de la puerta principal de Granaditas a meditar el modo de destruirla con el menos riesgo posible, porque los del Castillo, preparados de varios proyectiles arrojadizos, tenían además muchos frascos que sirven para el azogue, llenos y preparados con metralla, para en caso de que se intentara por los de afuera quemar o forzar la puerta. El señor Hidalgo meditaba el modo más fácil y que costara menos sangre, y estaba entretenido en este pensamiento cuando se le dijo que había un minero² que ofrecía quemar la puerta sin que costara, cuando más, la vida de un hombre. Semejante economía de sangre en un paso tan arriesgado como el definitivo llamó fuertemente su atención. Mandó se le presentara aquel hombre tan intrépido; en efecto, se le presentó un hombre de pequeña estatura, raquítico y muy poseído de una enfermedad común en las minas, a que se da vulgarmente el nombre de *maduros*. El señor Hidalgo, después de contemplarlo detenidamente, le interrogó diciéndole: «Amigo, se me asegura que usted promete arriesgarse a quemar la puerta del Castillo de Granaditas». «Es cierto, mi general». «¿Y de qué manera intentáis tan peligrosa tentativa?» «De un modo muy sencillo y fácil». «Diga qué es lo que necesita». «Que me traigan un toro que me cubra bien la espalda, una reata y una mecha». Todo esto se le proporcionó, y enseguida formó un mecapal y se aseguró bien la losa, y dijo al señor Hidalgo que cuando empezara a bajar con dirección a la puerta, se dirigieran el fuego y las piedras a la orilla del pretil de Granaditas, para que los soldados enemigos, atrincherados allí, no le impidieran llegar. Así se hizo y se mandó hacer un fuego muy vivo, y las hondas desempeñaban perfectamente su oficio, de suerte que parecía un fuerte nublado. Mientras esto sucedía, bajaba el de la losa con paso firme por

² Juan José de los Reyes Martínez Amaro (a) Pípila

aquella ladera, con su mecha encendida. Los del Castillo, que notaron esta operación, a pesar de las muchas piedras y balas que se le dirigían, se asomaron por arriba para proteger la puerta, arrojando multitud de bombas y frascos de metralla. Nuestro hombre bajaba entre tanto, y aunque algunas bombas y frascos le cayeron, al chocar con la losa, que iba inclinada, tomaron otra dirección y reventaban sin hacerle daño. Ya este hombre estaba seguro en la puerta y podía libremente dar principio a la operación. Comenzó a arder la puerta, y entonces los sitiados se dedicaron a defender la entrada, descubierto aquel punto. El intendente se arrojó a salir a la puerta para dar órdenes sobre reparar la brecha que el fuego había abierto en la puerta, mandándole cerrar con adobes. Los tiradores, que hacía tiempo observaban al intendente, se aprovecharon de tan buena oportunidad para dirigirse su tiros, logrando uno de ellos darle en la cabeza. Semejante ocurrencia introdujo el desorden, y aunque se habían batido con valor los soldados del Castillo, no pudieron resistir el ímpetu de los sitiadores, pues como torrente terrible e impetuoso se echó sobre la puerta, derribó las estacadas, forzó las trincheras y se introdujo aquella multitud inmensa de gente. Se hicieron muchos estragos, consiguiendo a un pueblo enfurecido, algunas tiranías y no menos crueldades; matando a cuantos se encontraban dentro: soldados, paisanos, europeos y criollos, y tomando los cuantiosos caudales que allí estaban encerrados. El señor Hidalgo, Allende, Aldama y otros oficiales, en vista de aquella terrible confusión, se introdujeron a Granaditas y consiguieron, aunque con trabajo, hacer calmar aquella agitación y libertar a muchos europeos de la muerte. Se reunieron en aquel lugar los que se pudieron recoger. Quedaron allí también los europeos que se habían recogido en Dolores, San Miguel y Celaya. Se les puso una fuerza respetable para su custodia; se trató después de apaciguar a la gente que se había diseminado por toda la ciudad y ocasionada algún desorden. Concluida esta operación y después de dar algunas determinaciones, el señor Hidalgo se

dirigió al cuartel de San Pedro. Admirable era ver a aquel jefe demócrata, después de una batalla encarnizada, rodeado del triunfo primero de las armas nacionales contra la tenaz resistencia de los enemigos de la libertad y del derecho de los pueblos, alojado en el cuarto más pequeño del oficial de guardia, su equipaje reducido a un pobre catre, que apenas podría servir a un sacristán, su escolta y guardia compuesta de dos mozos que sacó de Dolores y unos cuantos rancheros de la misma jurisdicción, que lo acompañaron desde el día 16. Comía de la fonda y no tenía más de dos oficiales que le servían de ayudantes. Su traje era el más humilde, y mejor parecer tendría el de un notario. Su elocuencia y sus conocimientos eran irresistibles, de suerte que muchos hombres de saber e inteligencia que tomaron parte en la revolución confesaban su mérito y su saber. Después de admirarlo, le tributan el más alto respeto. Salía alguna vez a la calle, y era gracioso verlo en la turca que usaba en su curato. En su alojamiento no había más de dos sillas, y las gentes que tenían la precisión de presentarse tenían que sentarse en su catre, porque no había más asientos. En este estado permaneció algunos días, y en uno de ellos se presentó el regidor Lic. D. Martín Coronel, sus amigo íntimo, como lo era también el señor alférez real Lic. D. Fernando Pérez Marañón, y otros muchos de los principales vecinos de aquella opulenta ciudad, y aun el mismo intendente, que lo trataba con mucha atención cuando iba a algún negocio a Guanajuato. Después de los primeros cumplimientos, le preguntó el señor Hidalgo al Lic. Coronel: «¿Qué le ha parecido a usted mi visita?» «Que no es como las otras que se ha dignado usted hacerme». «¿Pues en qué se diferencia?» «En que ésta viene acompañada de mucha sangre, destrozos y seguida de muchos lutos y no menos espanto que aun tenemos sobre sí». «Tal vez tendrá usted razón, señor licenciado; pero lo admirable es cómo no le espantó a usted el terrible destrozo que el león de las Españas, con la mayor sangre fría, causó sin piedad en la patria, en la existencia y bienestar de nuestros antepasados, terminando con el pueblo y

haciéndole arrastrar una situación humillante y vergonzosa que aún tuviera, y que las espaldas de los mexicanos han soportado sin murmurar el largo tiempo de tres siglos. Con estos destrozos se formaron los cimientos de ese terrible poder, y la argamasa de que hicieron uso nuestros conquistadores para formar y elevar el edificio de su nefanda dominación, está humedecida con la sangre y las lágrimas de nuestros mayores y aunque se halla muy elevado y fuerte, con todo lo que usted ha visto que le sorprende y aterroriza, no es más que el primer golpe; no caerá con él, porque es sólida su construcción, pero los que faltan lo harán bambolear y, tal vez, destruir: está muy elevado y debe caer, porque su sombra o mole impide penetrar a los rayos de la libertad para fecundizar la menuda hierba que por su desgracia le rodeó. Consulte usted a la Francia en su revolución, y sabrá somos unos pigmeos y no podemos entrar en comparación con aquellos hechos terribles, sin embargo que los motivos algo se parecen a los nuestros.³ Animo, pues, señor licenciado, pues falta mucho que ver y sólo estamos en el prólogo».

El licenciado, sorprendido de aquel razonamiento, tuvo un rato de silencio. El señor Hidalgo le sacó de él diciéndole: «Dejemos esta conversación, que bastante lo afecta, y vamos a otra cosa. ¿Ha sufrido usted algo en sus intereses?» «Por ahora no otra cosa que un gran susto, y a pesar de él he salido a la calle en solicitud de una indulgencia». «¿Y de quién la espera conseguir?» «De usted, en favor de unos europeos que se hallan presos y sus intereses embargados». «¡Oh, señor mío! La humanidad no me ha desamparado todavía; bastante se lo di a entender al señor Riaño en mi carta oficial de fecha 21 del presente, que le dirigí de Celaya, y de la cual entiendo daría a usted conocimiento, por el

³ Esta apalabras ponen de relieve el profundo conocimiento de Hidalgo sobre los hechos de la Revolución Francesa y las causas que le obligaban a él a iniciar la lucha por la Independencia de nuestra Patria.

grande interés que contenía». «Nada sé sobre eso, y me creo que lo mismo sucede a mis compañeros». «Pues entonces, si fuere así, esos destrozos y esa sangre que tienen a usted tan azorado no son de mi responsabilidad, sino del señor Riaño, por imprudente resistencia, que procuré de varias maneras disuadirle de ella».

A poco de esta conversación llegaron otros SS. y se paró a recibirlos. Enseguida dijo al licenciado que le dejara el nombre de los presos y que al día siguiente les arreglaría su negocio. Se despidió y quedó con los demás, y no se supo lo que pasó ni lo que se trató en aquella nueva conversación. Lo cierto es que al siguiente día salieron los españoles presos, fueron a sus casa y les fueron devueltos sus intereses, sucediendo lo mismo con otros varios. He aquí los hechos de un déspota, tirano y sanguinario, con cuyos nombres lo ha honrado algo la historia; producto de un encono, nunca merecido, de aquel hombre singular a quien debe tratarse con respeto y admiración, y el que se atreva a inquietar sus venerables cenizas para escarnecerlo es digno del castigo propio de los ingratos. Hidalgo dejó trazado atrevidamente el camino en el cual se fueron encontrando tantas esperanzas de un porvenir dichoso, tantos derechos desconocidos hasta entonces, tantas nuevas creaciones y, lo que es más, halló el modo de destruir aquella horrenda situación que sin su vigoroso impulso habría seguido pasando tiempo sobre el infortunado México. Por lo que vemos en la línea del progreso y rápido vuelo de las ideas. México habría quedado relegado a la región de lo desconocido. Situación tremenda cuyo solo recuerdo causa grande asombro.

Volviendo a tomar el hilo de la historia, el señor Hidalgo permaneció algunos días en Guanajuato, dando algunas determinaciones, entre ellas la de citar el Ayuntamiento a la sala de Cabildo, y, ya reunido, entró el señor Hidalgo en ella, dando principio con indicar los motivos que habían ocasionado aquel movimiento, que siendo hijo de la voluntad nacional había que respetar sus intenciones. Que un número de cincuenta mil mexicanos reuni-

dos en Celaya le habían hecho el honor de nombrarlo su capitán general de América, para defender sus derechos. Que en vista de esto y de ser una causa tan santa la que él defendía, sería muy laudable que aquella respetable corporación se decidiera por ella, reconociendo a un tiempo el empleo con que había condecorado aquella respetable reunión de nacionales. Los capitulares, sin hallar qué responder y sorprendidos con aquella proposición, permanecieron silenciosos. El señor Hidalgo los dejó en libertad para que trataran el asunto, y se retiró.

Hubo otra concurrencia en el alojamiento del señor Hidalgo, dictada y emplazada, a la que concurrieron algunos señores particulares y curas de la ciudad. Allí se trató del gobierno político y militar y de establecer casa de moneda. Dirigió el señor Hidalgo la palabra al regidor alférez real, Lic. D. Fernando Pérez Marañón, persuadiéndolo a que debía quedar de intendente y comandante militar de la provincia, invitándolo con el grado de teniente general; pero este señor se excusó de mil maneras. Entonces, se dirigió con la misma al regidor fiel ejecutor, Lic. D. José María Septién y Montero, y sucesivamente, al regidor capitán D. Pedro Otero; Y siguiendo todos la misma negativa motivaron algunos disgustos y severidad, y dijo Hidalgo que aquella negativa la contemplaba o como un vago temor (y esto era lo cierto) que se tenía de que su proyecto y sus ideas no llegarían al cabo por falta de imitadores o como una verdadera y muy marcada neutralidad, que como era tan nociva en aquella circunstancia, la castigaría como una declarada parcialidad. Quisieron responder algo, pero lo evitaron. Con esto fue nombrada otra persona por intendente, corregidor y comandante de las armas, siendo el administrador de Tabasco quien admitió los empleos referidos. Se siguió un bando publicado por toda la ciudad con bastante solemnidad, siendo leído por D. Ignacio Rocha, como secretario del Ayuntamiento, dando a reconocer al señor Hidalgo por capitán general de las armas nacionales, lo mismo que la Independencia, e igualmente que al nuevo intendente. Este acto fue vitoreado

con entusiasmo, principalmente cuando la gran concurrencia se hallaba al frente del edificio de Granaditas, en donde se aumentó la demostración y júbilo popular.

Mientras todo esto pasaba, el señor Hidalgo determinaba el arreglo de aquella inmensidad de gente en compañías y regimientos, con oficiales y jefes de su confianza, resultando de aquí porción de cuerpos de honderos, capaces de mucho. Se habían construido dos cañones de madera, de calibre de a 4, muy bien hechos, asegurados con cinchos de fierro, que aunque no de mucho alcance, llenaban, sin embargo, el objeto, pues a pesar de experimentos ni se incendiaron ni reventaron, y era curiosa esta artillería.

Mientras esto pasaba, el señor Hidalgo, que recibía de muchas partes noticias ya de pronunciamientos a favor de la causa que defendía, o buenas esperanzas de que más adelante se verificaran, extrañaba sobremanera que de San Luis Potosí no le dijeran el estado que guardaba allí el pronunciamiento, a que estaban comprometidos muy de antemano hombres de alta categoría y de poderosa influencia; y como tenía fuertes razones para desconfiar de semejante silencio, le importaba una aclaración violenta. Así fue que repentinamente determinó un movimiento de seis mil hombres, lo mejor que se pudo arreglar, y a la medianoche emprendió la marcha con dirección a Dolores. La noche era cruel y oscura en demasía, y acompañada de un aire frío e impetuoso; y, sin embargo, se siguió el camino por Mellado, en donde fue preciso surtirse de bastante ocote y mechas para poder atravesar la sierra en aquella noche tan tenebrosa. Era de verse aquella montaña iluminada de aquella manera en que se mezclaba el buen humor y el entusiasmo más marcado de todos los mexicanos que formaban aquella división. De suerte que un pincel diestro habría sacado un cuadro interesante. Así se siguió la marcha, y al amanecer se estaba a las orillas del pueblo de Dolores. Figúrese el lector el placer que tendría el señor Hidalgo al volver a su pueblo y ver a sus amigos, a sus industriales,

después de una ausencia de cuarenta días. Este acto estaba mezclado de gratitud y ternura. Antes de entrar al pueblo se acercó a su morada, que está en el mero camino y a la entrada. Permaneció un poco, y luego, lleno de ternura, dijo: «Salve, ¡Oh pueblo humilde y venturoso! ¡Los hombres venideros te buscarán para saludarte!»⁴ Este pronóstico se ve cumplido y se dejan entender las grandes emociones que ocasionó su entrada y el sincero afecto que le manifestaron sus feligreses. Como aquella división había pasado tan mala noche, preciso fue darles un día de descanso, para seguir después él el camino de San Luis Potosí, que era el fin de aquel movimiento. Cuando se emprendió la marcha, el señor Hidalgo se dirigió a la orilla con el objeto de ver salir su tropa; pero en realidad no era otra cosa que estar viendo su pueblo, y en secreto le daba el último adiós. Abrazó a sus amigos que le acompañaban hasta allí, suplicándoles no pasaran adelante. Con el sombrero en la mano saludó a la multitud, que estaba al lado del camino, y siguió adelante sin dejar de voltear la cara alguna vez. El camino salían de los ranchos para saludarlo, y esto motivó alguna pausa, que le obligó a llegar a la hacienda de la Quemada como a las tres de la tarde; y porque se reunieran algunos dispersos, se determinó hacer noche en aquel punto. Pasó esa noche, y en la mañana siguiente, temprano aún, llegó un correo de San Luis Potosí con un pliego dirigido por los SS. Que estaban en aquella ciudad comprometidos a llevar adelante, y por su cuenta, el pronunciamiento de aquella población.

La constancia de la comunicación, poco más o menos, era la siguiente: «Excmo. Sr.: Hemos sabido con sorpresa que V. E. se dirige a este lugar con una fuerza y suponemos que el objeto será violentar el movimiento que ya está concertado; y aunque éste no ha tenido su significativo, en razón de algunas combinaciones preparadas con buena esperanza que están en espera de mo-

⁴ Hidalgo fue un profeta,

mento oportuno, nuestras miras se entienden a gran distancia y tienden a verificar un golpe decisivo. Esto daría la ventaja de que el gran ejército nacional marcharía a su fin sin ser inquietado en su retaguardia. Las tropas que después del pronunciamiento se contemplan útiles se dirigirán a Querétaro a impedir que se formen tropas que nos puedan inquietar. De suerte que por todo lo expuesto, somos de opinión que no hay tiempo que perder, y que en vez de venir a ésta, vuelva V. E. a Guanajuato. Allí podrá arreglar el ejército con que debe dirigirse a México, recorriendo antes los pueblos de importancia, donde se puede aumentar el ejército, que deberá sin duda llegar de un modo imponente a las puertas de la capital. En tanto, nosotros formaríamos un cuerpo respetable de reserva, que, situado en Querétaro, sería de grande utilidad, porque serviría de apoyo a aquellos pueblos que aún no se atreven a declararse. La capital de México es lo que importa, para impedir que el virrey tenga lugar de preparar una fuerte resistencia. Este es nuestro sentir; pero si V. E. insiste en su propósito, tendremos el sumo placer de verlo y recibirlo». El señor Hidalgo repetía varias veces aquella malhadada comunicación, meditaba sobre ella, y se observaba que si bien le halagaba aquella idea, no por esto dejaba de tener repugnancia en admitirla en su totalidad. Su corazón le avisaba, pues el don de errar en los grandes hombres los ha conducido a las más grandes calamidades. Se decidió por último, en virtud de la comunicación, a volver a Guanajuato, y se cometió con éste hecho el más grande pecado, muy parecido al del paraíso. Se dejó seducir el señor Hidalgo de la serpiente, y se perdieron por esta falta todas las ventajas hasta entonces. Si Hidalgo insiste en su propósito de ir a San Luis, de seguro que no hay tal Calleja, que tuvo lugar de reunir fuerzas, que, unidas a las de Flon, llenaron país de destrozos y de sangre por el espacio de once años, en donde el pueblo mexicano dio a conocer de lo que es capaz su carácter guerrero e indomable. El mexicano sólo necesita genio que lo sepa conducir. En cuanto a valor y arrojo, de nadie tiene

que aprender. En once años de una guerra sin cuartel hay que registrar hechos de un valor que apenas es creíble. México, bien dirigido, está llamado a ser por naturaleza el primero del mundo. Ya el mal estaba hecho. Vamos adelante y veremos los males que, con la más terrible defección, cometieron los encargados del pronunciamiento de San Luis, pues no sólo no hicieron nada de lo que nos habían prometido, sino que, por el contrario, dieron bastante tiempo a Calleja para que reuniera su maldecida división, de la que, aumentaba con la que de Flon, de Querétaro, se reunió en Dolores, resultó un ejército de cinco mil hombres, que más adelante había de empapar el suelo mexicano en lágrimas y sangre. La serpiente, después de su triunfo, quedó en San Luis trabajando sin obstáculo, mientras que el señor Hidalgo, con su credulidad, había dado el primer paso a su desgracia futura, arrastrando la cadena que se había labrado por la inexperiencia, dando crédito a ofrecimientos fatales que le repugnaban; y se determinó por fin a atravesar la sierra, para volver a Guanajuato con la división que lo acompañaba. Así se verificó. El ejército que había quedado en Guanajuato bajo el mando de Allende, con la llegada del señor Hidalgo tomó un nuevo movimiento: se arregló lo mejor posible, quedando dispuesto para la marcha luego que fuera necesario. Se mandó que la tropa que había quedado en Celaya se acercara a Irapuato y que esperara allí órdenes. Se habían construido dos cañones de palo de a 4, con sus cinchos de fierro, que desempeñaban su cometido perfectamente, aunque no a mucha distancia. Quería el señor Hidalgo con esta construcción dar a conocer aquello de que «todo pueblo es libre cuando quiere serlo», y que no hay que pararse en dificultades cuando se combate por la libertad; así que con hondas, garrotes, lanzas y machetes se emprendió una empresa atrevida sin tener en cuenta los inmensos recursos del poder colosal contra quien se combatía.

En cosa de cuatro días, y a virtud de mucha actividad, quedó arreglado un ejército de más de cincuenta mil hombres, dispues-

to a marchar, lo que se verificó el quinto día, mandando la división de vanguardia el mariscal D. Mariano Jiménez, tomando la dirección de Salvatierra, Valle de Santiago y Acámbaro, con dirección a Valladolid, en donde entró el ejército el 20 de septiembre.⁵ Fue recibido con aclamaciones de los indios, criollos y eclesiásticos. Allí se recogió más de un millón de pesos. Se agregaron dos regimientos de milicias, aunque incompletos, siendo uno de ellos el de Zitácuaro. El 24 se volvió el señor Hidalgo a Indaparapeo, o a Acámbaro; convocó un consejo de los principales capitanes del ejército, para hacer diversas promociones en razón del aumento diario de aquel grande ejército. Este consejo le proclamó generalísimo y nombró al señor Allende y al señor Arias tenientes generales, y a Abasolo, a Ocón y a los dos hermanos Martínez, brigadieres. Se celebró una función de Iglesia; después de ella se cantó un *Te Deum*, y después de estas ceremonias se ordenó una revista, que pasó el generalísimo a ochenta legiones de a mil hombres cada una, de que resultaron ochenta cuerpos, señalando a jefes y oficiales. Hasta ese día no se presentó el señor Hidalgo de uniforme, por las muchas instancias que antecedieron de sus generales y que se vio en precisión de obsequiar, pues sólo usaba el vestido clerical. El uniforme constaba de casaca azul oscuro, solapa de color medio morado, bordada de oro y plata. Llevaba al cuello la medalla de la Virgen de Guadalupe. Las banderas eran blancas y azules, como los estandartes de los antiguos emperadores de Anáhuac. Arreglado el ejército según conocimientos militares de aquel tiempo, emprendió su marcha por Maravatío, Tepetongo, Jordán e Ixtlahuaca. Entró en Toluca, que dista doce leguas de la capital de México,

⁵ La fecha está equivocada. La vanguardia del ejército a las órdenes del coronel Rosales, entró en Valladolid el 15 de octubre, haciéndolo Hidalgo el 17.

⁶ Debe ser 27 de octubre

el 27 de septiembre.⁶ México se encontraba en gran peligro: el pueblo y un gran número de personas de primera clase estaban comprometidas a la causa que defendía el señor Hidalgo. Las fuerzas con que contaba el virrey Venegas se hallaban divididas en diferentes cuerpos y destacadas a muy grandes distancias entre sí. El brigadier Calleja, con mando en San Luis Potosí, que dista de México más de cien leguas, tuvo tiempo, por la defección de los encargados de aquella ciudad, de organizar sus tropas, que estaban diseminadas. El conde de la Cadena estaba en Querétaro con cosa de tres mil hombres, con los cuales vino a unirse a Calleja, Venegas tenía poca tropa apostada en las cercanías de la capital, con objeto sin duda de atemorizar, más bien que de oponer resistencia. Al acercarse el ejército independiente, Venegas envió más de dos mil hombres a Ixtlahuaca, bajo las órdenes del coronel Trujillo. Hidalgo entró a Toluca, y Trujillo retrocedió a Lerma, donde se fortificó. Los independientes pasaron el río de Atenco, y Trujillo tomó posición en el Monte de las Cruces. La posición de Trujillo era bastante ventajosa, pues que estando en punto elevado dominaba perfectamente a los independientes, quienes estaban colocados en la calzada, estrecho que forma el camino, sin poder extenderse por ningún costado. Asimismo, las curvas que tiene la calzada no daban lugar para presentar al enemigo sino el corto frente de la tropa que iba a la vanguardia, y el ejército se hallaba encajonado de tal suerte, que a la caballería, que estaba a retaguardia, no le fue dable pasar adelante, por lo obstruido que estaba el camino con la gente que formaba aquel grande ejército, ni tampoco le era dable salir por ningún lado, por lo escabroso de las montañas de aquel sitio. Así fue que los regimientos de Valladolid, Celaya y los restos del batallón de Guanajuato, un regimiento de mineros y cosa de dos de indígenas fueron los que resistieron el fuego de Trujillo, que ocasionó algunos estragos a los independientes. Antes de romperse las hostilidades, el señor Hidalgo había propuesto una entrevista a Trujillo, quien admitió en su campo a los

proclamantes, que fueron vilmente asesinados cuando los tuvo en su poder. Tan bárbaro proceder dio motivo al señor Hidalgo para avanzar sobre el enemigo con el propósito de vengar tan infame proceder, y con esto se abrió la guerra. En estos días, Venegas, lleno de conflictos y de susto, se valió de todos los medios posibles para conjurar la tempestad que se acercaba a sus puertas. Concibió por esto la idea de solicitar del arzobispo y de la Inquisición de México una sentencia de excomunión, que fue promulgada contra todo el que quisiera las banderas de la Independencia, y declaraba hereje al señor Hidalgo. Pronto se vio la respuesta que por medio de un manifiesto dio aquel caudillo, en el cual exponía los principios de su creencia y señalaba las contradicciones de los inquisidores, haciendo observar que se le acusaba de negar el infierno y de sostener que un Papa canonizado estaba en él. Mientras esto pasaba en México, en las cruces empezaba a derramarse la sangre mexicana. Al acercarse las guerrillas independientes, que habían salido de Santiago Tianguistenco, donde empezaba a hacer movimiento el ejército grande que se dirigía por el camino del Monte de las Cruces, se advirtió que había emboscados algunos grupos de dragones del regimiento de Nueva España. Luego se procuró perseguirlos, habiendo por esto un pequeño tiroteo, de que resultaron los dragones prisioneros, por los cuales se supo la posición de Trujillo. Su fuerza constaba, poco más o menos, de tres mil hombres de todas armas; cuatro cañones de a 4 y un parque más que suficiente. Con estas noticias se siguió adelante, dándose antes algunas disposiciones en razón de ser inevitable el rompimiento y de que Trujillo había dado principio dirigiendo una descarga de artillería sobre los independientes que se iban acercando. Esta descarga hizo poco daño, pues sus punterías estaban muy elevadas, y pareció que los acompañaba el terror, de que no estaban libres los artilleros, pues que veían que los independientes seguían de frente, no obstante el imponente aparato de la fuerza realista, la que repetía el fuego graneado de infantería y artillería

que más adelante ocasionó bastante daño a la vanguardia independiente. Esta, que había sufrido bastante en el fuerte tiroteo, sin poder desalojar al enemigo de su fuerte posición, pidió al señor Allende permiso para avanzar a su modo a quitar el enemigo la artillería que tanto daño les causaba, sin poder libremente hostilizarlo; porque a más de estar parapetado y emboscado en el Monte, contaba a su favor la incomodidad del terreno en que estaban situadas las tropas liberales. Semejantes razones, que iban acompañadas de un exaltado entusiasmo, llamaron la atención del señor Allende, que observaba los regimientos de mineros y honderos que demostraban más ardor; no tenían los primeros más armas que las de unos tranchetes y puñales, y los segundos, hondas, garrotes y algunas lanzas. Las hondas, que servían grandemente para distraer al enemigo y causarle algunos daños, se habían colocado por los costados con mucha dificultad, para servir al asalto ya convenido, y los mineros en el camino, para avanzar de frente cuando ya fuera necesario. Allende calmó un poco la exaltación de aquellos guerreros, diciéndoles que entretuvieran al enemigo un poco, ínterin ejecutaba una maniobra de importancia. Así fue que el enemigo, distraído por los honderos, no vio que Allende mandaba subir a mano un cañón de 4 por un peñasco bastante elevado, y que pudo colocar, entre las ramas, de manera que podía descubrirse el punto principal que ocupaba el enemigo; esto no obstante, no podía esperar por aquel lado ningún peligro. Confiado tal vez en lo inaccesible de aquel punto de la mañana, se armó aquel cañón y se le puso el parque necesario, así como artilleros y noventa infantes para protegerlos, siendo necesario para subir el empleo de reatas, como había hecho antes el señor Allende, que dejando el cañón arreglado y dejando las órdenes y señas correspondientes para cuando conviniera hacer fuego, se bajó para ponerse a la cabeza de los regimientos de mineros, que lo esperaban con ansia. En esta operación, que duró un buen rato, había sufrido la infantería de la vanguardia algún destrozo, que dio motivo a exaltar

sobre manera su entusiasmo, deseando avanzar. Llegó por fin el momento en que se dio la orden para que rompiera el fuego el cañón de la montaña, y a los mineros y demás y demás regimientos la de: «¡adentro, mexicanos, a los cañones enemigos!» No se necesitó más para que aquellos cuerpos avanzados, a la voz de: «¡Viva la América y Nuestra Señora de Guadalupe; mueran los gachupines y el mal Gobierno!», se desprendieran con la mayor rapidez sobre el enemigo, con su sombrero en una mano y el tranchete o puñal en la otra. Lo mismo hicieron con sus armas los regimientos siguientes; de suerte que Trujillo, sorprendido con aquel ataque tan brusco, no dejó por esto de hacer un fuego vivo de artillería e infantería que causó mucho daño. Pero como no esperaba el cañón de la montaña, al advertirlo se atarantó, y mucho más cuando la multitud estaba ya sobre sus cañones, que no le dieron lugar a descargarlos. Su infantería, en desorden, siguió un poco tiroteándose, pero al fin corrió, abandonando su artillería y parque, y dejando cosa de cuatrocientos muertos y algunas mulas y caballos. Por fortuna de los que huían, la poca caballería independiente que sirvió de descubierta en ese día estaba bastante maltratada de la fatiga de toda la mañana y no estaba a propósito para el alcance; con todo, se cogieron seis dragones y diez infantes, pues que los demás se retiraron con tiempo y más que de prisa con el comandante de aquella división. Al señor Allende le mataron dos caballos en la mañana, al principio de la batalla. El ejército independiente perdió poco más de noventa hombres. Los heridos se colocaron en las fábricas de aguardiente, situadas en el camino. Esta batalla tuvo lugar el día 2 de noviembre, comenzando a las diez de la mañana y concluyendo a las cuatro de la mañana. El señor Hidalgo, mientras lo fuerte de la refriega, se hallaba colocado a la cabeza del 9º regimiento, dispuesto con una fuerza respetable a remplazar la gente perdida. Concluida la batalla, se reconoció el campo y se determinó levantar y enterrar a los muertos. En esta ocupación se hizo bien poco, por estar ya muy vencida la tarde, dejando

para el día siguiente su conclusión. Se ordenó seguir la marcha hasta la Venta de Cuajimalpa. Este paraje, tan pequeño y escaso de recursos; no podía proporcionar lo suficiente para llenar las necesidades de tanta gente; con todo, se consiguió carne, maíz y otras cosas, para satisfacer lo más urgente. Anticipadamente se había mandado que en los ranchos o pueblos pequeños se consiguiera lo que fuera dable para el mantenimiento de la tropa que en gran número quedaba en la retaguardia. El señor Hidalgo y varios generales se alojaron en la Venta, en la cual sólo había unas cuatro cargas de manzanas, como único recurso para aquella noche. Después de un rato de descanso, el señor Hidalgo ordenó se pusiera una comunicación al virrey Venegas conteniendo las mismas ideas que había dirigido el intendente Riaño, con la diferencia que el lenguaje y estilo eran más enérgicos y persuasivos. Invitábalo a la condescendencia y ofrecíale toda clase de garantías, sin dejar de afearle la sangre y destrozos, consecuencia de la imprudente resistencia de Riaño, y la sangre que había corrido el día anterior por la misma razón, siendo de su inmediata responsabilidad, pues que había podido evitarla y, a un tiempo, las fatales consecuencias de oponerse terminantemente al torrente de ideas de libertad que asomaban por varias partes en el presente siglo. La naturaleza lo aconseja y el derecho de los pueblos la reclama imperiosamente.

«Estudie, pues ambas cosas V. E.; medite la presente situación; persuádase de que más tarde o más temprano, la idea que envuelve esta resolución tendrá sin duda su verificativo, aunque tenga que romper los fuertes valladares que opondrán el interés, la educación y costumbres en que por cálculo se han establecido en nuestro país de un modo sagaz y constante. En vista de lo dicho, V. E. tiene en su mano la felicidad de hacerse en un momento un hombre verdaderamente grande: su nombre se hará inmortal en México, y muy pronto en todo el mundo. Rodeado de bendiciones, disfrutará una vida dulce y tranquila. En cada paso que dé, lo seguirá la gratitud. Estos beneficios disfrutará si

hace cesar esa actitud hostil con que se opone al movimiento nacional (que es inevitable); concédale, pues, alguna razón, cuando quiere ser feliz a su manera.

Al terminar esta comunicación, me dirijo a la Divina Providencia pidiéndole fervorosamente incline el corazón de V. E. a la moderación, al buen juicio, para resolver sin pasión, sino sólo consultando a la justicia y al derecho con que esta nación pide su independencia y libertad. Sangre y destrozo, dicha y felicidad para la América, son dos extremos, que entiendo elegiré V. E. el más humano, el más justo y racional; y mucho más cuando contemple detenidamente las consecuencias precisas de cada uno de ellos.

Campo del ejército nacional en la Venta de Cuajimalpa, a la una de la mañana del 3 de noviembre de 1810.- Miguel Hidalgo y Costilla. Excmo. Sr. Virrey y Capitán General de Nueva España, D. Francisco Javier Venegas».

El referido documento fue conducido por una comisión compuesta de los SS. generales Jiménez y Abasolo, y coroneles D. Mariano Montemayor y otro conocido por el *huero* (sic) de Cipimeo. Se dispuso un carruaje para que en la mañana salieran los comisionados rumbo a Chapultepec, llevando una escolta de cien caballos y quedando otras escalonadas, temiendo otra infamia como la que cometió Trujillo en las Cruces. El jefe de estas fuerzas llevaba órdenes para un caso semejante. Mientras esto pasaba en el ejército independiente, Venegas sufrió algunas angustias, siendo la primera la derrota de Trujillo, y después la de que el señor Morelos había tomado ya algunos pueblos del Sur, y a más, que Villagrán se dirigía por Tlalnepantla. Al decirse esto, el virrey pensaba reunir a todos los españoles y dirigirse a Veracruz, en caso de ser derrotado por los independientes. El pueblo de México se hallaba muy alarmado con estos sucesos, y con algunos deseos de que se acercaran los insurgentes, y creció más su inquietud cuando se supo que los independientes se veían por Santa Fe, que no eran sino la escolta de los comisionados

que se dirigían a Chapultepec y las que quedaban escalonadas por precaución. Llegaron a su destino los comisionados, presentaron sus pliegos, que leyó el virrey y devolvió sin respuesta. Este proceder era idéntico al que observó Riaño en Guanajuato. El contenido de los pliegos lo ocultó el virrey, y los mexicanos ignoraron absolutamente su contenido. Mientras el señor Jiménez y compañeros se hallaban en su comisión, le llegaron al señor Hidalgo dos correos. El uno con la noticia de que Calleja, unido con el conde de la Cadena, salía de Querétaro con dirección a México con una división de seiscientos hombres; el otro traía la noticia del pronunciamiento de Guadalajara, Aguascalientes y otros lugares de aquella provincia, agregando, además, lo importante que sería su presencia en aquella ciudad. Detuvo el señor Hidalgo a este correo por esperar la contestación de Venegas, cuya respuesta esperaba con alguna ansiedad. Se le avisó en la tarde que volvía ya la tropa que había salido de escolta. Entonces, Hidalgo y Allende salieron al campo para encontrar a los comisionados. Llegaron éstos, por fin, se apearon del carruaje y se dirigieron a un lado del camino para hablar más libremente con el señor Hidalgo y con Allende. Fueron informados éstos de lo sucedido y de la devolución del pliego abierto y sin respuesta. Esta ocurrencia llenó de indignación a aquellos jefes y se les advirtió muchos deseos de vengar inmediatamente, semejante desprecio. Con todo, se determinó una junta de generales para tratar detenidamente un negocio de tan alta importancia como el que se presentaba en unas circunstancias tan difíciles, y que a pesar de ellas era preciso resolver con presteza, y se entró al debate. Unos opinaban por seguir violentamente sobre México; otros, por el contrario, hicieron observar que Calleja estaba muy inmediato, y que antes de llegar a México el ejército independiente ya lo tendría al enemigo por retaguardia; que aunque había algunos partidarios dentro de México, no se sabía la manera como esperarían el asalto, ni había ya lugar para una combinación acertada; que la aproximación del enemigo haría retraer a

muchos adictos; que por lo mismo los independientes podrían ser envueltos antes de poder ordenar el ataque; que no parecía cuerdo el avanzar, contando sólo con la multitud y su entusiasmo; que para el caso presente se necesitaba un algo más, y este algo era la disciplina, de que se carecía. Siguió la conferencia con calor, y al fin prevaleció la idea de que el señor Hidalgo marchara a Guadalajara y que, aprovechando los grandes elementos que allí existían, arreglara un ejército de reserva.⁷ El señor Allende tomaría el mando de este ejército y se dirigiría a Guanajuato, en donde se ordenaría lo mejor posible para que así se diera con mejor éxito hacer resistencia al enemigo, que indudablemente no había de perseguirlo. Por de pronto debería evitarse todo encuentro con Calleja, que venía ya por nuestro camino. Acordado todo esto, se dieron luego las órdenes para contramarchar al día siguiente, en cuya mañana, el señor Hidalgo tomó el camino de Pátzcuaro, rumbo a Morelia, y de allí a Guadalajara. Recogió en su tránsito alguna tropa, y con ella y con la que llevó del ejército que estaba en las Cruces formó una división de más de dos mil hombres y siguió su destino.

El señor Allende, que quedó mandando el ejército, ordenó en aquel mismo día la marcha de retroceso por el mismo camino que se había llevado dos días antes, teniendo que atravesar por el mismo sitio donde había tenido lugar la batalla con Trujillo. El campo estaba aún regado de cadáveres, a la vista los destrozos, y humeaba aún la sangre derramada. La vista de este espectáculo sangriento y aterrador causó grande impresión en aquel ejército, que prorrumpió en actos de ternura en que abundaron las lágrimas. Se desbandó una gran porción de hombres con objeto de buscar, entre los muertos, ya sus amigos, ya sus hermanos y

⁷ Como se ve, la decisión adoptada en contra de quienes deseaban atacar a México no fue por voluntad única de Hidalgo, sino por acuerdo del consejo celebrado entre los principales jefes de las tropas insurgentes.

parientes. Este desorden impedía la marcha. Entonces se determinó recoger y enterrar aquellos cadáveres, a lo cual se prestó la tropa de buena voluntad. Muchos brazos se ocuparon en esta lastimosa operación. Se concluyó, por fin, y también se pudo restablecer el orden para seguir adelante. Este ejército, dos días antes entusiasmado y atrevido, se le veía marchar cabizbajo, taciturno, demostrando algún abatimiento, que poco a poco fue desapareciendo, dejando algunas señales de su estrago. Después de un rato de descanso, llegó la noticia de que Calleja y Flon llegaron aquel día a Arroyozarco. No era la intención encontrarse con Calleja, pues se conocía que el ejército independiente no podía tan pronto batirse con el que venía de fresco, y a más no se encontraba aún libre de las fuertes impresiones que ocasiona a una tropa bisona el ruido, aparato imponente y consecuencias de una batalla. Por estas consideraciones, se pensaba fraccionar aquel ejército, entretener al enemigo y marchar en retirada para Guanajuato, para arreglar mejor los medios de combatir los avances del enemigo. Se dispuso una partida de novecientos caballos y novecientos infantes que cubrieran la retaguardia, en unión de un cañón de 4, de los quitados a Trujillo. Como se estaba en el camino que debía traer Calleja, se dejó éste para dirigirse a San Jerónimo Aculco. En éstas y otras determinaciones se fue pasando el día, y se llegó al pueblo mencionado ya siendo de noche. La pequeñez del lugar no podía proporcionar, ni medianamente, los recursos necesarios. Mucho trabajo costó conseguir cinco reses para surtir de alguna manera. Eran las doce de la noche y apenas se habían matado aquellos animales; faltaba destazarlos y repartirlos a prorrata, y a cosa de las dos de la mañana se hicieron lumbradas para asar carne por los mismos soldados. A esto se agregaba la fatiga del día y la desvelada que era consiguiente; la caballada y la mulada habían sufrido la misma escasez y mala noche, así es que aquel ejército aprovechó muy poco las horas de la noche para poder dormir y descansar. Se habían puesto las avanzadas necesarias por el rum-

bo de Arroyozarco, pues se supo en la noche que Calleja había llegado a este punto. No se esperaba que este jefe, después de una marcha larga, intentara buscar sobre la marcha al ejército independiente, que se hallaba a poca distancia; sin embargo, por las noticias que se tenían de que el enemigo estaba cerca, se mandó que al amanecer todo estuviera listo para seguir la marcha rumbo a San Felipe del Obraje. Así se estaba verificando, y tanto los hatajos de mulas que conducían los reales como los demás carruajes y cargas de equipajes hacían movimiento para marchar. Los soldados se entretenían en asar los truchos (sic) de carne fresca que les quedaba de la noche anterior. Ocupados estaban en esta operación, cuando se avisó por las avanzadas que se veían por el rumbo de Arroyozarco unas partidas de caballería que sin duda eran del enemigo y se dirigían por el campo independiente. Esto dio motivo a determinar que algunos regimientos fueran saliendo a formar en el punto más a propósito para esperar al enemigo, caso que éste pensara en una acción, pues se imaginaba que tal vez sería simple reconocimiento; sin embargo, se fue arreglando la línea de batalla; se colocó la artillería en puntos que apareció conveniente, advirtiendo que esta arma quitada a Trujillo había quedado sin artilleros, que habían huido el día de la batalla, y por esto mal servida. No había intención de comprometer una batalla, y sólo se quería entretener al enemigo ínterin las cargas y carruajes podían tomar el camino de San Felipe del Obraje. Así estaba dispuesto, pero aconteció que una de las guerrillas independientes, a pesar de las órdenes que tenían y que eran sólo de observación, comprometió un tiroteo que poco a poco se fue extendiendo en las dos líneas de caballería, frente a frente. Se fueron acercando las del enemigo hasta ponerse a tiro de cañón. Los independientes esperaban a pie firme los avances del enemigo, que con mucha precaución se había acercado. Los independientes, que no querían la batalla, se abstendían de hacer uso de la artillería, pues sólo pensaban contener al enemigo y ganar tiempo para que pudieran los hatajos

tomar el camino designado, para lo cual se activaba a los arrieros. Así andaban las cosas cuando un incidente inesperado vino a echar a tierra aquella combinación. Es el caso que en el fuego de artillería que el enemigo fue interesando, sin hacer avanzar su infantería, quiso la fatalidad que una bala de cañón llegase hasta donde estaba situada una partida de caballería independiente, tumbando la cabeza a un soldado montado. El cuerpo permaneció a caballo por unos momentos. Debilitado ya por la abundante sangre que había derramado, cayó al suelo con estrépito del caballo, que ya estaba azorado con el ruido de las balas que repetían por aquel punto, y quedando el jinete atorado de un estribo, corrió precipitado por entre la caballería, arrastrando un buen trecho el cadáver, que a poco se desprendió, no sin ocasionar un grande alboroto en aquella caballería. El enemigo, que atento observaba aquel movimiento, entendió que lo ocasionaba la artillería, ya desordenada, que se veía hecha el blanco de sus disparos, y que se desbandó en gran parte, diseminándose por el ejército un terrible movimiento de desorden que fue a parar a los arrieros y cocheros. Los unos dejaron los hatajos a medio cargar, abandonando las mulas y los grandes intereses que conducían. Los otros abandonaron los carruajes, dejando uncidas las mulas. Las gentes que ocupaban los coches vagaban a pie buscando el camino. En tan críticos momentos se ordenó que se rompieran los sacos del dinero, ya para que tomaran los soldados lo que pudieran y ya también para que los enemigos tuvieran en qué entretenerse, caso que intentaran la persecución. El señor Allende, en vista de semejante desorden, mandó a algunos generales y oficiales que saliendo al camino contuvieran con empeño aquella dispersión. Pensaba que si le fuera dado reunir mil o más caballos podría volver sobre el enemigo de un modo brusco y desesperado, mas este intento no se logró, porque el mismo señor Allende, que salió al camino a reconocer la gente reunida, como viera que eran pequeñas partidas que no llenaban el objeto que se había propuesto, desistió de él y pensó de otra mane-

ra. Así fue que se dirigió a San Felipe del Obraje para hacer alto y que sirviera de punto de reunión. Así se verificó, y al día siguiente había reunido más de seis mil hombres de los que se habían dispersado, llevando la mayor parte sus armas que no abandonaron, y que en aquel caso era un gran recurso. Se determinó dar algún arreglo a aquella multitud; se formaron compañías y después regimientos. Esta medida se tomó provisionalmente, para que pudiera marchar mejor aquel ejército tan desordenado.

Al separarse Allende del campo donde había tenido lugar aquella catástrofe, había dejado una partida de caballería, como de observación, para que le dieran parte a cada momento de los movimientos del enemigo y por ellos arreglar los suyos, ya retirándose o ya esperando a reunir aquella dispersión. El primer parte contenía la noticia de que el enemigo, luego que observó que cesaron los fuegos de los independientes y que se habían retirado de la línea de batalla, hizo alto y no se atrevió a avanzar, creyendo sin duda que aquel movimiento repentino de retirada bien podía ser un ardid de guerra, y no quiso aventurarse; por esto fue que habiendo la acción comenzado a las nueve de la mañana, no se determinó Calleja a reconocer el campo sino hasta las tres de la tarde, dejando entonces la actitud de mero espectador; y ya sea por precaución militar, ya por una buena dosis de temor, o ya también porque se pudo recoger un apreciable botín, lo cierto es que la moratoria de Calleja dio lugar a Allende para reunir cuanto soldado se hallaba disperso. En esta acción tan desacertada, y según el parte que Calleja daba al virrey, aparece un número prodigiosos de muertos hechos a los independientes, cuando sólo aparecieron veintisiete muertos. Estos partes, exagerados unos, y otros formados a la medida de sus miras, dieron por resultado que a Calleja, que en aquella época disfrutaba de una gran reputación militar, después lo condujeran como de la mano hasta el virreinato de México. Arreglado del modo posible el ejército de Allende, que se había desbandado

en Aculco, se determinó a conducirlo con dirección a Guanajuato, no sin vencer algunas dificultades, y una de ellas fue la falta de numerario para mantener aquella fuerza; sin embargo de esta gran falta, se emprendió la marcha, y después de algunos días se llegó a la ciudad. El señor Allende se había adelantado para procurar recursos y enviar a la tropa lo más indispensable. El señor Allende fue recibido con los mayores pruebas de aprecio: y si la llegada de la tropa y su dispersión llenó de sorpresa a la población, que en gran parte salió a recibirla, no por esto cesó el entusiasmo, aunque bien se aumentó el patriotismo en la multitud. El señor Allende, con su genial actividad, dio otro orden a aquel ejército: mandó se disciplinase y aumentase hasta donde fuera posible, pues tenía intención de esperar a Calleja y resistirlo. Para este efecto se ordenó la fundición de cañones de varios calibres, cuantos fueron necesarios para artillar las principales alturas, y más particularmente las que daban vista al camino que se supuso había de traer el enemigo, y era el de Marfil. Se construyeron buenos parapetos en cada altura de las designadas para la defensa. Concluidos estos trabajos, sólo se esperaba la artillería para colocarla en su lugar. Se concluyó la fundición, lo que ocasionó un gran contento en la clase militar, y muy particularmente en el pueblo, que a toda hora demostraba un satisfactorio entusiasmo, agolpándose a presenciar los cañones concluidos. En este acto, lo que verdaderamente aumentó el entusiasmo fue el que los espectadores, ofreciéndose voluntariamente a servir de soldados en aquella artillería, disputaban un lugar para servirla. Allí mismo pidió el pueblo se le concediera el honor de ser él quien subiera los cañones a las alturas donde debían colocarse. Se prepararon las cureñas y los útiles correspondientes; se elaboró parque suficiente para cada calibre; en fin, nada faltaba; y cuando todo estaba al corriente se convocó al pueblo, anunciándole que ya era tiempo de la fatiga que había ofrecido de servir la artillería, fijándole el día. Bastó esta indicación para que se agolpara un pueblo numeroso a cumplir su promesa, y con tanto

ardor, que él mismo dio el arbitrio para hacer más fácil la conducción, pues como eran ocho cañones destinados a las alturas, cada uno tenía su grupo particular de cargadores. Al dar principio a aquella maniobra, el corazón más frío e indiferente no podía menos de exaltarse, llenándose de conmoción patriótica. Una grande alegría presidió aquel acto tan solemne: músicas y cantos populares, marchas análogas a manera de la *Marsellesa*, y derramándose por todas partes el júbilo y el entusiasmo bien marcado, y por lo mismo nadie desconfiaba de él. ¡Sorprendentes milagros hace el entusiasmo cuando es dirigido por la destreza y el saber! Se puso en movimiento aquella gran reunión, que marchó unida hasta cierto punto en donde era preciso separarse, puesto que los cañones pertenecían a distintas alturas. Los cañones estaban adornados de flores; las cureñas adornadas lo mismo, y había flores en las manos de muchas lindas guanajuatenses muy patriotas a quienes se les dejó el privilegio de este adorno. Este acto tan grandioso y solemne electrizó los ánimos hasta un grado increíble. ¡De cuanto es capaz el sexo hermoso! Pero en los grandes acontecimientos de la patria se ha manejado frío e indiferente. Debiendo ser el todo el regulador de los grandes acontecimientos nacionales, ha parado, por su frialdad y esquivéz, en un ser nulo e insignificante, renunciando al gran poder con que le proveyó la sabia naturaleza. Siguió la comitiva, yendo a la cabeza Allende, Aldama, Jiménez, Chowel y otros muchos jefes de importancia. En cada altura había gentes alegres y bien dispuestas para aquel recibimiento. Los cañones, tan pesados, eran conducidos como si fueran escobas, con la mayor presteza y facilidad. Se recibieron con vivas y aclamaciones, tratándose y luego de su colocación. Así se verificó, y muy luego se experimentaron con tres tiros, para medir su alcance. Llenaron por entonces el objeto, dando las mayores esperanzas, pues que las balas de 8 y 12 llegaban perfectamente más allá del camino. Quedó desde entonces una fuerza suficiente para su custodia. Los ocho cañones quedaron debidamente colocados y las altu-

ras en buen estado de defensa. Se pensó, pues, en descender para la defensa de la ciudad, fijándose en la cañada de Marfil. Allí se determinó sembrarla de una multitud de barrenos para que el enemigo tuviera que sufrir su explosión si entraba por aquel camino. Era bastante su número, y las mechas se veían a gran distancia, de manera que el militar menos experto hubiera evitado aquel peligro. Se formaron unas compañías de mineros, cuyo objeto era cuidar aquellos barrenos y prenderlos cuando fuera necesario; a más se les proveyó de un arma de nueva invención, muy desgraciada en sus efectos: consistía en un frasco vacío de azogue, que, siendo de hierro, se le quitaba el fondo y quedaba hecho un pequeño cañón; se le hacía el oído para la mecha y después se amarraba un palo o asta por el lado donde estaba el tapón, formado de un tornillo de hierro que siendo un poco largo prestaba facilidad para amarrarse; el palo quedaba ya asegurado con una punta aguda, y saliendo como de una tercia de vara. El objeto era que esta punta se introdujera en la tierra para asegurarlo, al tiempo que el hombre que lo manejara afianzara el palo con la mano por el extremo contrario y elevara la puntería según conviniera. Esta operación era algo difícil, pues el mismo que asegurara esa arma con una mano tendría que prender la mecha con la otra, sin contar con la zozobra que trae un ataque, y más cuando esta arma exigía mucha intermediación del enemigo, porque la metralla con que estaba cargado el frasco no podía tener mucho alcance.

Cuando le ofrecieron al señor Allende esta invención, no dejó de reírse. Sin embargo, admitió la oferta, porque la clase minera se había ofrecido a defender la cañada. Los encargados de esta defensa llegaron a entender que con los barrenos y los frascos de metralla se podría contener al ejército de Jerjes.

Quiso el señor Allende presenciar los efectos de esta arma, para lo cual se dispusieron diez hombres con sus frascos cargados. Llegó el caso de hacer fuego y se vio que el rechazo de la explosión venía a parar en romper los pies a los hombres que los

manejaban. Se desistió de la idea, a pesar de que el inventor, que era un hombre respetable de la minería, ofrecía su reforma asegurando su buen éxito; con todo, sólo quedó en pie la invención de los barrenos, que parecería la más adaptable. A más de esto se arreglaba la defensa de la ciudad; se ordenaba la infantería y caballería equipándolas y armándolas como era posible en aquella complicada situación; se contaba con la multitud, para que coronando las alturas inspirara algún temor al enemigo cuando se presentara. En efecto, si aquellas grandes masas hubieran sido dirigidas por la inteligencia, la astucia y saber, sólo ellas habrían puesto al enemigo en grande apuro, y quién sabe qué más. Había mucho entusiasmo y valor, pero también abundaba el candor y escaseaba la pericia militar y conocimiento necesario para hacer marchar a su objeto y a su éxito aquella gran revolución.

Se prepararon cuatro cañones, y entre ellos los dos de palo que había mandado construir el señor Hidalgo y que estaban en primera línea. Se ordenó la fuerza necesaria para custodiarlos y defender la boca de la cañada; en fin, se hizo cuanto parecía necesario para la defensa. Esta actividad, estos esfuerzos sin descanso honrarán siempre a aquellos hombres tan firmes y resueltos. De todos estos preparativos, de todas las medidas que se tomaban y aun de muchas pequeñeces que ocurrían, estaba informado Calleja con la mayor exactitud. En esta clase de negocios aparecen siempre gentes aficionadas que por miras particulares, por placer o por venganzas venden los más grandes secretos; que perjudican sobremanera las mejores esperanzas en que funda su felicidad una patria infortunada.

En medio de los preparativos de defensa se dispuso una función solemne a la Purísima Concepción. Marchó en la procesión la mejor tropa; toda la oficialidad y la alta graduación concurrían también. El señor Allende, Aldama, Abasolo y seis más formaban la comitiva. El señor Allende iba ceñido con la cauda de la Santa Virgen, apareciendo este acto en todos sentidos rodeado de solemnidad y devoción. Se concluyó este acto religioso, y

después se dirigió toda la atención a los preparativos de la defensa. En este acto no se descansaba ni un momento; todo era movimiento y actividad; los ánimos, en el mejor sentido, ansiaban por el momento de batirse con el enemigo. Mientras esto sucedía, llenos aquellos hombres de las más lisonjeras esperanzas, la fatalidad, o más bien dicho, la inexperiencia y la suma confianza, preparaban las cosas de distinta manera. El enemigo se movía y empezaba a avanzar. Todo estaba preparado para recibirlo; y cuando éste se puso a la vista, pocos dudaban del buen éxito. El enemigo, astuto o previsor, que estaba informado de todo con la mayor escrupulosidad, dirigió su marcha a la medida de los informes que recibió de sujetos desnaturalizados que no tuvieron inconveniente en vender a su patria y sacrificar con su ingrato comportamiento los derechos más sacrosantos de una nación, y que todos se encierran en la palabra Independencia, que era su objeto principal. Por fin se presentó Calleja a la vista de Guanajuato. Allende pensaba sorprender al enemigo por retaguardia con dos mil caballos, antes de que se acercara más. Este pensamiento, llevado a a efecto y dirigido por Allende en persona, habría dado los mejores resultados, pues que los seis mil hombres de Calleja, a pesar del desbandamiento de los independientes en Aculco, tenían todos un miedo atroz, y un ataque brusco de caballería, como pensaba Allende, de seguro habría hecho cambiar aquella situación. Los agentes disimulados del enemigo, que ya rodeaban aquel hombre tan atrevido, le hicieron desistir de su primer intento, llenándole de observaciones capciosas, que le hicieron desistir, no sin resentimiento de los jefes valientes que estaban conformes y contentos con el primer pensamiento, por considerarlo de los mejores resultados. Por último, se resolvió por la defensiva, y a esta se dirigió toda la atención. Apareció Calleja con su ejército a la vista de Guanajuato; las alturas que daban vista al camino que ocupaba el enemigo estaban coronadas de gente de guerra y artillería, no menos que de una multitud curiosa. Formaban un cuadro sorprendente y

encantador: un pueblo que defiende su libertad y sus derechos, y una pequeña porción de enemigos que se empeñan en arrebatárselos; un pueblo que intenta emanciparse y un tirano que intenta también esclavizarlo para hacer más duradera su esclavitud y humillación. Este aparato célebre e imponente era digno de un poeta y de un filósofo. El enemigo, por precaución o lleno de temores de los independientes, lo contempló respetables y pensó de otra manera. Observó que dirigiéndose por aquel camino tendría que vencer grandes dificultades y con buen éxito. No obstante, mandó a algunas guerrillas para hacer un reconocimiento. Estas se acercaron un poco. Los independientes que estaban en las alturas, deseosos de dar principio al combate, rompieron el fuego de cañón con las piezas de a 8. El alcance de éstas prometía las mejores esperanzas, y sea por la mala construcción de las piezas o que las cargaban demasiado, lo cierto es que se reventó una de las grandes, ocasionando la muerte de tres artilleros. Quedaban otros cañones, y si el primero aguantó cinco tiros, el segundo sólo resistió dos. Semejante suceso, que aconteció en momento tan crítico, ocasionaba a un tiempo gran desaliento a los jefes, soldados y a mucha gente curiosa que se encontraba en aquellos parajes.

Informado Allende de los sucesos, mandó luego a las alturas al general Jiménez y otros, para arreglar aquel desorden e inspirar confianza a la tropa desalentada, mientras él se ocupaba de arreglar la defensa de la cañada y otros puntos. Poco avanzó Jiménez en su comisión, pues que la gente se encontraba amedrentada y daba poca esperanza; y era la causa en que se había introducido, por desgracia, porción de gente diestra y astuta, que hallándose diseminada en todo el ejército, presenciaba los acontecimientos adversos y que se aprovechaba haciendo circularlos en la gente, que, aunque valiente, era candorosa en demasía para adaptar fácilmente las ideas que la llenaban de terror y desaliento. Este fue el principal enemigo de los independientes y la causa de sus desastres, y no las armas reclutas. De

esta manera caminaban las cosas: el enemigo, bien informado por algunos guanajuatenses de todos los pormenores de la defensa, arreglaba a ellos sus pasos; y tanto más cuanto que estaba presenciando el aparato de las montañas artilladas. Así fue que, después de un gran rato que permaneció quieto y sólo en observación, hizo movimientos diversos, dejando ya sin objeto las alturas que habían fortificado. Antes de esto, había el enemigo determinado que su guerrillas, acercándose más al punto del Marfil, sirvieran para entretener a los independientes, ínterin ejecutaba un movimiento que éstos debían ignorar. Se dio principio a un disimulado ataque en que tenía que jugar la artillería. La artillería de los independientes, que era de cuatro cañones, entre los cuales se hallaban los dos de palo, se empeñaba en la defensa. En la fuerza del combate se reventó otro cañón de los que se habían colocado en Marfil. Semejante ocurrencia hizo igual efecto que el que habían hecho las desgracias de la montaña; sin embargo, se defendía aquel punto con alguna energía. El enemigo había logrado su objeto, que era entretener a los independientes, mientras que con todo su ejército se dirigía por un camino diverso. Tomó, pues, el rumbo del camino de la Higuera, el cual, aunque con una gran vuelta, va a parar a Valenciana. Este punto, que no se pensó que tomara el enemigo, estaba sin defensa alguna. Los independientes comprendieron que las miras de Calleja era de cortar la retirada de Valenciana. Esta conjetura se robustecía más a cada paso, y por lo mismo no había tiempo que perder para evitarla. Se dio la orden violenta para que todas las fuerzas que se hallaban en los puntos que se trataba de defender se reunieran lo más pronto posible, para salir por el camino de Valenciana antes que el enemigo la ocupara. No se contó para este movimiento con la fuerza que ocupaba la montaña, porque era imposible que llegara a tiempo la orden y muy difícil que pudieran ejecutarla con oportunidad; así fue que sólo la tropa que estaba inmediata pudo dar cumplimiento a aquella disposición, no sin sufrir las consecuencias de un movimiento precipita-

do por estar el enemigo casi a las puertas y sin facilidad de hacerle frente y contenerlo por aquel punto, que se había descuidado. La orden contenía que todo se abandonara y que sólo lo muy preciso se llevara la tropa, que importaba mucho saliera para Valenciana antes que el enemigo ocupara aquella salida. Así se verificó por la poca tropa que se pudo reunir y que tuvo facilidad de dar cumplimiento a una orden dictada por la necesidad.

La tropa de la montaña. Llena de angustia, veía con dificultad unirse y seguir con sus compañeros; se conformó con su suerte y determinó disolverse para escapar del enemigo, que cada vez se acercaba más. Lo mismo hizo mucha tropa de la que estaba colocada en los puntos de la cañada. Tantos y tamaños esfuerzos, tantos sacrificios, tanta energía, que en dos meses había preparado una defensa tan lisonjera y consoladora, quedó reducida a la nada en muy pocas horas. El señor Allende, con cosa de trescientos hombres de caballería y varios oficiales de su confianza, había quedado en la plaza para salir con toda la tropa útil, ordenando saliera por el rumbo de Valenciana y de allí siguiera el camino que conduce a San Felipe. Procuró saliera todo lo que consideraba útil; se había mandado de antemano un jefe de confianza con quinientos caballos, con objeto de tomar el camino que el enemigo traía para Valenciana y elegir un punto donde pudiera entretener al enemigo y proteger así la retirada. Esta providencia dio buen resultado porque Calleja hizo alto, pues llegó a entender que por aquel punto se hallaba la fuerza que guarnecía la ciudad; y mientras no salió de esta incertidumbre, dio lugar bastante para ejecutar la retirada. Allende, cuando conoció que ya debía salir, lo verificó por la calle de Alonso, tomando por Granaditas; pero mucho antes de llegar a este edificio se percibió un ruido extraño, pero como de gente amotinada, según el vocerío que se advertía. Esto hizo violentar la marcha y se advirtió que el edificio donde estaban presos algunos europeos se hallaba rodeado de un gran pueblo en actitud amenazadora, que

habiendo forzado la puerta y destruido a la guardia que la custodiaba, se había introducido una gran parte para cometer las más grandes atrocidades en aquellos hombres indefensos. Allende, que pudo ver de cerca tan criminal atentado, habló al pueblo, a quien le afeó tan bárbaro proceder. Mandó a la tropa disolver aquella reunión, ínterin que él, con algunos oficiales, se introdujo en el Castillo (que este nombre se le daba), y como el motivo se hallaba en los altos subió a caballo las escaleras, y con sable en mano cayó sobre los asesinos y los echó fuera. Hirió algunos y libertó a los europeos que habían sobrado, a los cuales mandó con un oficial a casas de confianza para su seguridad, intimando al pueblo otro modo de proceder con aquellos desgraciados. Este hecho se ha comentado de varios modos. Ninguno es cierto. Allende no tuvo la más pequeña parte en un acontecimiento tan atroz; procedió sólo de un pueblo entusiasta e irritado, siendo bien sabido lo que es un pueblo en estos casos. No sólo el mexicano obra de esta manera, sino todos los del mundo. Allende, hombre valiente y nada vulgar, poseía virtudes y hechos generosos que habría mucha utilidad en imitarlos.

Lo admirable, lo grandioso de aquel genio, consistía en aquel aplomo, en aquella severidad estricta cuando se trataba de la humanidad doliente. En la necesidad de salir violento de un punto que muy pronto ocuparía el enemigo, pues cualquier retardo exponía sobremanera su existencia, y con todo el tránsito, se encuentra con un hecho altamente repugnante a sus sentimientos; su situación es violenta y comprometida; no hay momento que perder, y, sin embargo, se detiene por favorecer al desgraciado, con gran peligro de su existencia. De este acontecimiento tan repugnante dijeron mucho los (en blanco) de aquella época, afeándose a aquellos hombres semejante proceder. No era debida esta ocasión, porque en obsequio de la verdad no tuvieron participio ninguno de aquellos excesos. Era el pueblo que, agitado por algunos genios maléficos, fue conducido e invitado a la crueldad y a la venganza. ¿Pero qué pueblo del mundo, en se-

mejante caso, no ha sido arrastrado por sugerencias perversas, que lo han hecho cometer los más grandes desaciertos?

Volvamos al señor Allende, quien después de su salida y paso por Valenciana mandó que se reconcentraran las partidas de caballería y se situaran en la mina de Chichíndaro. Así sucedió, pues insistía en que con seiscientos hombres de caballería se atacara a Calleja por su retaguardia. Pronto se advirtió que este pensamiento de Allende hubiera tenido buen éxito, porque dirigido el ataque por un hombre tan extremado, tan valiente como él era, habría desconcertado sin duda al ejército de Calleja. Varió de idea a virtud de las observaciones que le hacían los generales que lo acompañaban; con todo, se quedó en Chichíndaro, sitio muy inmediato, pues decía que ya era preciso retirarse; deseaba a lo menos llevarse una avanzada de Calleja. No fue así, porque el enemigo por aquel rumbo no hizo pasar sus avanzadas sino hasta Valenciana. La poca fuerza de Allende pasó la noche en Chichíndaro, ya referido. En la mañana siguiente, y dando lugar a que la tropa se surtiera del necesario alimento, no se emprendió la marcha para la villa de San Felipe sino hasta las diez del día, siendo muy raro que el enemigo por aquel rumbo no hubiera mandado una partida de observación. Esto dio motivo a seguir una marcha tranquila y sin los azares que trae consigo la persecución de un enemigo triunfante. Calleja entró, por fin, a Guanajuato sin oposición; ningún muerto hubo de los independientes, sino sólo los indefensos, que sacrificó sin piedad. Desarrolló sus criminales instintos y llenó de terror y de espanto a los habitantes de Guanajuato, en quienes satisfizo su sed de sangre y los más inicuos procedimientos.

Todo el mundo entendía que la causa liberal estaba perdida enteramente; esto no era cierto, porque en cada sacudimiento, en cada agitación, la causa del pueblo marchaba a su fin; y en cada trastorno, en cada sacudimiento, daba por fin un paso, pues que cada alteración, cada movimiento, no hacía otra cosa que predisponer el terreno para recibir la idea o la semilla que más

tarde había de dar tan bellos resultados. El espíritu más firme, el corazón más bien formado se hubiera resfriado o desalentado en vista de tantos esfuerzos perdidos a cada paso. Nada menos que esto, pues que teniendo una fe firme en la causa que defendían, nunca desesperaron. A pesar de los grandes inconvenientes y estorbos de que estaba erizado el camino que habían emprendido atravesar, semejante firmeza llenaba siempre de honor a aquellos apóstoles de la libertad, que aunque poco afortunados, llenaron, no obstante, el sacrosanto deber de su misión, perdiendo la vida ignominiosamente por salvar los derechos inolvidables de su querida patria.

¡Honor y gloria a estos ilustres campeones, cuya partida nunca será bien sentida de la nación, llamada por la naturaleza a ser grande y poderosa! La perfidia, la mala fe, con sus malos instintos, preparaba cortar el hito y los pasos que llevaban a una obra tan grandiosa. Esto sucede comúnmente a una causa que en la apariencia parece perdida. ¡Ay del vencido!

Llegó el señor Allende a la villa de San Felipe con el poco resto de la tropa que los adversos sucesos le habían dejado. Permaneció dos días, para que allí se reunieran los dispersos. Se dio descanso y se procuró surtirse de lo más necesario para la marcha. Era el fin dirigirse a Aguascalientes, donde existía un jefe (D. José Iriarte) a cuyas órdenes se hallaba una bonita división de dos mil hombres de las tres armas, cuatro cañones y un buen acopio de pólvora. Este jefe había tenido orden anticipada del señor Allende para que con su división se acercara a las inmediaciones de Guanajuato, para establecer uso de ella según conviniera en la aproximación de Calleja. No cumplió Iriarte con este mandato, y esta falta ocasionó gran disgusto a Allende, que pensaba castigarlo. Se determinó la marcha y se entró en un camino sembrado de infortunios, que estaban en acecho para mortificar el espíritu siempre fuerte de aquellos hombres singulares y esclarecidos. Se llegó a Aguascalientes; pero el referido Iriarte, que supo que Allende se dirigía para aquel punto y que

temía encontrarse con él, con un pretexto cualquiera salió de la población rumbo a Zacatecas, dejando en la plaza unos pocos soldados, cuatro cañones y la pólvora de que estaba elaborada una buena parte de cartuchos de fusil. De todo esto tomó conocimiento el señor Allende, que dio sus órdenes a D. José Camiña, encargado del parque, para que violentara este trabajo. Se recogió lo que contempló útil; envió correos a Iriarte, ordenándole su regreso, lo cual deseaba con empeño, porque intentaba detenerse en la población hasta su llegada. Esta no se había verificado después de ocho días de espera. No quiso mientras tanto perder el tiempo en la ociosidad; ordenó que la poca tropa que había dejado Iriarte hiciera ejercicio todos los días; mandó que los novecientos hombres que lo acompañaban hiciera lo mismo; dispuso que todos los oficiales sueltos que le seguían se dedicaran al ejercicio de artillería, sirviendo en su aprendizaje como soldados; quiso acostumbrarlos al fuego de esta arma, para lo cual se contaba con los cuatro cañones de a 4 que había en aquella plaza. Ordenadas así las cosas, salían aquellos oficiales arrastrando sus cañones para el sitio destinado al efecto. Este ejercicio lo presenciaban por lo común los señores Allende, Aldama y otros jefes de importancia, principalmente cuando el ejercicio era de fuego. Esta fatiga se hacía todas las mañanas hasta las diez o más tarde. Una mañana de infausta memoria, y con motivo de recoger hatajos de mulas para cargar cuanto había de llevarse para Guadalajara, se había dispuesto salieran a este fin unas partidas de caballería para distintos rumbos, y por esta razón no salió toda la tropa al ejercicio, sino sólo la artillería con los oficiales que le servían, y muchos por curiosidad. Estaban, pues, en su ocupación y extrañaban que el señor Allende no concurriera, aun cuando le agradaba al ejercicio de fuego de esta arma. Serían como las diez de la mañana cuando se oyó un estruendo tremendo en la población. No se acertaba el motivo, sin embargo de haberse sentido en aquel sitio un pequeño sacudimiento. Muy pronto se salió de aquella incertidumbre cuando

se observó una gran porción de humo muy denso y oscuro, que se elevaba del centro de la población, y aun se advertían algunas vigas en la altura. Semejante observación dio motivo a que varios oficiales, con el paso más que veloz, se dirigieran a la villa para informarse de aquel suceso. Llegaron, por fin, para presenciar el cuadro más sorprendente y aterrador: se incendió el parque, y su explosión ocasionó desgracias muy lamentables. Se llevó muchos techos de casas de las principales; otras se desplomaron, cogiendo debajo a muchas familias, sepultándolas entre los escombros, por donde se oían los lamentos de la gente y de los niños enterrados que aún conservaban la vida; por las calles, y principalmente, por la calle de Tacuba donde estaba el parque, estaba sembrado de destrozos; por ahí se veían cuerpos mutilados; por allá cabezas y brazos sueltos de oficiales que aun conservaban sus divisas. Caballos, mulas hechas pedazos, daban a conocer la voracidad de aquella explosión. Se encontraban cadáveres bien distantes de la población. Por ultimo, la mayor parte de los edificios, hasta los que se hallaban en los suburbios, sufrieron más o menos, pero todos resintieron aquel grande y horroroso estrago. Hubo en esta catástrofe algunos casos raros; uno de ellos fue el del encargado del parque y de su elaboración, D. José Camiña, de corporatura de Hércules, bastante grueso y, con todo, la fuerza de la explosión lo llevó a tres manzanas de distancia, que era donde vivía, estampando su cuerpo quemado en la mera puerta de su alojamiento. Otro caso, y tal vez más digno de atención, fue el de Allende, que estaba alojado en una casa de altos a distancia de una manzana de donde fue el incendio; de todas aquellas casas inmediatas, y las que estaban a su frente, cayeron algunas paredes y techos; mas la habitación de Allende, Aldama y otros que lo acompañaban no sufrió más que la rotura de las vidrieras. Como era de esperarse, los oficiales y los soldados que habían escapado de tamaña desgracia, en unión de mucha gente del pueblo, se dirigían en tropel a la casa de su benemérito caudillo, para informarse si había sucedido alguna

desgracia. El referido los recibió con mucha bondad, enterneciéndose un tanto con aquella muestra de aprecio; les dio las gracias de un modo expresivo y les invitó a que le ayudaran a la humanitaria obra de desenterrar a las familias que habían quedado bajo los techos, y cuyos lamentos partían el corazón. Así fue que a poco rato salió de la casa a la calle, seguido de aquella porción de gente, en unión de oficiales y soldados, y los distribuyó en grupos; se comenzó aquel lastimoso trabajo para aliviar de alguna manera a aquella gente que sufría tan horrible desgracia. Personalmente, el señor Allende trabajaba con todos en aquella ocupación tan humanitaria. A pesar de que le urgía sobremanera dirigirse a Guadalajara, quiso detenerse hasta no sacar de los escombros cuanta gente pudiera salvar. Esta lastimosa operación duró seis días, al cabo de los cuales se determinó la marcha que estaba preparaba. Dejó las órdenes correspondientes a las autoridades que tan bien se habían portado; encargó mucho que se indagara el paradero de Iriarte, dejando a un tiempo la orden para que con la división que mandaba se dirigiera a Guadalajara. La conducta de este jefe, cada vez más dudosa, llamaba la atención del señor Allende, y tanto más cuanto que aquella división, bien equipada, que no había sufrido ningún desastre, era sumamente necesaria para principio del nuevo ejército que pensaba formar nuevamente en Guadalajara. No se consiguió el fin, porque Iriarte, cada vez más sospechoso ni cumplió la orden de Allende ni tomó parte alguna en los grandes acontecimientos de la causa que defendían los independientes. Iriarte, mucho después del gran suceso de Calderón, y cuando ya habían pasado por el Saltillo el señor Hidalgo, Allende y demás para Coahuila se presentó al señor Rayón con la fuerza que mandaba. Este general, que no ignoraba su comportamiento, le recogió la tropa y lo mandó fusilar. Parece que hubo algo de justicia en semejante proceder.

La época a que nos referimos abundaba en acontecimientos desconocidos, raros, sorprendentes; pero lo más admirable, lo

más increíble, era que hubiera genios tan resueltos, tan firmes, pues los más grandes y horrorosos sucesos nunca fueron capaces de amedrentar las almas de acero, de un subido temple, que poseían aquellos célebres caudillos.

Horrores, desgracias repetidas, una guerra sostenida de un modo tan desigual, al estar rodeados de tantos enemigos disfrazados, que a cada momento se palpaba su poderosa influencia, nada de esto amedrentaba a aquellos genios excepcionales. Alguna vez, sus amigos le hacían patentes los acontecimientos y lo aventurado de la empresa. Allende o Hidalgo respondían que la suerte se valía de chanzas algo pesadas, pero que ellos no se espantaban ni tenían almas de cera, que se doblegan al más mínimo calor, y que resistirían hasta dejar de existir: que su causa era altamente justa y que Dios la debía proteger.

«Adelante, mexicanos. Adelante está la dicha y la felicidad. Nos hemos propuesto ser libres y lo seremos, a pesar de que nuestro camino esté sembrado de inconvenientes». Este era su lenguaje cuando se presentaba alguna adversidad.

Seguiremos al señor Allende, que con los restos que dejó el mal trazado y tremendo suceso ya mencionado, se dirigió a Guadalajara. Llegó sin haberse anunciado, y esta circunstancia dio motivo a que pudiera entrar sin alboroto. Fue alojado en una casa cerca de la plaza que hacía esquina y era conocida por la calle del Rey. Después de descansar se dirigió al palacio, donde estaba el señor Hidalgo. Conferenciaron largo rato. Volvió a su alojamiento, donde estaban Aldama y sus edecanes. Hubo descanso de dos días, y al tercero reunió a los oficiales y edecanes que lo acompañaban; y con aquella energía que le era tan genial, distribuyó entre sus generales, oficiales y edecanes las ocupaciones que cada uno podía desempeñar. Así fue que a unos despachó a Tepic, para traer las bellas culebrinas de aquel Puerto; otros fueron destinados a la maestranza de artillería y todo lo que a esta arma pertenecía; otros, al parque y municiones; los demás a la instrucción de los cuerpos que iban formando; por

último, ni general ni oficial se quedó sin ocupación. Todo esto andaba con una celebridad inimitable, porque aquel genio tan enérgico (Allende) todo lo movía, y todos desempeñaban sus comisiones con entusiasmo y grande eficacia. Este tan bello comportamiento dio por resultado que antes de dos meses estuviera formado un ejército fabuloso, al parecer de ochenta mil hombres y ochenta y dos cañones; tal energía, tal constancia espanta a la imaginación, bien que un esfuerzo uniforme hace prodigios.

Veíase que todos los pueblos que pertenecían a aquella provincia contribuían gustosos con su contingente de hombres. Los pueblos de Colotlán se esmeraron en esta parte. Todos, según sus fuerzas cooperaban en favor de la causa independiente. Los particulares, llenos de entusiasmo no eran indiferentes ni fríos espectadores de aquel gran movimiento. El pueblo y la multitud estaban animados de los mejores sentimientos a favor de la causa nacional.

Hidalgo y Allende supieron aprovecharse de todas estas circunstancias para formar una fuerza de resistencia tan terrible, tan grande, que hubiera sin duda pulverizado al enemigo, que con seis mil hombres llenos de temor se arrojaba a combatir a una nación llena de deseos de su Independencia y Libertad. Estas ideas eran el delirio de aquellos valerosos campeones, en cuyo cálculo no estaban, los grandes elementos, caracterizados de diversas maneras, pero que todos aumentaban la fuerza y recursos de los que defendían la causa del rey. Las edades venideras no podrían menos de espantarse al ver un arrojado semejante, una temeridad que en todo tiempo los llenará de honor y admiración. ¡Genios de tal temple aparecen en el mundo muy de tarde en tarde! Hidalgo, Allende y demás colaboradores son dignos de un lugar muy distinguido en la Historia. Eclipsar deben, sin duda, las hazañas de tanto héroe conquistador y grandes hombres con que están adornados los siglos que ya pasaron. La conducta de los héroes mexicanos en su Revolución de Independencia será digna de admiración y respeto en la historia de los pueblos que

han pensado en ser libres. Después de vencer tantas dificultades, se puso aquel ejército en estado de combatir al enemigo. Mientras llegaba este caso se disciplinaba como era dable, según lo apremiante de aquella situación, a la muchedumbre que se hallaba reunida. Se mandaron partidas de caballería a grandes distancias para observar la marcha de Calleja, que hacía su movimiento desde Guanajuato; así estuvo algunos días, porque no se sabía, por último, el avance de Calleja. Se anunció, por fin, su marcha. Las avanzadas dieron parte que el enemigo se hallaba en Tierra Colorada. Esta noticia llegó a Guadalajara a las diez de la noche. En esta hora se determinó un movimiento general en aquel ejército; todo se movió al toque de generala a esa hora, y el movimiento general que ocasionó semejante anuncio dio motivo a una alarma que hizo grande impresión en el ejército y en aquella grande ciudad. El pueblo en masa se agolpaba para participar del conflicto que se había anunciado. Súpose la salida de aquel grande ejército con dirección al Puente, y las calles por donde debía salir se encontraron luego y de un modo espontáneo alumbradas, de suerte que no había casa pequeña que no tuviera un mechero; y las casas grandes iluminaban a porfía sus balcones con velas grandes de cera, que formaban una vista encantadora y llenaban el alma de un dulce entusiasmo que multiplicaba el valor e incitaba a los guerreros a combatir por tan santa causa. Guadalajara se portó en esta vez de un modo admirable. La Historia deberá hacer la honorífica mención de su brillante comportamiento.

Así estaban las cosas cuando el señor Hidalgo, un día antes de esta alarma, mandó reunir una junta de generales para tratar sobre el plan de campaña que sería más a propósito seguir, como también el sitio para la batalla. Hubo en esta junta opiniones diversas. El señor Hidalgo pensaba esperar al enemigo en el Puente Grande de la Laja; el señor Allende pensaba seguir de frente y dar la batalla adonde se encontrara al enemigo; pensaba entretenerlo por el Puente y batirlo con dos mil caballos por

retaguardia. Este pensamiento quizá hubiera dado buenos resultados, porque todos los jefes de caballería estaban por este plan. Todas estas determinaciones tenían lugar a tiempo de que aquel grande ejército estaba situado en la grande llanura que se paraba a la ciudad del Puente Grande, desde donde se resolvió marchar adelante, pues se ansiaba por combatir. No será por demás hacer una tosca pintura del cuadro que presentaba aquella muchedumbre llena de vida y de entusiasmo, que ansiaba por llegar a las manos con un enemigo al que por representar la opresión y tiranía de sus conquistadores detestaba y veía con indignación. Marchaban en aquel llano tan extenso llenos de placer y de esperanza; sus cánticos en la marcha daban a conocer que sus almas estaban embriagadas de las ideas de libertad; las mujeres del pueblo, tan graciosas y seductoras, entusiasmaban al pueblo a pelear por sus derechos. ¡Oh, qué mujeres! Educadas cuidadosamente serían el poderoso antemural contra la ambición de los tiranos, pues muchas familias principales seguían a aquel ejército. Aquello pasaba los límites del entusiasmo y declinaba un tanto en locura. Las montañas inmediatas estaban coronadas de gentes de todas clases en expectación de un suceso en que cifraban su felicidad y su halagüeño porvenir. Todo era animación, todo era deseo de ser independientes y libres.

Antes de todo lo dicho, y cuando se contemplaban a aquel ejército capaz de combatir, se ordenó una retirada general, la cual tuvo lugar a las orillas de la ciudad, en un gran llano que principió en un edificio que se denominaba el Hospital. Allí se reunió aquel ejército, ante el cual se presentaron el señor Hidalgo, Allende, Aldama y demás jefes de importancia. Allí el señor Hidalgo, de una edad de más de sesenta años,⁸ con un exterior respetable e imponente, montado en un arrogante y brioso ca-

⁸ Este es un error. Habiendo nacido Hidalgo el 8 de mayo de 1753, su edad era, en los días citados, de cincuenta y siete años.

ballo, a quien manejaba con mucha gallardía y desembarazo (como era bastante inteligente en esta línea), vestido con las insignias de generalísimo de América, lleno de energía, con su elocuencia, de una fuerza tan poderosa, alentó aquel ejército a combatir por la libertad. Tal acto, tan majestuoso, tan importante, llenaba de placer y no había corazón que no se conmoviera. ¡Que hombre tan grande perdía México! ¡Qué poco lo ha sentido una nación a quien quiso sacar de la servidumbre y devolverle su libertad! Ya el ejército en el Puente, se veía visitado por mucha gente principal. El pueblo, lleno de ardor, se mezclaba con los combatientes, deseando tomar parte en aquella gloriosa contienda. Todo era animación, todo era vida; y aquel cuadro, tan lleno de interés, era digno de que lo copiara el pincel de la mano más diestra.

Todo este aparato era encantador, y el alma se extasiaba contemplando un cuadro tan magnífico, que presagiaba un dichoso porvenir y un seguro triunfo. Así hubiera sido sin la influencia de la fatalidad, o mejor dicho, la inexperiencia, la punible bondad, y, más que todo, la falta de disciplina. Querían suplirlo todo con el valor, que rayaba en temeridad.

Mientras esto pasaba, el enemigo avanzaba y no había tiempo que perder. Pareció a aquellos grandes hombres que era una gran humillación esperar a Calleja en el Puente, y por tal idea se pensó en seguir de frente hasta encontrarse con el enemigo. Así fue que se emprendió la marcha hasta Zapotlanejo, en cuyas inmediaciones había una loma extensa donde poder colocar a aquel ejército tan numeroso.

A la mañana siguiente, después de haber reconocido el campo, que pareció a propósito, comenzó a marchar el ejército para tomar el lugar que a cada división correspondía; se arregló todo según pareció mejor, en concepto de que el enemigo aparecería el día siguiente, como sucedió. Aquel ejército había pasado la noche en el campo con la mayor vigilancia. Se tenía deseos de que amaneciera para llegar a las manos. Todas estas manifestaciones hacían esperar el mejor resultado. Hasta aquí todo iba

bien. Apareció, por fin, Calleja, que empezó a disponer su batalla. El ejército independiente, formado de antemano, sólo esperaba la orden de romper fuego.

Hubo un incidente, pequeño al parecer, pero que dio motivo a un rompimiento antes de tiempo y que impidió altas determinaciones muy necesarias.

Es el caso que habían regalado a don Indalecio, hijo de Allende, un bello caballo, que quiso montar aquel día para entrar en batalla, y como el referido Indalecio tuviera que ir a comunicar una orden de Allende al general Arias, que mandaba la derecha, se dirigió por el frente de la línea; se alborotó el caballo, que era bastante fogoso y además duro de boca, y como había de tomar por otra dirección, lo hizo para el frente que ocupaba el enemigo. Advertido de esta ocurrencia el jefe del centro, destacó inmediatamente diez hombres de caballería que fueran en su alcance; éstos lograron hacer volver al animal en dirección opuesta, pero fue preciso acercarse mucho a la línea enemiga, que estando ya preparada, sólo esperaba una oportunidad para romper sus fuegos. Creyó desde luego que aquellos diez hombres, en una carrera precipitada, podía ser bien un ardid para llamar la atención por aquel rumbo, así fue que hubo algunos disparos de fusil y otros de cañón que no hicieron daño alguno.

El general Arias respondió con su artillería con objeto de proteger la vuelta de los diez soldados con don Indalecio, que salió de aquel peligro sin novedad.

La línea de batalla de los independientes estaba formada de la manera siguiente: el ejército, en su totalidad, constaba de ochenta mil hombres, aunque bien podían rebajarse siete u ocho mil que no estaban todavía a propósito para batirse, pero siempre quedaban setenta mil, número prodigioso, reunido un poco más de dos meses; ochenta y dos cañones de a 4 y de a 8; municiones y parque en abundancia; la artillería regularmente dotada; cuatro cañones de grueso calibre, que no habiéndose podido concluir las cureñas que a ellos correspondían se montaron en

ejes de carretas, porque se creyó que en tal estado podían desempeñar. Como el enemigo seguía avanzando con seis mil hombres, y cuatro mil que se decía se le había de reunir sobre la marcha, se contaba con diez mil combatientes por parte de Calleja, bien disciplinados, por lo menos, el mejor estado que los independientes esto ocasionaba algunas medidas precipitadas para salirle al encuentro. Se comenzó a disponer a colocar los cuerpos con su artillería y parque correspondientes. Se ordenó el campo lo mejor que se pudo y según la táctica de aquel tiempo. De este modo se espero al enemigo, que se iba aproximando y que hizo alto como a distancia de dos mil varas: ordenó sus divisiones y esperó.

Ambos ejércitos situados sobre un plano cubierto de un zacate bastante crecido a la altura de más de media vara. El día amaneció con un aire fuertísimo de noreste, que llegaba impetuoso sobre él ejército mexicano.

En este estado comenzó un pequeño tiroteo por la derecha del campo americano, cuyo punto estaba mandado por el general Arias, quien estaba al frente de la izquierda del enemigo, sostenido por el regimiento de la Corona y otros cuerpos. El tiroteo era pausado, pero se iba prolongando por toda la línea hasta llegar a la izquierda, donde se hallaba Jiménez, teniendo al frente a Flon, quien interesó bastante el fuego por aquel punto, intentado con la caballería que mandaba echarse sobre la infantería de Jiménez. En efecto, llegó a desordenarla un poco; pero la caballería, que estaba en observación se vio obligada a salir al encuentro. Esta caballería, que serían ochocientos hombre mandados por Marroquín, se echó encima del enemigo con tal furia, que se revolvieron unos y otros. El fin de este choque fue sacarse a Flon lazado y arrastrando. Esta escaramuza hizo perder a los independientes ochenta y tres hombres, y Flon perdió ciento noventa. Este jefe se había hecho odioso por su proceder feroz y sanguinario, cometiendo muchas crueldades en San Miguel el Grande y Dolores al transitar por esos lugares para unirse a Calleja que

venía de Potosí, cebando su encono en la gente indefensa.

Había otras dos partidas de caballería escogida, cuyos jefes estaban, como Marroquín, comprometidos a buscar y a comer a todo trance, el uno a Calleja y el otro a su segundo.

Contémplese el orgullo satisfactorio de Marroquín y su caballería después de haber cumplido exactamente lo convenido dos días antes de salir de Guadalajara en una junta de jefes de los más resueltos, y el doble compromiso de los oficiales valientes a quienes les faltaba llenar el objeto convenido, teniendo a la vista un ejemplo tan heroico.

Hasta aquí todo iba a las mil maravillas, porque la división que mandaba Flon asustada de semejante acometida, en que perdieron a su general, esquivaba otro trance.

Mientras esto pasaba en las fuerzas del ejército americano situadas en la izquierda, acontecía en su derecha una malhadada ocurrencia, principio fatal de una serie de desventuras, y la que comenzó de la manera siguiente. Pero para explicarla es indispensable dar principio por hechos anteriores, que declaran debidamente desde dónde vino la catástrofe.

Al dar principio a la formación del grande ejército en Guadalajara se tuvo presente que Calleja tomaría medidas activas para seguir en alcance de los americanos y desbaratar cualquier fuerza que pudieran formar; de ahí (sic) es que violentamente y por todas se procuró alentar el entusiasmo, enviando comisionados para la formación de regimientos de todas armas. Todos los patriotas entusiastas tenían libertad de proponer a los generales los medios de formar cuerpos de infantería, para cuyo efecto se les daban las ordenes correspondientes. Así fue que no faltó quien propusiera a los pueblos de Colotlán, que estaban habitados por indios muy belicosos y que hacían un bello uso de flecha. Esto bastó para que se autorizara a los que había propuesto aquel medio, partiendo inmediatamente a desempeñar su comisión.

En efecto, como lo dijeron se verificó, trabajando asiduamente hasta arreglar dos regimientos a los que apenas se empezaba a instruir cuando ya se pensaba en ellos. El tiempo corría, y el enemigo, que había quedado en Guanajuato, empezaba a amoverse, sabedor de que reunían algunas fuerzas los independientes. Dudando siempre, tuvieron valor para formar nuevas tropas después de haber sido derrotados dos veces. Sin embargo, Calleja se dispuso a marchar sobre Guadalajara. Esta noticia se supo a tiempo, y al momento se dispuso llamar las fuerzas que había arregladas por varios puntos fuera de la capital. Se verificó esta providencia, y en su consecuencia daba placer la afluencia continuada de partidas de tropa, que se acercaban con la mayor presteza.

Cuando el enemigo se acercaba se había reunido ya la mayor parte del ejército; pero algunos cuerpos que faltaban tuvieron orden de alcanzarlo en su marcha, pues se vio precisado a salir porque se quiso encontrar a Calleja. Todos los cuerpos se fueron reuniendo sobre la marcha; sólo un malhadado regimiento de indios de Colotlán (que sin duda estaba destinado para instrumento de tantas fatalidades) no llegó a tiempo, y lo hizo cuando ya había comenzado el fuego el general Arias.

Este cuerpo, no hallando el lugar que le convenía y ansiando tener parte en la guerra ya comenzaba, su jefe tuvo la fatal ocurrencia de buscar lugares en que situarse, lo que hizo por medio de las dos baterías en acción, de suerte que el enemigo entendió que aquella gente se les echaba encima. Por lo mismo dobló sus fuegos sobre ella, al paso que Arias, sabiendo que aquella gente era de su parte, minoró los suyos, dando ocasión a que fueran fusilados a dos fuegos. El enemigo se aprovechó de esta escaramuza para avanzar, de suerte que Arias se vio precisado a aumentar sus fuegos hasta hacerlos generales con su artillería; siguió en aumento, y resultaba en estrépito tremendo, que unido a la grande humareda parecía poco menos que el infierno. Pero a esto se agrega que por la precipitación con que obraba la artille-

ría, los artilleros tiraban el resto de los estopines, a los que les quedaban una parte de fuego, que iba a mezclarse con el zacate, de donde tomó su principio un incendio, no habiendo tenido la precaución de mandar segar. Amabas artillerías habían tenido su parte en la catástrofe, pues el fuego de los cañones sembraba en el campo intermedio muchas vertientes de fuego, que bien pronto tomó un aumento terrible, como que era impulsado por el fuerte viento que soplaba sobre el ejército americano, quien, no obstante el terrible cuadro que tenía a la vista, se mantenía firme en sus posiciones, aunque lleno de asombro. Recuérdese que el campo era ya un mar de fuego y el parque corría gran peligro. Ser atendía a esta necesidad, pero para salvarlos se descuido de los cajones de cartuchos de cañón que se hallaban colocados al pie de la cureña. No se tuvo en cuenta que la artillería formada, que batía al enemigo a ciegas (pues el humo impedía dirigir con acierto la puntería), temía que a favor de aquella obscuridad se echara encima el enemigo, y se determinó hacer una descarga general con los ochenta y dos cañones, que, dirigidas las punterías sin la precauciones necesarias y arrojando los estopines a medio concluir, fomentaba por este medio cada vez más aquel terrible conflicto. Hay que observar que cada cañón tenía al pie y a corta distancia su correspondiente cajón de parque, y al paso que el fuego iba acercándose se incendiaba; y no sólo ocasionaba una gran explosión, sino que envolvía a los miserables artilleros, que los que no quedaban muertos en el acto, quedaban asados, formando sus cuerpos el aspecto más horrible. En este estado se ve un espectáculo espantoso.

Desesperados estos infelices, echan a correr por todo el campo, en todas direcciones, dando fuertes lamentos y derramando así en toda la tropa el terror y el desaliento. De aquí siguió un movimiento en el ejército, que dio a entender podría desbandarse, poseído ya del terror que infundía aquel funesto cuadro. En efecto, se empezaron a desordenar y algunas grandes partidas tomaron el rumbo de Guadalajara.

De este desorden se le dio noticia al señor Allende y a Hidalgo, quienes se reunieron violentamente a remediar aquel mal, que no les costó poco trabajo dejar medianamente quieto. Se pensaba aún, y en medio de tanto desorden, dar una carga brusca al enemigo, pero se esperaba que el ejército dejara pasar un poco la sorpresa que le había ocasionado el tremendo cuadro que tenía a la vista. La mayor parte del ejército, en su inquietud se había acumulado en el camino. Allí permaneció, ínterin el señor Allende corría por el resto del campo dando algunas determinaciones, pues insistía en dar una carga precipitada y brusca sobre el enemigo.

Conviene advertir que al salir el ejército de Guadalajara lo verificó a medianoche. La ciudad estaba iluminaba profusamente y la puerta más miserable contribuía con un mechero para formar aquel bello alumbrado. Llenaba de gozo y entusiasmo una vista tan agradable y lisonjera. El campo independiente parecía imitar al de los macedonios: muchos carruajes de cortesanos, equipajes y todo lo concerniente a familias acomodadas, que tuvieron el gusto de hacer causa común con el ejército, proponiéndose seguirlo en su suerte. Toda esta concurrencia, que no estaba obligaba a permanecer firme, luego que observó los movimientos que ocasionaban aquel desorden, empezó a desfilar en sus coches y a embarazar al camino que se dirigía a la ciudad con sus cargas y equipajes. Todo esto observaba la tropa, que se hallaba a muy corta distancia, formada en gruesas divisiones. Así permaneció hasta que un maldito accidente vino a echar por tierra todo el trabajo que se había tenido en aquietar a aquella multitud de tropa, que a su pesar se hallaba formada, pues que se encontraba poseída de un gran terror.

Es el caso que entre los artilleros quemados hubo uno a quien se le trató con muchas atenciones prestándole toda clase de auxilios; de ahí es que para sacarlo del campo y llevarlo a Zapotlanejo se tomó un *quitrín* que se halló sin gente y sin cochero, y se subió al quemado. Su figura y exterior eran horribles, sus lamen-

tos no podían oírse sin angustia. Todo esto unido infundió lástima, y no se libraba la vista de un terror espantoso. Como el enfermo no podía sufrir cobija alguna, iba descubierto, y por donde caminaba que era donde estaba más tropa acumulada, derramaba en ella el espanto y el desaliento.

No se pudo resistir el tremendo espectáculo que presentaba aquel desgraciado, y comenzó a desbandarse la gente en términos de que ya no fue suficiente la presencia de Allende y otros generales para contenerla.

Lo mismo sucedía por el resto del campo, pues otros artilleros también habían ocasionado el mismo desorden. Dos hombres, que tenían interés en aquel movimiento, se aprovechaban de la situación para difundir el temor y el desaliento. Habían sabido abrirse camino en las masas y explotaban su candor con buen éxito.

Todo aquel tren de guerra todos aquellos asombrosos preparativos con tanto afán y constancia acumulados en tan poco tiempo que parecía fabuloso, toda aquella maravillosa reunión, como por encanto quedó disuelta, su material abandonado y sin esperanza de poderlo conservar. El señor Hidalgo, Allende, Aldama, Arias, Indalecio y un corto número de otros jefes que los acompañaban permanecieron como cuatro horas reconociendo y contemplando tan extraordinarias desventuras. Mientras esto pasaba, el enemigo, al cesar el fuego de artillería e infantería de los independientes, hizo alto y no dio un solo paso en el resto del día. Este proceder es fácil explicarlo a un mediano militar, y más si se observa con cuidado el incidente que sigue.

Entre las disposiciones que dio el señor Hidalgo antes de la batalla, una fue la de colocar en una pequeña eminencia dos culebrinas de a 4 dirigidas por un angloamericano que había abrazado la causa de los mexicanos. Los manejaba tan bien, que ocasionaba con ellas gran perjuicio al enemigo. Este, por lo mismo, procuró dirigir su artillería con bastante tesón, logrado desmontarlas. Pero el americano, con bastante afán, pudo colocar

una que, aunque con mucha pausa, dirigía uno que otro tiro, y con ellos entretenía la artillería contraria de Calleja, hasta que cerró la noche. El general enemigo se mantuvo en su puesto, y hasta el día siguiente, en que sus exploradores tuvieron noticia del abandono del campo, no emprendió su marcha sobre los escombros y la desolación que tuvo lugar el día anterior. ¿Qué tal? ¿Lo llamaremos precaución militar o diremos cobardía? Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el brillante triunfo le abrió el camino que lo llevara hasta el virreinato de México, ganado con tanto arrojo y valentía. Siguió Calleja para Guadalajara, donde se manejó con doble severidad que en Guanajuato, siendo sus víctimas los infelices indefensos y dándose un gran tono por el triunfo de Calderón.

El señor Hidalgo, Allende, Aldama, Jiménez y muy pocos más que rodeaban a estos hombres singulares, cuyo número era de veintitrés hombres, se dirigieron a una pequeña altura, en observación del campo enemigo, desde la cual se le podía observar, o igualmente el camino de Guadalajara, en donde se observaba aún el desorden consiguiente que ocasionaba un grande ejército desbandado. En este estado se permaneció más de tres horas, al fin de las cuales, el señor Hidalgo, siempre sereno y lleno de calma, dijo con voz perceptible: «¡Quién nos hubiera dicho ayer, a esta hora, lo que habíamos de ser hoy! A la vista tenemos un gran libro que no hemos tenido tiempo de estudiar, por nuestros precipitados movimientos. Muy cara nos ha salido esta experiencia, pero ella nos guiará. ¡Adelante, adelante, compañeros: así decían los primeros arrojados navegantes que atravesaron el gran océano!». Pidió su caballo, y con aquella pequeña comitiva emprendió la marcha, sin recursos ni equipaje.

Entre los veintitrés individuos que lo acompañaban, apenas se reunía veintisiete pesos, suma miserable para el viaje que se iba a emprender. Se dirigió la marcha rumbo a la barranca de Cuquio. Pasamos por esta gran profundidad en que las cabalgaduras se fatigaron en extremo, y sin medio de reemplazarlas. El

señor Hidalgo nos dio el ejemplo, echando pie a tierra y estirando su caballo para proporcionarle algún descanso. Y decía: «Muchachos, éste es el modo de remudar en estos lances». Así, pie a tierra, llegó a un rancho miserable, nombrado San Agustín de las Calabazas, en el cual no se halló más recursos que unos cuantos aguacates. El señor Hidalgo quitó las armas de palo de su silla, las tendió, se sentó en ella a comer su aguacate, único que le tocó, porque quiso se repartiera aquel miserable auxilio de un modo proporcional entre los que formaban su comitiva. Se siguió el camino hasta tocar el pueblecito de Cuquio. La iglesia tiene la puerta principal muy inmediata al camino y por eso advirtió gran movimiento, como de una solemne función. Se preguntó su objeto, y se supo que era una rogación a Dios por la vida del señor Hidalgo, porque ya sabían la pérdida de la guerra en Calderón, pero ignoraban la suerte del generalísimo, cuyo nombre era conocido. A esto, el señor Hidalgo, muy reconocido a semejante acto, dejó recado al señor cura del pueblo, diciendo que no le avisaran, porque hallándose en el altar y en un acto tan solemne y santo, no era prudente distraerlo; y, además, que iba deprisa y no podía perder momento.

El objeto del señor Hidalgo era llegar a Zacatecas. Este punto era el destinado para la reunión en un caso desgraciado, que al fin se verificó. Se llegó, pues, a la ciudad, donde se permaneció algunos días, en los cuales se fueron reuniendo algunos jefes y soldados. Como en la expresada ciudad se había dado el grito de Independencia, los europeos se habían salido, quedando varios almacenes, los cuales se mandaron realizar. Ya de esto, o de los giros de minas y otros recursos, se reunió una cantidad respetable para seguir adelante. En pocos días se pudieron unir cosa de mil doscientos buenos soldados, y lo mismo jefes, oficiales y generales, que en el camino se iban reuniendo. Arreglada lo mejor posible aquella división, se emprendió la marcha para el Saltillo, no sin pensar en lo escaso de recursos de este tránsito estéril y dilatado. Se previnieron bastantes carretas de forraje,

como rastrojo, que es lo único que se encuentra en estos terrenos. Se previno por fin todo lo que pareció necesario, no teniendo en cuenta lo ingrato del terreno que íbamos a atravesar ni la porción de carruajes y familias que nos seguían y que eran otros tantos enemigos de los recursos que se habían reunido con tanto afán. Los primeros días de nuestra marcha fueron contentos y divertidos.

Cada posada era una población compuesta de familias conocidas, paisanos los más, unidos en sentimientos y en ideas, resueltos del todo a una larga y tal vez eterna emigración. Todos contentos, teniendo, sin embargo, algunos intervalos de pesadumbre por dejar la patria y su causa, no desconfiaban del todo de una oportunidad que les diera ocasión de volver pronto a defender de nuevo los derechos de la patria, ultrajados durante trescientos años por nuestros injustos dominadores. Con estos y otros razonamientos se alentaba de nuevo el entusiasmo, que hacía olvidar las penalidades y trabajos hasta allí sufridos con la mayor constancia. Hubo en estos días un acontecimiento inesperado que no dejó de causar serios temores en alguna parte de aquella división. Apareció un cometa por el Norte. Estos cuerpos celestes, en aquella época, no eran verdaderamente conocidos de todos, y la generalidad de la parte poco ilustrada atribuía a estas apariciones presagios tremendos, indicados por el color de su cabellera. Las señoras que iban, bien educadas, de finos modales, rodeadas de hermosura y gracia, no tenían aún la libertad de llegar a estos conocimientos y participaban un tanto en la creencia del influjo que tenían tales fenómenos en la suerte o trastorno de las naciones. El general D. Juan Aldama, hombre simpático, de un carácter festivo y amable, llevaba amistad con todos, y su genio, siempre alegre, así como otros compañeros de buen humor, sirvieron de mucho para desterrar el terror y desaliento que se iba introduciendo. El señor Hidalgo, después de dejar arreglada la división que se había formado en Zacatecas, se dirigió para San Luis Potosí, en donde lo llamaban algunos

negocios de importancia. Dejó determinada la marcha y el rumbo que la tropa debía de llevar, asegurando que en el camino nos alcanzaría, tomando diverso camino, pues el que tomó la división fue el de La Blanca. Nos alcanzó al fin después de cinco días, hallándonos acampados al raso, pues no había facilidad de más comodidades, y sufriendo en esa noche un frío atroz, en que fue necesario hacer uso del rastrojo que llevaban las carretas, pues era necesario hacer fogatas para que se calentara la tropa y para negocios de cocina. En esto y forraje para las cabalgaduras y mucha porción de mulas de carga y tiro se consumió una gran parte del rastrojo, quedando tan poco que no era suficiente ni para una jornada. Ya empezábamos a sentir la falta de agua, pues la que se previno en barriles y guajes, de que los más iban provistos, había concluido ya. Las cabalgaduras, como debe suponerse sufrían de doble modo esta escasez. Ese día debíamos tocar el tanque de la Boca, en cuyo punto se decía habría agua suficiente. Llegamos a este paraje algo tarde, porque la marcha ya no era tan desahogada y se había emprendido ya muy adelante el día. El tanque, que era nuestra esperanza, lo encontramos hecho un lodo, de suerte para saciar la sed era necesario poner un paño y chupar la que se filtraba. Las cabalgaduras no se dejaron llegar hasta pasada la operación anterior, y esto sin permitir pasaran de la orilla, pues se advirtió un charquito pequeño, que bien podía servir en la noche, teniendo que atravesar en cueros el gran fango que lo circundaba. Por tal circunstancia se determinó mandar a un paraje a traer agua nueva un hatajo de mulas con barriles, para surtirnos de aquella grande falta. Llegó por fin aquel recurso para nosotros tan deseado, se distribuyó proporcionalmente, y las cabalgaduras se obligaron a media ración. Sin embargo, hubo algunos que, temiendo otra escasez, satisficieron más de lo que debían su necesidad y tuvieron malos resultados. No puede dejarse en silencio una circunstancia digna de atención por la grande influencia que ejercía en la parte moral. Aquella juventud, educada por los primeros caudillos, llena

de energía, poseía una grande alma; de una fibra de buen temple, despreciando nuestras desgracias y reveses, echando a la burla nuestros más grandes sufrimientos, no dejaba de conocer que sólo con el entusiasmo, sin la cooperación de un orden diverso y una estricta disciplina, no podríamos llegar al fin deseado. Se lamentaban los muchos elementos perdidos por nuestra inexperiencia. Se sentían ya las consecuencias de algunas defecciones, hijas de una confianza sin límites. ¡No se creía posible que un mexicano se acomodara con la fea nota de refractario. Sin embargo, estos delitos no carecen de disculpa, pues en esa época estaban en movimiento, y con bastante actividad, todos los resortes que por muchos conductos ponía en juego el gobierno virreinal para desacreditar nuestra causa.

Aparecía papeles terribles, llenos de falsedades y de insultos, dándonos un colorido repugnante. No escaseaban las excomuniones y todo lo que parecía útil para conseguir el desaliento en nuestras fuerzas. Este cúmulo de circunstancias formaban al fin un todo tremendo que debía inspirar mucho terror y respeto. Pero en aquella juventud no se encontraban almas subalternas o apocadas. Todos los jóvenes veían con desdén aquella difícil situación, respondiendo a su faz aterradora con recitar poesías análogas, llenas de entusiasmo y patriotismo, que pintaban tan bien nuestras desgracias como la firme esperanza de remediarlas. Estas poesías se formaban sobre la marcha, y cada uno de los aficionados, en la hora de descanso, se reunía con los demás para comunicarse entre ellos las ideas que habían concebido en el camino. Pasados estos ratos tan lisonjeros, formando grupos que salían a la orilla del paraje para observar a campo descubierto el horizonte, calculando el terreno que se había andado, dirigiendo su línea para hallar el punto de su pueblo natal, contemplando en él a sus padres, hermanos, parientes, amigos y los caros objetos que eran dignos de sus recuerdos. Se concluía con un adiós muy expresivo a la patria querida, que llena de encantos y placeres, la fatalidad obligaba forzosamente a aban-

donar. Estos ratos tan lisonjeros eran el mejor bálsamo que suavizara nuestros grandes sufrimientos.

Preparamos nuestra marcha para llegar otro día al Saltillo. Se emprendió por fin algo tarde, porque era indispensable que en lugar de víveres y agua, que era imposible proporcionar, se diera a lo menos más descanso a aquella tan maltratada división. Nos acercábamos por fin a nuestro camino del Calvario, pero antes de él será preciso decir algo sobre un hecho que más adelante tiene que figurar. Es el caso que pocos días antes de la batalla de Calderón había dado orden el señor Hidalgo para que el general Dr. Ignacio Rayón, que con una división de cosa de cuatro mil hombres expedicionaba por Zacatecas, se dirigiera para el Saltillo, porque las provincias internas no inspiraban mucha confianza y se deseaba por este medio hacerlas decidir. Así se verificó, porque a la llegada del señor Rayón empezaba a haber manifestaciones en favor de la causa de Independencia, que hubieran aumentado si no hubiera sido por las funestas noticias de nuestra desgracias en Calderón, que nos dieran un resultado tan fatal, haciéndonos perder mucha fuerza física y moral que habíamos adquirido a fuerza de afán, y más, constancia a toda prueba. Nunca nos derrotó el enemigo y fuimos destruidos por nuestra suma confianza y grande inexperiencia, dejando salir de las manos los más apreciables elementos. Sin embargo, el movimiento dado era colosal para aquella época y era indispensable cometer errores, mucho más cuando se agolpaban los acontecimientos de un modo increíble. Se siguieron muchos trastornos. Era (*indescifrable*) monstruosa, si se quiere, aquella situación. Pero ¿quién podrá creer que, a pesar de aquel torbellino, el mundo marchaba en unión de las ideas, que a una vez sembradas por los genios de 1810, más temprano o más tarde darían sus resultados? Así es que muchas víctimas sacrificó el tirano, pero nada pudo contra las ideas diseminadas, que, no obstante los estorbos que se ponían en su camino, siguieron su marcha imperturbable hasta nuestros días, y seguirán siempre adelante.

En gracia de este bello resultado, los héroes del 16 de septiembre son dignos de indulgencia por sus desmanes.

El hombre más esclarecido de la presente época, rodeado de saber y de inteligencia, si se hubiera hallado en la situación del señor Hidalgo y sus dignos compañeros, en el centro de aquel gran movimiento, de seguro obraría lo mismo, y no podría ser de otra manera; y la posteridad ha sido muy injusta al indicar aquellos hechos sin tener en cuenta las terribles circunstancias que los rodeaban. Y aún dado el caso que hubieran alguna razón para satirizar aquellos trastornos, debían disimularse, porque a su aspecto terrible y aterrador se le debe, y sólo a él, que las ideas germinaran y se extendieran por todas partes. Llegando hasta nuestros días, formando ya un todo imponente y bastante respetable que ha servido de ejemplo a otras naciones que se apres-
tan con ardor a imitarlo. Se sigue aquí el plan de Hidalgo envolvía en sí algo de grande, de estupendo, pues que se pensaba en buscar el bien de la humanidad oprimida, siéndolo su patria por más de tres siglos. ¿Criminal Hidalgo porque se propuso fertilizar una tierra trabajada por tres siglos, sin otro resultado que una vergonzosa humillación de sus naturales, dominados por una cruel esclavitud?

¿Criminal Hidalgo porque se propuso abonar un país estéril, que por sus hijos sólo producía espinas y abrojos, con su sangre y la de sus dignos compañeros? ¿Criminal Hidalgo porque a un pueblo dormido absolutamente fuese preciso despertarlo casi a empujones y con gran ruido para hacerle entender que tenía unos imprescindibles derechos, que la tiranía astutamente le había ocultado por tanto tiempo, y que su condición de vasallos o esclavos cambiaría en la de hombres libres? ¿Criminal Hidalgo? Con este nombre lo condujeron sus enemigos al patíbulo. Se cometió un horroroso asesinato en su persona y compañeros, y lo sacrificaron al fin. Pero nada pudieron hacer aquellos verdugos para matar la idea diseminada. Ella siguió su marcha y seguirá hasta llenar su objeto, llegando en consecuencia un día en que el sol no alum-

bre... sino a hombres libres. Este era el pensamiento de aquel hombre inmortal; pero no pudo llegar a eludir cierta sentencia que dice: «Unos forman las resistencias y otros se aprovechan de ellas». Exactamente se cumple con el señor Hidalgo esta predicción, pues sus más grandes enemigos fueron los que se aprovecharon de sus despojos, que no eran pocos, y bien valía la pena de cometer un crimen que sería paliado con defender la causa del rey. Se fijó más la atención en la friolera de más de dos millones en barras y dinero que se perdieron en nuestra prisión, sin contar con otra porción del valor del equipaje y bagajes, dejando a los prisioneros sujetos a una infame desnudez. Sufrieron éstos enseguida las consecuencias de su desgracia; se quiso castigar en ellos con la mayor presteza el delito de insurgente; pero como por los dos millones y demás tenían doble delito, no se quiso esperara a las formalidades y moratorias de un juicio, sino que para escarmentarlos se les mandó desvalijar en el acto, sobre la marcha, llamando tanto la atención de los ejecutores este espectáculo, que todos veían con cierta frialdad el gran número de prisioneros, quedando en casi nada el pobre dinero, a merced de aquellos que con furia se disputaban la mejor porción, desapareciendo en un momento todos los ahorros. Este fue el gran castigo.

Nos hemos separado del camino. No debía ser así, pero la pluma, al traer estas líneas, se resistió a seguirlo y fue preciso complacer este capricho, para después volver a la narración. Antes de seguir adelante, preciso es decir algo sobre un incidente que después debe figurar. Es el caso que el licenciado D. Ignacio Aldama, hombre respetable por su prudencia y saber, hermano de D. Juan Aldama, recibió orden para que se fuera a esperara a San Luis Potosí al señor Hidalgo, que lo mandaba a desempeñar una comisión de mucha importancia. Así se verificó, pues a la llegada del señor Hidalgo a Potosí se encontró con el señor Aldama, acompañado del coronel D. Luis Méreles, oriundo de San Miguel el Grande (hoy San Miguel de Allende).

Se le dio el poder necesario, así como las instrucciones concernientes para que se dirigiera a los Estados Unidos, quedando a su arbitrio tomar el camino que mejor le pareciera; así es que el señor Aldama tomó el rumbo de Béjar, y el señor Hidalgo el de Saltillo, en cuyo camino se reunió con las divisiones. Después de reconocerla se informó de los sufrimientos de la tropa en la marcha hasta aquel punto y dio algunas disposiciones, permaneciendo un día en compañía del señor Allende y de otros generales, y se dirigió al Saltillo, en cuyo día debíamos tocar aquella población. Así fue, y en la tarde dimos vista a aquel lugar. Salieron a nuestro encuentro muchos amigos y compañeros de armas que se hallaban bajo las ordenes del señor Rayón. Ya se dejan entender las grandes emociones que aquel encuentro ocasionó. Unos lloraban de júbilo por la visita de sus amigos; otros se enternecían lo bastante al darles los por menores de nuestras desgracias sufridas en la batalla de Calderón. En éstas y otras demostraciones de aprecio, Llegamos a la villa. Allí fuimos bien recibidos por la tropa y vecindario, siendo alojados y trasladados perfectamente. La educación y fino trato de aquella juventud inspiró a los habitantes del Saltillo excelentes simpatías a favor de aquellas defensores de la libertad, de suerte que él separarnos de aquel lugar se verificó con sentimiento. Se siguieron algunos días de descanso, pues era indispensable en ellos preparar lo necesario para seguir adelante, procurando que las cabalgaduras se repusieran de alguna manera. En este tiempo no se perdía oportunidad, por pequeña que fuera, para aumentar la fuerza y los recursos, así es que se le presentaron al señor Hidalgo dos capitanes presidiales a ofrecerle sus servicios y persona. Estos capitanes habían hecho la guerra por algún tiempo a las tribus comanches y lipanes, habiendo logrado pacificarlas y estar en relación con ellas; tanto que, en número de veinte o más, venían a traficar con los vecinos de la población, y en número mayor en tiempo de feria. Los capitanes dichos se llamaban capitán Menchaca y capitán Colorado, éste a virtud de tener el rostro muy encendido y

usar un chaleco encarnado. Estos militares, tal vez por hacer alarde de sus servicios y valentía, traían en su compañía unos cuantos indios comanches, que fueron presentados al señor Hidalgo, a quien se le conocía el placer que le causaba la presencia de aquellos hombres cuya prestancia elevada y enhiesta y membratura robusta causaban envidia y admiración, como que se habían criado y vivido en las intemperies y en la guerra. Traían sus cuerpos rayados de varios colores, vestían a su estilo, cubriéndose con cueros de cíbolo. Sus armas consistían en arco, flecha y una lanza. Cuando los vieron maniobrar a caballo, con sus plumeros en la cabeza, en una actitud bella e imponente, no se pudo menos que asombrarse de su agilidad; de suerte que los mejores campesinos de los nuestros no pueden rivalizar con aquellos hombres, para los cuales no hay bestia bruta que los intimide, haciendo uso de cuantas bestias mestañas se les presentaban. El señor Hidalgo, lleno de contento, y después de obsequiarlos con algunos regalos, mandó se buscaran intérpretes para poder dirigirse a ellos, según la idea que se había propuesto. Vinieron éstos, y por su medio les dijo que venía del interior, de hacer la guerra a los españoles para arrancar de sus manos un país que no les pertenecía y que con crueldades y tiranías lo habían poseído por mucho tiempo con grave perjuicio de los naturales, hijos de la nación; que sus antepasados los indios, sin advertirlo, habían obrado de un modo heroico, pues cuando ya no pudieron hacerles la guerra con alguna esperanza a los conquistadores, se decidieron a internarse a las montañas primero que sufrir la humillación y la esclavitud, y que ésta era la razón por que, sin saberlo ellos mismos, se hallaban como las demás tribus establecidas hacía tres siglos; que él venía defendiendo una causa que era la de ellos, pero que unos descabros que habían sufrido en el interior, haciendo la guerra a los gachupines, le obligaban a buscar su auxilio para volver a combatir por la misma causa. Este razonamiento, poco más o menos, hizo se les repitiera por los intérpretes, dando por resultado que los indios se alentaran;

con aquellas razones y ofrecieran reunir a sus guerreros y dirigirse a Béjar, que era el punto destinado para su cuartel general, porque allí le era más fácil reunir los recursos de armas y municiones que esperaba del Norte, y que tenía agenciadas con anticipación. Concluyó con todo esto la entrevista de los indios, prometiendo los capitanes ya mencionados reunir sus compañías y con ellas dirigirse a Coahuila o Béjar, según quedaba convenido. Se retiraron, y el señor Hidalgo se entregó a otros arreglos para preparar la marcha para Coahuila. Hasta allí todo iba bien, y había grandes esperanzas de formar en poco tiempo un grande ejército que hubiera asombrado a las tropas enemigas del interior. De suerte que si no hubiera sido por la infame trama que se urdió desde el Saltillo, por el interés de lo botín que proporcionaba nuestra prisión, hubiera vuelto el señor Hidalgo a hacer la guerra en el interior de un modo muy importante y casi seguro, pero la suerte o la mucha confianza lo dispuso de otra manera.

Cuatro días antes de emprender la marcha para Coahuila hubo un incidente muy notable y que es indispensable referir, y es como se sigue: se dio un orden para una revista general que debían pasar también las tropas de Rayón. Así se verificó, presentándose los señores Hidalgo y Allende a presenciirla. Después de que pasó la inspección minuciosa de armas y demás, habló el señor Hidalgo a las tropas del señor Rayón del modo siguiente: «Soldados de la Patria y compañeros de armas: no ignoráis nuestras desgracias en la batalla de Calderón: hemos perdido grandes recursos, adquiridos con tanto afán y constancia, y con todo no hemos perdido, en fin, sino un poco de tiempo que sabremos reparar. No nos ha vencido el enemigo, bien lo sabéis, sino ciertas circunstancias que aún no están a vuestro alcance. Esto es una desgracia que más adelante irá disminuyendo. Aunque nuestra causa es anta, para seguirla defendiendo necesitamos el auxilio de muchos buenos amigos que la aman tanto como nosotros. A éstos vengo buscando: tengo grandes esperanzas, y por eso me dirijo a Coahuila y Béjar. Es grande la distancia que

nos va a separar de nuestros deudo y amigos, pero no será por largo tiempo. Volveremos, sí, volveremos a combatir por nuestros derechos, por nuestra independencia y libertad. El que tenga voluntad en seguirme tendrá que conformarse con penalidades y fatigas. Después seréis recompensados con usura con una moneda que vale más que el oro, pues antes está buena acción de combatir por la patria, defendiéndola de tanta humillación y tiranía. Así pues, el que resuelva a acompañarme dé un paso al frente». Así fue que con la más grata satisfacción se vieron desprenderse de la formación cosa de cien hombres y dos oficiales, a quienes se mando formar un cuerpo y distinguió con el nombre de valientes, pasando a formar en la línea de la tropa que estaba destinada a la marcha. A esta tropa, que estaba también formada y que fue testigo de lo que queda dicho se le habló de otro modo, que más o menos fue de la manera siguiente: «Militares y buenos mexicanos: soy testigo de vuestro valor y experimentos. En la guerra que hemos hecho a nuestros opresores no nos han faltado desventuras y peligros. El desastre de Calderón nos ha arrojado a gran distancia del teatro de la guerra. Ya sé que ésta y sus consecuencias no os asustan, puesto que están tan distantes de los más caros objetos que abandonáis por seguir la bandera nacional pero como podrá haber algunos que tengan fuertes razones que les impidan pasar adelante, podrán demostrarlo dando un paso al frente, sin que este hecho se tenga por cobardía, pues quedaréis unidos a la tropa que debe permanecer en esta población». Después de este razonamiento siguió un rato de silencio. Nadie de aquella formación dio un paso al frente, y el silencio fue interrumpido por los vivas a Nuestra Señora de Guadalupe, al generalísimo, a la nación y su independencia. Siguiéron las dianas, y después se retiró la tropa. Este acontecimiento prueba la sagacidad del señor Hidalgo, que quiso poner en revista a dos tropas que representaban objetos diferentes, arrastrándolas a un compromiso de que sólo podía salirse intervinendo el honor.

Después de lo que quedó dicho, toda la atención se fijó en los preparativos para la marcha de aquella división, que debía seguir el camino de Coahuila. Se pidieron los informes necesarios del camino y las dificultades que para atravesarlo había que vencer. Estos se dieron diminutos, ocultándose maliciosamente las dificultades que presentaría su travesía. Como se contaba con la buena disposición de aquellos buenos soldados, se hizo poco caso de las dificultades que adelante podían presentarse; con todo, se preparó lo que pareció más necesario, como víveres, forraje y agua, que se dijo podían faltar en un viaje de seis a ocho días. Así pues, doce carretas de rastrojo, cuatro de maíz y cuatro hatajos de mulas cargadas con barriles de agua, que se sacaron de la hacienda de Santamaría, quedaron dispuestos para partir. Se emprendió, por fin, la marcha, y por más que hicieron no pudo ser sino ya tarde para darle el mejor arreglo. El camino se pudo sobrellevar por aquel día, sin embargo de su aridez, pues era un inmenso desierto sin montaña ni cosa que alentar la vista. El calor mortificante unido al polvo, se fue haciendo insoportable, todo lo cual ocasionaba algún desagrado. No se halló punto donde dar un respiro, ni un aguaje, ni nada absolutamente con qué refrigerarse; con todo, se hizo alto un rato para tomar algún alimento y dar un pequeño pienso a las mulas y caballos, y menear las cargas. Pasado esto se siguió adelante, habiéndose consumido alguna parte de los víveres que cada uno conducía para su persona. El camino era cada vez más ingrato; su aridez nos ocasionaba muchos malos ratos y algo desconsoladores. Ya muy venida la tarde llegamos al Presidio de Anheló. Este paraje, más horrible que la tierra que se había atravesado, no tenía más recurso que un torreón medio destruido y una pieza muy maltratada donde sólo cabían treinta personas. Había un pozo muy pequeño de agua salada y en tan poca cantidad, que era preciso esperar gran tiempo para recoger lo que bastaba a una persona; y como ya apuraba la sed, muchos soldados, que hicieron uso de ella, a poco se sintieron enfermos, y sentían una pesadez

molesta, que por fin paró en fríos. El sereno y el rocío son sumamente nocivos en aquella tierra, tan estéril, que no se encuentra leña ni cosa de que poder hacer fuego. Un zacate asperísimo y una hierba que se nombra gobernadora, es toda la producción de aquellos llanos inmensos, dando un aspecto triste y desconsolador. No obstante las circunstancias dichas, se dispuso algo; se ordeno que de las carretas se sacara forraje y maíz para pasar aquella primera noche; se mando apartar lo más grueso del rastrojo para hacer lumbre y poder asar y cocer la cecina que se llevaba; se dispuso que la caballada y mulas salieran a camppear para economizar un tanto el forraje, que se advertía poder faltar, según lo que consumía. Como la sed era lo que empezaba a hacerse sentir, hubo algún descuido en repartir el agua, y esta estaba ya destinada para más adelante a ser el principal enemigo que nos condujera tiranamente a nuestra desventura, descargando sobre aquella división un golpe infame y mortal. Se gastó pues, más de la mitad de la que se llevaba, sin quedar satisfecha la necesidad de la tropa, quedando mulas y caballos, así como toda la gente, a media ración. Estas privaciones no hacían aún, mucha mella en aquella gente resuelta, apareciendo siempre su buen humor y hasta las señoras y demás familiares conservaban en buen estado su firmeza y energía, teniendo en mucho pertenecer al partido de la libertad y conjurando a su modo a los que se habían declarado enemigos de la patria. Mucho valen en estos lances que poseyendo ideas liberales y heroicas, forman el mejor bálsamo que suavizan las heridas que se reciben en la adversidad. Las familias alojadas debajo de los coches, proporcionaban, al visitarlas algunos buenos ratos con sus chistes y bromas y no menos con su habilidad de cantar y tocar. En esto se pasó la noche en alguna parte y el resto en el descanso. Amaneció, y todos pensaban en prepararse para la marcha. Empezó el movimiento comenzando por preparar el alimento. Concluido éste se siguió un gran rato de angustia y era que tardaban en llegar las cabalgaduras y mulas que habían salido a pastear. Vinieron al fin,

pero faltaban cerca de cuarenta que no se pudieron hallar, pretextando que algunos indios las habían robado. Este hecho, aunque causó algún disgusto por la falta que hacían los animales, no por esto sospechamos fuera efecto de la trama que se nos venía urdiendo desde el Saltillo, y mucho menos cuando sé sabía de un incidente muy importante que había tenido lugar unos distantes. Es el caso que luego que el señor Hidalgo llegó al Saltillo fue informado por el señor Rayón de los progresos que iba haciendo por aquellas provincias internas la causa de la independencia, que aunque no era muy general todavía, era de esperar que lo fuera, por la buena disposición que manifestaban algunos comandantes y, principalmente el que fungía en Coahuila, que no era otro que el coronel Elizondo. Como este punto era de sumo interés para aquella división el señor Hidalgo se dirigió luego a este jefe por medio de una comunicación en que le pintó la situación en que se hallaban por los descabros sufridos en la guerra del interior, por cuyas consecuencias tenía precisión de tocar con su división por aquel lugar, y que por entonces deseaba saber cómo sería recibido y si podía contar con los recursos que pudiera necesitar. La respuesta llegó dos días antes que saliera la tropa del Saltillo. ¡Qué elocuente es la perfidia cuando en un fin cualquiera tiene algún interés!

La maldecida respuesta llenaba todas las exigencias y nos colmaba de esperanzas, asegurándonos que verían con mucho placer nuestra llegada. Esto hasta cierto punto era la verdad, pues que nuestra llegada llenaba su ambición; Oh, candor mexicano! ¿Quién te hubiera quitado en aquel lance una parte de tu credulidad y confianza, que ha sido la causa principal de tus desventuras? La parte pequeña de buenos mexicanos, los habían dado tantas pruebas de valor y de firmeza, que hacían burla de todos los reveses y que llevaban con buen humor todas las penalidades de una guerra tan desigual, estaba decretado por la naturaleza de las cosas y por tanta confianza que terminara su carrera de un modo tan vil y humillante como adelante se dirá. El alma más

fría e indolente se conmoverá exaltada por tamaña felonía.

¡Quién sabe lo que hubiera sucedido si se hubiera advertido algo de la perfidia! Hidalgo y Allende, a la cabeza de aquella pequeña división, de seguro hubieran espantado a las provincias internas y se hubiera evitado tanta sangre derramada después sin gracia y sin fruto, porque la existencia de aquellos héroes hubiera dado orden a la revolución y muy distintos resultados. Las provincias, indiferentes entonces a la causa de la patria, habrían cedido pronto a la influencia del señor Hidalgo, bien que, haciendo la debida justicia, la operación provenía de los que mandaban y no de los que obedecían; y esto es tan cierto como que después hemos visto que aquellos que en aquella época parecieron mostrarse hostiles a la santa causa de la libertad han dado muchos ejemplos de valor y patriotismo a favor de ella, y sin duda el dedo de Dios los tiene señalados para formar el ante mural donde se estrellen todas las aspiraciones bastardas. Este es el milagro que produce la razón; y una vez hecha la convicción hay que esperar prodigios. Dejaremos esta ideas que han interrumpido el hilo de la narración. Por esperar el resultado de los que habían quedado buscando las mulas perdidas, se hizo movimiento y se marchó bastante tarde. El camino se empezó a presentar con más severidad y más fatigoso, porque la falta de agua para hombres y animales daban necesidad de un modo más lento y con algún intervalo de descanso. Esto dio lugar a llegar con mil trabajos y ya oscuro al Presidio de Mesilla. Este paraje, tan ruin y escaso como el anterior nos hizo sufrir dobles trabajos. El poco forraje y agua que quedaba concluiría aquella noche, y estábamos aún a mucha distancia de Coahuila y sin esperanza de poder encontrar un punto intermedio donde poder encontrar un punto intermedio donde poder reparar lo que tanta falta hacía. Estas consideraciones y otros motivos tan desagradables que iban acumulándose nos dieron una noche penosa que casi se pasó en vela, pues se dijo que algunas partidas de indios andaban

muy inmediatas con el fin de robarse la caballada. Por esta razón se dejó que en la mañana durmiera la tropa, para que se repusiera de tanta fatiga, así que hasta cerca del medio día se hubo de seguir caminando, ya no con el fin de encontrar un punto cómodo para alojarse, que bien sé sabía que no lo había, sino para hacer más corta la jornada del día siguiente, en el cual llegaríamos a la malhadada noria de Baján, y donde se encontraría agua suficiente, con esta esperanza y la de que podíamos alcanzar hasta la población de Coahuila, se hizo alto ya vencida la tarde en un punto que parecía mejor en aquella inmensa llanada, frente a una pequeña altura con el nombre de Espinazo del Diablo. Se estableció el campo como se pudo pero ya se advertía cierto disgusto y malestar como por sentimiento de nuestra cercana desgracia.

Se pasó la noche como quiera, deseando con ansia el día. Los soldados, arrieros, cocheros y demás se manejaron aquella mañana más diligentes en disponerse para la marcha. Esta se emprendió al fin, pero de un modo muy lento porque las gentes y las bestias no podían hacerlo ya de otro modo, y esto haciendo alta a cada momento para reunir la tropa dispersa por el cansancio y la fatiga. En esta situación se supo que ya estábamos cerca de Baján. Esta noticia reanimó un poco a aquella gente, y entonces los señores Hidalgo y Allende, con cosa de seis hombres, se adelantaron con objeto de disponer que en la noria hubiera agua prevenida para la llegada de la tropa. Parecía que las mismas víctimas ayudaran en gran manera a la sabia y admirable combinación que para nuestra aprehensión habían estudiado nuestros verdugos, que les salía tan bien, que se adelantó a sus esperanzas. Faltaría cosa de legua y media para llegar a Baján cuando advertimos a la izquierda de nuestro camino y a poca distancia dos partidas de caballería, distante gran trecho una de otra, cuyo número no pasaría de veinte hombres cada una, formadas y batiendo marcha. Luego entendimos que aquellos serian honores que hacían al señor Hidalgo, suponiendo que iba en los co-

ches que marchaban por delante. Nada de este aparato nos hizo impresión, ni mucho menos ninguna sospecha. Advertimos, sí, que una de las partidas se acercaba a los diez carruajes, y entre ellos parecía tomar empeño en rodear como escolta a uno solo. Con esto nos reíamos del equívoco, porque sabíamos que el señor Hidalgo iba adelante. Paramos un corto rato y se observó que los coches violentaban el paso, y como una milla, poco más o menos, de distancia, se advirtió una descarga muy inmediata a los carruajes, y todavía se entendió era el honor de los generales que en ellos caminaban. Lo que esto significaba era lo siguiente: el acercarse los veinte soldados a un carruaje no era otra cosa que intimar rendición a los que iban dentro, mandándolos bajar a tierra. Esto sucedió con el general Arias y el hijo de Allende, don Indalecio, que iban juntos. Este joven, tan resuelto y valiente, no pudo sufrir semejante intimación. Por de pronto creyó ser una chanza, como algunas veces había sucedido, más luego que salió de su error tomó una pistola y desde dentro dirigió un tiro al soldado que más se acercaba, en consecuencia de lo cual los veinte soldados dirigieron sus tiros a la caja del coche, dando por resultado la muerte de Indalecio y el romper una pierna al general Arias, que al fin murió en la noche.

He aquí un horrendo asesinato en que tanto se dio a conocer el gran valor y alma negra de los soldados de Elizondo, y que más adelante demostraron en sumo grado.

Antes que el lance dicho, ya había tenido lugar el mayor de los crímenes, ejecutando de la manera siguiente: al concluir aquella inmensa llanada, que estaba cortada por un arroyo bastante profundo, en su conclusión o fondo estaba situada la siempre maldita noria de Baján. El bajar a ella se verificó muy despacio y con alguna dificultad, sin haber otro camino, por lo que es preciso atravesar el barranco. Al acercarse los señores Hidalgo y Allende a este punto se vio una formación de tropa de caballería de cosa de doscientos hombres en el fondo de la barranca y al empezar a descender estos señores empezó también dicha tropa a

tocar marcha, como a hacer que recibían a los generales, quienes seguían bajando sin la menor desconfianza. Llegaron al fondo, y luego que estuvieron pie a tierra, salió Elizondo para cumplimientos, intimándoles luego se dieran presos en nombre del rey, rodeándolos la tropa y asegurándolos inmediatamente con esposas y grillos que tenían preparados. En este infame estado los obligaron a sentarse en el brocal de la noria. Esta está situada a cosa de cuatrocientas varas distante de la bajada del camino, de suerte que se ve perfectamente la gente que baja. El objeto de la infame medida de hacerlos sentar en el brocal no era otro que hacerles pasar el doble martirio de que la gente dispersa que iba descendiendo viera a sus generales aprisionados y causarles así grande angustia. Como la bajada es inclinada, los carruajes se detenían, y esta moratoria no convenía a los ofensores, que obligaron a ver no sólo al pueblo bajo y las mujeres, sino aun a las gentes de distinta educación. En este cruel estado se llevó a los prisioneros a la plaza, en donde estuvieron dando espectáculo cosa de una hora, mientras se arreglaban las prisiones que debían ocupar tan grandes criminales. En todo este tiempo se tuvo que pasar por multitud de chanzas groseras e insultantes. No los contenía el estado miserable a que habían sido reducidos, pues despojados de todas sus vestiduras quedaron por fin en cueros. Ocuparon, pues, sus prisiones, y como a los ocho días, sea porque temían que el Señor Rayón, que había quedado en el Saltillo con su división de ocho mil hombres, hiciera movimiento sobre Coahuila para castigar tamaño atentado, sea que no sabían qué hacer para castigar a tan gran preso, determinaron aquellos sicarios remitir a los principales, generales Hidalgo, Allende, Aldama, Jiménez y otros varios, bien custodiados y engrillados, para chihuahua, donde estaba prevenido el tribunal sanguinario que los había de juzgar. Así fue que, después de recibidos los reos, siguieron las formalidades de su causa, luego las ceremonias de degradación y todos los aparatos que eran precisos para que después de todo ello se entregaran las vícti-

mas a las manos que las habían de sacrificar. Esto, al fin, sucedió, sacándolo a ser fusilados por la espalda como traidores al rey, mandando enseguida se les cortaran las cabezas que fueran puestas en las cuatro esquinas de Granaditas. Así se verificó, estando a la expectativa pública en unas jaulas de hierro y por espacio de algunos años. Después de estos hechos horribles se siguió una guerra encarnizada a la memoria de Hidalgo y sus ideas. Se hizo correr una retractación ominosa. ¡Invención extraña y ridícula! Porque ni el mismo Hidalgo tenía ya poder para recoger las semillas que había sembrado y regado con su sangre y las de sus dignos compañeros, y más tarde o más temprano habían de fructificar. Se prohibió hablar de Hidalgo en ningún sitio, pues esto era un gran delito que se castigaba con rigor. Esta es la razón porque no se encuentra en todo el país un retrato que siquiera se le parezca, pues que la prohibición duró cerca de diez años. Se siguió un espionaje tremendo. Nadie estaba seguro de hablar dentro de su casa. Los espías estaban por todas partes. En la noche, las puertas no estaban solas, y no faltaba un oído atento en los agujeros de las llaves o rendijas de una ventana. La policía estaba en manos de los frailes, por lo que se veían patrullas a todas horas por las calles, mandadas por un capitán fraile, que con espada en mano ostentaba en parte charreteras sobre el hábito. Este servicio lo daban los conventos según sus turnos, y hubo quien mandara una expedición por la confianza que inspiraba por su rigor, y no era más que de San Francisco. Bajó por fin al sepulcro el señor Hidalgo con el grave peso de sus enemigos: los unos descubiertos; los otros, un poco inclinados a la causa que defendía, dudaban que hubiera hombre tan arrojado que emprendiera obra tan colosal; menos comprendían que México produjera un genio de talento y atrevido, cuando tales hechos son de un derecho exclusivo de los pueblos Allende los mares, donde sólo se producen los héroes y los santos.

Dejaremos al señor Hidalgo descansar en la fosa ensangrentada a donde fue conducido por los desalmados fariseos, para

dirigir una mirada a la suerte que corrían sus compañeros que quedaron presos en Coahuila. Se mandaron a encerrar en el hospital. Este edificio tiene unas piezas tan cortas y estrechas, que apenas podían recibir a veintinueve hombres; no obstante, se hizo que entraran ciento en cada pieza. Se deja entender como se acomodaría aquellos desgraciados, allí sirvió de algo el estar en cueros, para poder así poder sobrellevar el terrible bochorno que ocasionaba aquella reunión y que más tarde les había de ocasionar fuertes enfermedades. Es de advertir que estos prisioneros no habían tomado alimentos sino el día anterior, antes de ser presos, y así sufrieron hasta la tarde del siguiente, en el que se les presentó un perol con trozos de carne no muy bien cosida, mezclada con maíz y unas bolas o gordas también de maíz y demasiado ásperas. Los que llevaron el rancho, que no era gente muy comedia y humana, no teniendo los presos en que recibir su porción, se las echaban en el suelo según estaban sentados, y a otros que estaban agrupados en el medio de ellos, se les surtía en unión según su número. Para las naturales necesidades se observaban grandes precauciones; salían de a dos y sólo diez parejas. Cuando se usó la caridad se introducía un barril de agua, que no siendo suficiente, con todo no era reemplazado hasta el otro día. La luz, de noche, era bien escasa, y a las tres horas se quedaban a oscuras; quedaban encerrados y sin más recursos que una ventana enrejada que permitía algún fresco y una pequeña claridad. Rodeados de centinelas y de aparatos de terror, y sin saber la suerte que les esperaba, era con todo esto una existencia llena de sobresalto y un continuo martirio, y más cuando se sabía que de las otras piezas de prisión se había mandado sacar en la noche algunos presos que no habían vuelto. Esta penosa situación duró cosa de veinte días, al cabo de los cuales se determinó sacarlos, por la limpieza de la prisión, para que se ventilara, porque ya se empezaba a sentir alguna enfermedad, que más tarde se fue aumentando. Por esto o por otra razón, los sacaron a la obra pública, en donde era duro el trabajo y, como

siempre, escaso el alimento. Seguía entre tanto la disentería, que había ocasionado ya algunas muertes. Rodeados tantos infelices de tan tremendos infortunios, se consolaban con la idea de ser rescatados por el señor Rayón, que había quedado en el Saltillo. Fue pasando el tiempo y les pasó también la ilusión, porque supo que el referido señor Rayón había hecho movimiento con su división para Zacatecas, lo que daba a entender que seguía la guerra contra el enemigo del interior. En aquella gran distancia, los infelices presos se alentaban con conjeturas: se hacían cuentas alegres, terminando siempre con la esperanza de un redentor. Algunas veces se hacían recuerdos del licenciado Aldama, que, como se dijo antes, había partido para Béjar con anticipación, con una comisión de importancia, y nos parecía posible que al saber nuestra desgracia estuviera en disposición de hacer algo en nuestro favor. Con éstas y otras observaciones se soportaba con paciencia aquella dura y adversa suerte. Pasados algunos días supimos con gran sorpresa que el señor Aldama y el coronel D. Luis Méreles, que lo acompañaba, habían sido presos en Béjar y que venía a Coahuila para ser juzgados. Así se verificó a muy pocos días, siendo este acontecimiento para aquellos prisioneros el que los hacía perder toda esperanza de salvación, quedándoles sólo el recuso de resignarse a arrastrar una existencia llena de zozobra, trabajos y amarguras. Se puso por obra la causa del señor Aldama y compañero; y como aquellos verdugos habían adoptado el sistema del terror, se había procurado hacer lo más público posible estos actos. La causa siguió sus pasos por pura formalidad, pues aquellos hombres sanguinarios de antemano tenían resuelto sacrificarlos. Se dio la sentencia de muerte, se designó el día, la hora y el lugar de la ejecución. Este fue una plazuela que esta al costado del hospital que servía de prisión a los insurgentes. Unas ventanas de este edificio dan a la plazuela. El día de la ejecución no salió la prisión a trabajar; antes se mandó que los presos salieran a la reja a presenciar la ejecución, y después de ella se sacaron algunos presos para le-

vantar los cadáveres y sepultarlos. Este hecho tan bárbaro y horroroso no hay nombre que darle que lo signifique debidamente. A los prisioneros, poseídos de una grande congoja, no les era dado ni lamentarse ni llorar, pues tal demostración hubiera ocasionado su total exterminio, así que en el público tenían que observar un exterior indiferente y reservar su dolor y lágrimas para darle algún desahogo en la noche, que se pasaba en la prisión, donde eran bastante vigilados y maltratados a cada paso por un cabo, que a más, no era escaso en dicterios y burlas a la causa de la libertad y a los héroes que acababan de morir por defenderla. Este duro tratamiento pudo ocasionar más de una vez un movimiento desesperado, que hubiera dado funestas consecuencias, que al fin serían estériles, porque sin un apoyo cualquiera, aislados a una terrible distancia de los que podían ayudarlos, en tierras desconocidas, con unos desiertos incapaces de atravesar por algunos de los prisioneros, cualquiera impulso atrevido era demasiado aventurado, por la sencilla razón de no conocer absolutamente el terreno de un país tan declaradamente enemigo. Estas consideraciones hicieron retraer de tal pensamiento a algunos hombres que entre los presos había capaces de mucho y que por milagro habían pasado inadvertidos y guardado su incógnito, para lo cual necesitaban de mucha astucia, tanto en su trato como en sus modales y maneras, adoptando en un todo la más grosera vulgaridad. Cuando se iban acomodando a aquel género de vida, cuando a virtud de la costumbre era más llevadero del trabajo diario, cuando se iban ganando algunas simpatías con el pueblo, éste, o por caridad o por el carácter dulce y amable del mexicano, se inclinaba a favorecerlos, pues se veía que a la hora del rancho de los presos se acercaban algunas mujeres del pueblo con canastitas, ya con carne salada, ya con gordas y algunas otras cosas, como pinole y otras dádivas, que como se consideraban de un modo espontáneo y de tan buena voluntad se apreciaban estas dádivas en todo su valor; por fin se iba ganando terreno y aprecio en el pueblo bajo. Algu-

nas veces se notaba que estos obsequios se dirigían a presos determinados y que éstos, al recibirlos, los repartían entre sus compañeros de infortunio; otras ocasiones se dirigían a todos en común. Estos pequeños obsequios y a compasión que se advertía a favor de los insurgentes fue haciendo cambiar insensiblemente su situación. Como entre los presos había individuos de fina educación y que poseían la habilidad de tocar la vihuela y cantar bien, algunas veces se conseguía por el oficial de la guardia un instrumento. El oficial y la guardia se enajenaban con la música, el canto y algún jueguito de baile, como el jarabe, que siendo tan alegre, les agradaba sobremanera, y del canto, las boleras, y de tal modo, que se llegó a advertir que señoras disfrazadas iban a disfrutar unos ratos que eran extraños en su país. Por último, con estas niñerías se habían logrado dulcificar el carácter austero de aquellos soldados o guardianes; y sucedió que el músico no salía al trabajo por dar lecciones al oficial de la guardia y otros que se reunían, y otros que furtivamente se sacaban al músico y a su compañero para una casa principal. ¡Válgame Dios! Algunos hombres de interés que había entre los presos, así que advirtieron las ventajas que de aquellos hombres podían sacarse en estos medios a favor de la idea liberal, ¡qué cálculos, qué medidas imaginaban! Utopías, tal vez, pero utopías consoladoras. Conformes ya los prisionero con aquella clase de vida, que por mala que fuera era preferible a expirar en un patíbulo, se resignaron a ella, con la esperanza siempre de minar insensiblemente a aquellos corazones de roca o de que el pueblo, que se mostraba cada día más compasivo, llegara por su medio y empeños a conseguir la libertad de algunos. Esta esperanza se robustecía cuando se sabían que algunos habían salido, bajo fianza, para poder ejercer sus profesiones de plateros, sastres, zapateros. Hay que hacer especial mención de Anselmo Mercado, avecindado desde muy tierna edad en el pueblo de Dolores y bajo la protección de una señora respetable del mismo lugar. Este joven, muy entusiasta para la libertad, se resolvió a seguir al

ejército independiente en al campaña y a participar de sus penalidades. Era de ver a Mercado, con su exterior raquítico y enfermizo, vestido de beato de San Francisco, montado a caballo provisto de todas armas, deseoso de combatir a cada paso y derramando bravatas que daban de reír a sus amigos. Pasó el tiempo, y más adelante se le observaron hechos de mucho arrojo, que hicieron cambiar el concepto que de él se tenía, haciéndose por esto digno de muchas consideraciones. «Muy servicial y de muy buenas maneras, muy pronto se hizo de muchos amigos, que lo veían con aprecio. Este hombre, que siguió con constancia la bandera nacional, fue hecho prisionero, mas a los tres o cuatro días de preso, los soldados de la guardia a quienes se le hizo extraña aquella figura que aún conservaba señales ambiguas de tercero, entre varas chanzas pasadas le preguntaron por su oficio. Él, con mucho aplomo, respondió que era relojero. Esta voz, que pronto corría, fue el principio de su libertad, que se le concedió sin dificultad por una razón muy natural. En el despojo que se hizo a los prisioneros habían caído porción de relojes de mérito y otros de diverso valor, que fueron descompuestos muy luego, porque los nuevos dueños, inexpertos en su manejo, los maltrataron bastante; así es que el nuevo relojero, que apenas sabía medio limpiarlos, se vio luego solicitado para la composición de máquinas que él no conocía y que recibía temblando, suponiéndose que una vez conocida su ignorancia podía perder su libertad. Dios le ayudó y salió bien, y también contaba la ignorancia de los nuevos caballeros. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que sacaba utilidad, y cuanto podía reunir lo gastaba en socorrer de varios modos a sus enfermedades. ¡Quién había de creer que un hombre tan extraño en su físico y de un exterior tan poco recomendable abrigara una alma tan buena y generosa! No desmintieron sus buenas intenciones mientras los prisioneros se hallaron a su alcance. Con éstas y otras ocurrencias se iba haciendo la vida aquellos desgraciados un poco llevadera. La fatalidad, que no abandona a sus víctimas, les preparaba un rudo

golpe, fraguado tal vez por los mandarines ingratos que deseaban desembarazarse del gasto que les ocasionaba el miserable y despreciable rancho que se les daba, o por temor de la consideración y lástima con que los veía una parte del pueblo, o por su número, que apenas era ya de cerca de doscientos, porque había estado sacando paulatinamente sin saberse su paradero, o, en fin, por otras razones. Un día se ordenó que no saliera la prisión, y se hizo notable ver alguna gente de campo montada, que parecía no eran soldados. Era que aquel gobierno había solicitado a los hacendados para que vinieran a recibir el número de presos que necesitaran para los trabajos del campo, haciéndose responsables de sus personas y de volverlos cuando el gobierno los pidiera, si otra obligación que darles de comer. Así fue que los dueños o administradores entraron al patio de la prisión a separar la parte de prisioneros que les tocaba, para entregarlos a los hombres que los habían de conducir a la hacienda. Este acto tan infame de separar aquellos hombres como se ha hecho con los esclavos, siendo amigos, parientes, paisanos y compañeros por tanto tiempo de infortunio, no pudieron contener las lágrimas de aquellos grupos, que al despedirse se abrazaban y se decían un adiós lleno de ternura y para siempre. Fue esto tan patético, que hasta los mismos custodios participaron del sentimiento. Entonces se vio que algunas hombres y mujeres del pueblo se acercaron a los prisioneros para darles algunos auxilios de comer para el camino. Después de esto se apareció Mercado bastante enternecido, dando a cada preso dos reales, diciendo que unos señores participadores enviaban aquel socorro, y repartiendo Mercado cuando tenía, ofreció que luego que supiera el punto a donde iban destinados iría a buscarlos. Después de estos empezaron a salir los presos a sus destinos: unos fueron a la hacienda de Encinillas y otros a diversos puntos, quedando, en fin, todos dispersos. Se les dio descanso dos días, y al tercero salieron al campo a trabajar. El trabajo se redujo por entonces a formar corrales falsos para coger mesteños. Para esto

era necesario cortar árboles grandes o ramas, llevarlas a gran distancia cargadas hasta el lugar donde se debía formar la manga, como allí se dice. Siguieron después otras ocupaciones no menos molestas, que dieron por resultado la muerte de muchos, de suerte que al cabo de un año ya no quedaban más de tres o cuatro, y de éstos uno fue a dar a Béjar por motivos siempre pérfidos, impulsado por la mala fe que era en aquella época tan común.

Concluyó aquí la primera época de la revolución iniciada en Dolores la noche del 15 de septiembre de 1810. Dejó de existir Hidalgo sin que los mexicanos llegaran a comprender el tamaño de su pérdida. Pasó inadvertido un hecho de un arrojo sin ejemplo, y ni uno que se le parezca se ve en la Historia, donde han lucido héroes haciendo gran ruido con menos motivo y muy menos sanas intenciones como las que adornaban a nuestro héroe mexicano. Hombre de genio y gran talento, tal vez el único que existiera en aquella época con conocimientos tan superiores, tenía su cabeza llena de ideas sublimes, encaminadas siempre a proporcionar a su patria bienes positivos. Su delirio era la educación del pueblo; decía que por mucho que hicieran los gobernantes sería nada sino tomaban por cimiento la buena educación del pueblo, que ésta era la verdadera moralidad, riqueza y poder de las naciones; que por estas circunstancias o por malicia o por ignorancia la habían ocultado hasta allí, con tan grave perjuicio de la multitud, que siendo del todo de una nación, la habían reducido a la nada, dejándola abandonada a merced de una vergonzosa ignorancia que los ponía en una despreciable condición.

Quería que toda industria fuera protegida por sociedades, que, a más de proveerla de un fondo suficiente, cada socio tomaría una o más acciones; pero muy particularmente, los oficiales o trabajadores cooperarían con el valor de su trabajo, dándoseles a buena cuenta una anticipación que los hiciera subsistir ínterin se dividía la utilidad en la que todos, a proporción, habían de tener su parte. Era, en fin, opuesto a la tiranía del

capital. Decía también que todo extranjero, al establecerse en el país, había de pertenecer a una sociedad de industria, bien por medio de acciones o por medio de sus conocimientos o trabajo, sin cuya circunstancia no podrían subsistir en el país. En suma, deseada que todos fueran útiles a todos. Teorías eran éstas que habrían tenido sus modificaciones en la práctica, pero en el fondo abundaba la buena intención, cuya mira era el bien general, pues hasta nuestros hombres acomodados en todo el país mexicano habían de pertenecer a las sociedades industriales o comerciales, pues que era opuesto a la molición de nuestros poderosos. Alguna que otra vez se le oía decir uno de aquellos aforismos de Hipócrates: «Quien ha conocido el mal, ha hecho la mitad de la cura».

El gobierno del virrey no estaba en tanto ocioso, aprestando, para combatir la revolución, sus soldados y sus recursos. Uno de los medios de que se valió para su objeto fue emplear las armas de la iglesia que debían producir grande impresión en el ánimo de la gente sencilla, fuertemente impresionada por el principio religiosos. El obispo electo de Michoacán, Abad y Queipo, publicó un edicto en 24 de septiembre declarando a Hidalgo, Allende, Aldama y a Abasolo por excomulgados, dando a sus ovejas, por garantía de sus palabras, su celo y su carácter, por lo cual le debían creer. «En este concepto – dice el edicto –, mando de la autoridad que ejerzo como el obispo electo y gobernador de esta mitra, declaró: que el referido D. Miguel Hidalgo, cura de Dolores, y sus secuaces, los tres citados capitanes, son perturbadores del orden público, seductores del pueblo, sacrílegos, perjuros, y que han incurrido en la excomunión mayor del canon *Siquis suadente diabolo*, por haber atentado a la persona y libertad del sacristán de Dolores, del cura de Chamacuero y de varios religiosos del Convento del Carmen, de Celaya, aprisionándolos y poniéndolos arrestados. Los declaro excomulgados vitandos, prohibiendo como prohibo el que ninguno les de socorro a nadie y favor, bajo pena de excomunión mayor *ipso facto*

incurriendo, sirviendo de monición este edicto en que desde ahora para entonces declaro incursos a los contraventores. Asimismo exhorto y requiero a la porción del pueblo que trae seducido con títulos de soldados y compañeros de armas, que se restituyan a sus hogares y lo desamparen dentro del tercero día siguiente inmediato en que tuvieran noticia de este edicto, bajo la misma pena de excomunión mayor en que desde ahora para entonces los declaro incursos, y a todos los que voluntariamente se alistaren en sus banderas o de cualquier modo le dieran favor y auxilio.- Item: declaro que el dicho Hidalgo y sus secuaces son unos seductores del pueblo y calumniadores de los europeos».⁹

Se disputó sobre la validez de ese edicto, pues Abad y Queipo no estaba consagrado, y para zanjar la cuestión, el arzobispo Lizana publicó como suyo el 11 de octubre, en que decía: «Habiendo llegado a nuestra noticia que varias personas de esta ciudad de México y otras poblaciones del arzobispado disputan, y por ignorancia o por malicia han llegado a afirmar no ser válido ni dimanar de autoridad legítima la declaración de haber incurrido en excomunión las personas respectivamente nombradas e indicadas en el edicto, que con fecha 24 de septiembre expidió y mandó publicar el Ilmo. Sr. D. Manuel Abad y Queipo, canónigo penitenciario de la Santa Iglesia de Valladolid, obispo electo y gobernador de aquel obispado, siendo como son estas conversaciones y disputas sumamente perjudiciales a la quietud de las conciencias y del público por cualquiera parte que se miran, hemos tenido por necesario expedir el presente edicto, por el cual hacemos saber que dicha declaración está hecha por superior legítimo, con entero arreglo a derecho, y que todos los fieles cristianos están obligados en conciencia, pena de pecado mortal y de quedar excomulgados, a la observancia de lo que la misma declaración previene, la cual hacemos también nos por lo

⁹ Léase, en el apéndice, el documento número 1.

respectivo al territorio de nuestra jurisdicción. Así 1111111 mismo, y para cortar de raíz semejantes conversaciones que no pueden dejar de ser semilla fecunda de discordias, mandamos por el presente edicto, pena de excomunión mayor *ipso facto incurriendo*, que no se dispute sobre la mencionada declaración de excomunión hecha y publicada por el Ilmo. Sr. Obispo electo y gobernador del obispado de Valladolid, previniendo que sirva este edicto de munición, y que a más de proceder contra los contraventores, daremos cuenta donde corresponda». ¹⁰ Otros varios documentos se publicaron de esta clase, y como era de esperarse, la Inquisición también publicó un edicto, en 11 de octubre, resumiendo los cargos contra los insurgentes, y sobre todo contra su jefe. «Nos, los inquisidores apostólicos, a vos, el Dr. D. Miguel Hidalgo y Costilla, cura de la congregación de los Dolores, en el obispado de Michoacán, titulado capitán general de los insurgentes: sabed que ante nos pareció el señor inquisidor fiscal de este Santo Oficio e hizo presentación en forma de un proceso que tuvo principio en el año de 1800, y fue continuado a su instancia hasta el de 1809, del que resulta probado contra vos el delito de herejía y apostasía de nuestra santa fe católica, y que sois un hombre sedicioso, cismático y hereje formal, por las doce proposiciones que habéis proferido y procurando enseñar a otros, y han sido la regla constante de vuestra conversación y conducta, y son en compendio las siguientes: Negáis que Dios castiga en este mundo con penas temporales; ¹¹ la au-

¹⁰ El propio arzobispo de México, Francisco Javier de Lizana y Beaumont, había publicado también, el 24 de septiembre de 1810, una exhortación contra Hidalgo. Léase en el apéndice el documento número 2.

¹¹ Hidalgo, durante la pascua de Resurrección del año 1800, con el deseo de probar los conocimientos de su antagonista el padre Estada, en una discusión amistosa traduciendo la *Historia*, de Fleury, leyó que «Dios, no castiga en este mundo con penas temporales». A esto se refiere la acusación de los inquisidores de la Nueva España.

tenticidad de los lugares sagrados de que consta esta verdad; habéis hablado con desprecio de los papas y del gobierno de la iglesia, como manejado por hombres ignorantes, de los cuales uno que acaso estaría en los infiernos estaba canonizado. Aseguráis que ningún judío que piense con juicio se puede convertir, pues no consta la venida del Mesías, y negáis la perpetua virginidad de María; adoptáis la doctrina de Lutero en orden a la Divina Eucaristía y confesión auricular, negando la autenticidad de la Epístola de San Pablo a los de Corinto y asegurando que la doctrina del Evangelio de este Sacramento está mal entendida en cuanto a que creemos la existencia de Jesucristo en el... (siguen cargos que ofenden al pudor, tan sucios que dan asco), asegurando que no hay infierno ni Jesucristo, y, finalmente, sois tan soberbio que decís que no os han graduado de doctor en esta Universidad por ser su claustro una cuadrilla de ignorantes. Y digo que habiendo llegado a percibir que estábais denunciado al Santo Oficio, os ocultásteis con el velo de la vil hipocresía, de tal modo, que se aseguró en informe que se tuvo por verídico que estabais tan correguido, que habiais llegado al estado de un verdadero escrupuloso, con los que habiais conseguido suspender nuestro celo, sofocar los clamores de la justicia y que diésemos una tregua prudente a la observación de vuestra conducta; pero que vuestra impiedad, represada por temor, había prorrum-pido como un torrente de iniquidad en estos calamitosos días, poniéndoos al frente de una multitud de infelices que habéis seducido, y declarando guerra a Dios, a su santa religión y a la patria. Con una contradicción tan monstruosa y predicando, según aseguran los papeles públicos, errores groseros contra la fe, alarmáis a los pueblos para la sedición con el grito de la santa religión, con el nombre y devoción de María Santísima de Guadalupe y con el de Fernando VII, nuestro deseado y jurado rey; lo que alego en prueba de vuestra apostasía de la fe católica y pertinacia en el error; y, últimamente nos pidió que os citásemos por edicto y bajo la pena de excomunión mayor, os mandá-

semos que comparecieseis en nuestra audiencia en el término de treinta días perentorios, que se os señala por término desde la fijación de nuestro edicto, pues de otro modo no es posible hacer la citación personal. Y que se lea este dicho edicto en todo el reino para que todos los fieles y católicos habitantes, sepan que los promotores de la sedición e independencia tienen por corifeo a un apóstata de la religión, a quien, igualmente que al trono de Fernando VII, ha declarado la guerra. Y que, en el caso de no comparecer, se os siga la causa en rebeldía hasta la relajación en estatua. Y nos, visto su pedimento ser justo y conforme a derecho, y la información que contra vos se ha hecho, así del dicho delito de herejía y apostasía, de que estáis testificado, y de la vil hipocresía con que eludisteis nuestro celo y os habéis burlado de la misericordia del Santo Oficio, como de la imposibilidad de citaros personalmente, por estar resguardado y defendido del ejército de insurgentes que habéis levantado contra la religión y la patria, mandamos dar damos esta nuestra carta de citación y llamamiento, por la cual os citamos y llamamos para que desde el día que fuese introducida en los pueblos que habéis sublevado, hasta los treinta siguientes, leída y publicada en la santa iglesia catedral de esta ciudad, parroquias y conventos, y en la de Valladolid y pueblos fieles de aquella diócesis, comarcanos con los de vuestra residencia, parezcáis personalmente ante nos en la sala de nuestra audiencia, a estar a derecho con dicho señor inquisidor fiscal, y os oiremos y guardemos justicia; de otra manera, pasado el sobredicho término, oiremos al señor fiscal y procederemos en la causa sin más citaros ni llamaros, y se entenderán las siguientes providencias con los estrados de ella hasta la sentencia definitiva, pronunciación y ejecución de ella, inclusive, y os pasará tanto perjuicio como si en vuestra persona se notificara. Y mandamos que esta nuestra carta se fije en todas las iglesias de nuestro distrito y que ninguna persona la quite, rasque ni cancele, bajo la pena de excomunión mayor y de 900 pesos, aplicados para gastos del Santo Oficio, y de las demás

que imponen el derecho canónico y bulas apostólicas contra los fautores de herejes; y declaramos incursos en el crimen de fautoría y en las sobredichas penas a todas las personas, sin excepción, que aprueben vuestra sedición y reciban vuestras proclamas, mantengan vuestro trato y correspondencia epistolar y os presten cualquier género de vida y favor, y a los que no denuncien y no obliguen a denunciar a los que favorezcan vuestras ideas revolucionarias, y de cualquiera modo las promuevan y propaguen, pues todas se dirigen a derrocar el trono y el altar, de lo que no deja duda la errada creencia de que estáis denunciado y la triste experiencia de vuestros crueles procedimientos, muy iguales, así como la doctrina, a los del pérfido Lutero en una *Memoria*.¹² En los otros edictos nada se dice de la impiedad y las malas costumbres de Hidalgo, y sí se le acusa de sacrílego y perjuro es a consecuencia de haberse sublevado, confundiéndose la religión con la obediencia al soberano. En la carta del Santo Oficio se especifican los crímenes, y de aquí se tomó pie por algunos escritores para atribuirle aquellas faltas. A la simple lectura de éste escrito se descubre que está lleno de contradicciones, de candores; que está redactado con tanta malicia como bobería; que es obra de las pasiones agitadas y del espíritu de partido en momentos en que se dice con desahogo al enemigo cuanto mal se piensa de él, se le echa en cara cuanto se le sabe y se inventa además para calumniarlo. Por cosas de menos cuantía que las enumeradas en la carta, los hombres iban a pudrirse a las cárceles de la Inquisición. La causa se siguió al cura desde 1800 a 1809 y se suspendió por haber variado de conducta hasta hacerse un verdadero escrupuloso. En impiedad represada prorrumpió como un torrente de iniquidad poniéndose al frente de los sublevados. Su delito era sólo desconocer al gobierno. Negaba el infierno y decía que un pontífice estaba ardiendo en él;

¹² Léase el edicto completo en el apéndice. Documento número 3.

no creía en Jesucristo, y se equiparaba esta impiedad con el dicho de que los doctores eran una cuadrilla de ignorantes. Herido el señor Hidalgo en la parte más viva con motivo de la publicación del edicto que antecede, escribió, para defenderse, un manifiesto en que se explicaba de la manera siguiente:

«Me veo en la triste necesidad de satisfacer a las gentes sobre un punto en que nunca creí se me pudiera tildar, ni menos declararme sospechoso para mis compatriotas. Hablo de la cosa más interesante, más sagrada, y para mí las más amable: de la religión santa, de la fe sobrenatural que recibí en el bautismo. Os juro, desde luego, amados conciudadanos míos, que jamás me he apartado ni un ápice de la creencia de la Santa Iglesia Católica; jamás he dudado de ninguna de sus verdades: siempre he estado convencido íntimamente de la infalibilidad de sus dogmas, y estoy pronto a derramar mi sangre en defensa de todos y cada uno de ellos... Testigos de esta protesta son los feligreses de Dolores y San Felipe, a quienes continuamente explicaba las terribles penas que sufren los condenados en el infierno, a quienes procuraba inspirar horror a los vicios y amor a la virtud, para que no quedaran envueltos en la desgraciada suerte de los que mueren en pecado; testigos las gentes todas que me han tratado, los pueblos donde he vivido y el ejército que comando. ¡Pero que testigos sobre un hecho e imputación que ella misma manifiesta su falsedad! Se me acusa de que niego la existencia del infierno, y un poco antes se me hace cargo de haber asentado que algún pontífice de los canonizados por santo está en este lugar. ¿Cómo, pues, concordar que un pontífice está en el infierno, negando la existencia de éste? Se me imputa también el haber negado la autenticidad de los sagrados libros, y se me acusa de seguir los perversos dogmas de Lutero. Si Lutero deduce sus errores de los libros que cree inspirados por Dios, ¿Cómo el que niega esta inspiración los tendrá los suyos deducidos de los mismos libros que tienen por fabulosos? Del mismo modo son todas las acusaciones. ¿Os persuadiréis, americanos, que un tri-

bunal tan respetable, y cuyo instituto es el más santo, se dejase arrastrar del amor del paisanaje hasta prostituir su honra y su reputación? Estad ciertos, amados conciudadanos míos, que si no hubiera emprendido liberar nuestro reino de los grandes males que le oprimían y de los muchos mayores, que le amenazan, y que por instantes iban a caer en él jamás hubiera yo sido acusado de hereje. Todos mis delitos traen su origen del deseo de vuestra felicidad. Si éste no me hubiera hecho tomar las armas, yo disfrutaría una vida dulce, tranquila y suave; yo pasaría por verdadero católico, como lo soy me lisonjeo de serlo. Jamás había habido quien se atreviera a denigrarme con la infame nota de la herejía. Pero ¿de qué medio se habían de valer los españoles europeos, en cuyas opresoras manos estaba nuestra suerte? La empresa era demasiado ardua. La nación, que tanto tiempo estuvo aletargada, despierta repentinamente de su sueño a la dulce voz de la libertad; corren apresurados los pueblos y toman las armas para sostenerla a toda costa».

«Los opresores no tiene armas ni gente para obligarnos con la fuerza a seguir en la horrorosa esclavitud a que nos tenían condenados. Pues ¿qué recurso les quedaba? Valerse de toda especie de medios, por injustos, ilícitos y torpes que fuesen, con tal que condujeran a sostener su despotismo y la opresión de la América. Abandonan hasta la última reliquia de honradez y hombría de bien, se prostituyen, prostituyen las autoridades más recomendables, fulminan excomuniones, que nadie mejor que ellos saben no tienen fuerza alguna, procuran amedrentar a los incautos y aterrorizar a los ignorantes, para que, espantados con el nombre de anatema, teman donde no hay motivo de temer. ¿Quién creería, amados conciudadanos, que llegase hasta este punto el descaro y el atrevimiento de los gachupines? ¡Profanar las cosas más sagradas para asegurar su intolerable dominación! ¡Valerse de la misma religión santa para abatir y destruirla! ¡Usar de excomuniones contra toda la gente de la iglesia, fulminarlas sin que

intervenga motivo de religión! ¡Abrid los ojos, americanos, no os dejéis seducir de nuestros enemigos! Ellos no son católicos sino por política. Su Dios es el dinero y la excomuniones sólo tienen por objeto la opresión. ¿Creéis, acaso, que no puede ser verdadero católico el que no esta sujeto al déspota español? ¿De dónde nos ha venido este nuevo dogma, este artículo de fe? Abrid los ojos, vuelvo a decir. Meditad sobre vuestros verdaderos intereses. De este precioso momento depende la felicidad o infelicidad de vuestros hijos y vuestra numerosa posteridad».

“Son ciertamente incalculables, amados conciudadanos, los males a que quedáis expuestos si no aprovecháis este momento feliz que la Divina Providencia os ha puesto en las manos: no escuchéis las seductoras voces de nuestros enemigos, que, bajo el velo de la religión y de la amistad, os quieren hacer víctimas de su insaciable codicia”.

“¿Os persuadiréis, amados conciudadanos, que los gachupines, hombres desnaturalizados que han roto los más estrechos vínculos de la sangre -¡se estremece la naturaleza! -, que abandonando a sus padres, a sus hermanos, a sus mujeres y a sus propios hijos, sean capaces de tener afecto de humanidad a otra persona? ¿Podéis tener con ellos algún enlace superior a los que la misma naturaleza puso en las relaciones de su familia? ¿No las atropellan todos por sólo el interés de hacerse ricos en América? Pues no creáis que unos hombres nutridos de estos sentimientos puedan mantener amistad sincera con nosotros. Siempre que se les presente el vil interés, os sacrificarán con la misma frescura que han abandonado a sus propios padres. ¿Creéis que al atravesar inmensos mares, exponerse a la hambre, a la desnudez, a los peligros de la vida, inseparables de la navegación, lo han emprendido por venir a haceros felices? Os engañáis, americanos. ¿Abrazarían ellos ese cúmulo de trabajos por hacer dichosos a unos hombres que no conocen? El móvil de todas esas fatigas no es sino su sórdida avaricia. Ellos no han venido sino por despojarnos de nuestros bienes, por quitarnos

nuestras tierras,¹³ por tenernos siempre avasallados bajo sus pies. Rompamos, americanos estos lazos de ignominia con que nos han tenido ligados tanto tiempo. Para conseguirlo no necesitamos sino de unirnos; si nosotros no peleamos contra nosotros mismos, la guerra está concluida y nuestro derecho a salvo. Unámonos, pues, todos los que hemos nacido en este dichoso suelo; veamos desde hoy enemigos y extranjeros, enemigos de nuestras prerrogativas, a todos los que no sean americanos. Establezcamos un Congreso que se componga de representantes de todas las ciudades, villas y lugares de este reino, que teniendo por objeto principal mantener nuestra santa religión, dicte leyes suaves, benéficas y acomodadas a las circunstancias de cada pueblo.¹⁴ Ellos, entonces, gobernarán con la dulzura de padres, nos tratarán como a hermanos, desterrarán la pobreza, moderando la devastación del reino y la extracción de su dinero; fomentarán las artes, se avivará la industria, haremos uso libre de las riquísimas producciones de nuestros feraces países, y a la vuelta de pocos años disfrutarán sus habitantes de todas las delicias que el Soberano Autor de la naturaleza ha derramado sobre este vasto continente”.¹⁵

Preciso ha sido detenerse de propósito para mostrar el pro y el contra, el lenguaje de los enemigos y el de los promotores de la revolución, para que juzguen así lo lectores con imparcialidad. Mal juez sería el que pronunciara un fallo escuchando sólo a una de las partes.

¹³ En estos conceptos fija Hidalgo el aspecto agrario de la lucha por la Independencia.

¹⁴ He aquí el antecedente histórico del Congreso de Chilpancingo, y expuesto, aunque muy superficialmente, el pensamiento político del Padre de la Patria.

¹⁵ Este documento termina con una nota que está contenida en el apéndice. Documento número 4.

La revuelta, para este tiempo, se dirigía con un plan fijo y miras determinadas¹⁶. El plan no llegó a publicarse con la prontitud que debiera, consistiendo su pérdida en que los insurgentes, por su situación siempre violenta y agitada, no pudieron usar de la imprenta; sus papeles manuscritos no eran muchos ni podían circular con la violencia que convenía. El gobierno, que no perdía oportunidad, los recogía, imponiendo graves penas civiles o religiosas a quienes no los entregaran.

“Don Francisco Javier Venegas: Entre los infames medios de que se han valido el pérfido cura Hidalgo para corromper la imperturbable fidelidad de los naturales de este reino, que, consecuentes a sus principios de religión, lealtad y vínculos indisolubles de sangre y adhesión a sus hermanos de la península, no han dado oídos a la alarmadora voz de insurrección más irracional e inicua que ha hecho resonar aquel monstruoso rebelde en todo ese piadoso y pacífico país, es uno el de haber esparcido un manifiesto impreso en forma de edicto, y otros cortos papeles manuscritos tan sediciosos como aquél, en que suponiendo atrevidamente falsedades contra los europeos, quiere hacer servir estas imposturas de pretexto al atroz desahogo de su violenta pasión, burlándose descaradamente de los anatemas que ha fulminado el Santo Tribunal de la Inquisición con respecto a sus herejías, imponiendo leyes a su arbitrio para cometer los robos y asesinatos más crueles e inauditos y queriendo persuadir que defiende la causa de la religión que ultraja y de la patria que destruye”.

“Personas verdaderamente celosas del respeto que se debe a estos sagrados objetos han puesto en mis manos los indicados despreciables folletos, no menos llenos de calumnias y de sofismas, y, correspondiendo el que se haga la misma

¹⁶ Es una lástima que ese plan no nos sea conocido. Seguramente Hidalgo fijaba en él su ideario político y social.

demostración con los que han querido esparcir en estos dominios los satélites del tirano de la Europa y de su hermano el intruso José Bonaparte, he determinado que en la propia conformidad que aquellos, se quemen éstos por mano del verdugo, en la Plaza Mayor de esta capital, como se va a ejecutar en esta mañana, y hago saber a los habitantes de la misma capital y demás del reino que incurrirán en el delito de alta traición las personas de cualquier estado y condición que retuvieren en su poder y comunicaren a otros algunos de los dichos libelos incendiarios, para que en esta inteligencia los entreguen al juez de su vecindad o territorio luego que llegue a su noticia ésta resolución, bajo las penas que me reservo imponer según la gravedad del delito. Y a fin de que nadie pueda alegar ignorancia, mando se publique por bando en esta sobredicha capital y en las demás ciudades y villas y lugares del reino, remitiéndose los ejemplares de estilo a los tribunales, magistrados, jefes y ministros a quienes toque su inteligencia y observancia. Dado en el real palacio de México a 19 de enero de 1811.- *Francisco Javier Venegas*".

"Don Ramón de Huarte, alcalde ordinario por su majestad de esta ciudad y su jurisdicción y encargado de la Intendencia de esta Provincia de Michoacán: Habiéndose ocupado el 28 del corriente esta ciudad por el ejército de su majestad y del gobierno que legítimamente la representa, ha quedado libre de la tiranía y opresión, daños y desórdenes de los insurgentes. Siendo el objeto principal la pacificación de los pueblos que habían envuelto en desorden, tribulaciones y desgracias los rebeldes, para que no cunda el daño, a fin de establecer la tranquilidad y seguridad pública que sólo se consigue por el camino de la justicia y de la razón, es necesario recoger los papeles que por los insurgentes se han esparcido y publicado, tratando de destruir las ideas arregladas a lo justo con faltas especiosas tan vacías de sentido como ofensivas al rey, a la religión y a la patria. Por tanto, conforme a lo mandado por el señor comandante general, por el presente mando que todas las personas, de cualquier clase o

condiciones que sean, entreguen en esta Intendencia, dentro del preciso término de tres días, todos los bandos, proclamas, manifiestos y demás papeles, apercibidos que de lo contrario serán castigados con pena de muerte. Y para que llegue a noticia de todos y ninguno alegue ignorancia, mando se fije el presente en los lugares públicos y acostumbrados. Dado en la ciudad de Valladolid, a 31 de diciembre de 1810.- *Ramón Huarte*. Por su mando, *José María Aguilar*».

Existía, sin embargo, el plan cuyo objeto era promover la Independencia, como lo demuestra la intimación hecha al intendente de Guanajuato, en donde se usó de la palabra Independencia. Hidalgo, en su manifiesto, inserto arriba, explica bien claro la misma idea, y propuso la remisión de los representantes de las ciudades, villas y lugares formando unas cortes que dieran leyes sabias y apropiadas a las necesidades de los pueblos. Las mismas autoridades españolas estaban en este concepto. La Inquisición hace circular su edicto por todo el reino, para que los fieles sepan “que los promovedores de la sedición e Independencia tienen por corifeo un apóstata de la religión”.¹⁷ El arzobispo Lizana, en su edicto de 18 de octubre de 1810, se encarga de refutar las razones alegadas en favor de la revuelta y dice: “Yerra efectivamente Hidalgo, y su idea de reconquistar la América para los indios, no solamente es anticatólica, sino quimérica, extravagante, ridícula y sumamente perjudicial al autor que la propone, a la nación que intenta establecer y a cuantas habitan sobre la tierra, pues apenas habrá el día de hoy nación alguna en el mundo que no se halle poseída por conquista, y, por consiguiente, que no deba alarmarse contra el soberano o república que la gobierna... Si la Nueva España se volviera en el día a los indios, en el estado en que se hallaba cuando la conquistaron los europeos, las provincias conquistadas por los

¹⁷ Edicto citado.

emperadores mexicanos reclamarían su derecho, y la de Tlaxcala su constante valerosa resistencia e Independencia... Y aún presidiendo (si posible es) de todo esto, y concretando el proyecto única y precisamente a deshacerse de los europeos, ¿no se encendería una cruel guerra entre los indios y españoles americanos sobre la posesión de las haciendas, minas y riquezas conquistadas a los naturales de España y sobre las que poseen los americanos? y ¿Cuál sería la duración y el éxito de esta guerra? ¿Quiénes, finalmente, serían los vencedores y los vencidos? ¿No alegarían los indios que, según les dice ahora el cura Hidalgo, ellos son los dueños y señores de la tierra, de la cual los despojaron los españoles por conquista, y que por este medio la restituiría a los indios?... Hijos míos, no os dejáis seducir o engañar. El cura Hidalgo está procesado por hereje; no busca vuestra fortuna, sino la suya, como ya os tenemos dicho en la exhortación del 24 de septiembre. Ahora os lisonjea con el atractivo halagüeño de que os dará la tierra.¹⁸ No la dará y os quitará la fe; os impondrá tributos y servicios personales, porque de otro modo no puede subsistir en la elevación a que aspira; y derramará vuestra sangre y la de vuestros hijos para conservarla y engrandecerla, como lo ha practicado Bonaparte. No creáis lo que os dice; creed a vuestro padre, al prelado que Dios os ha querido dar, y que al mismo tiempo que os ama entrañablemente por vuestra inocencia y candor y docilidad, siente la mayor amargura por el abuso que pretende hacer el seductor de nuestro bellísimo natural con promesas especiosas que no cumplirá. Ya estáis libres de tributos. Gozad en paz de esta gracia. Huid del que os enseña doctrinas y reprueba con las Santas Escrituras nuestra Santa Madre la Iglesia, y que, puestas en práctica,

¹⁸ Hidalgo, como se ve, había precisado con toda claridad el sentido agrario de la Revolución de Independencia. Para no dar ocasión a dudar, léase en el apéndice el documento número 5, en el que el Padre de la Patria decreta que las tierras deben ser para los naturales.

resolvería y acabaría el mundo, siendo vosotros unas de las víctimas. ¡Viva la religión, que no vive con los que enseñan y obran contra la doctrina de la Santa Madre Iglesia! ¡Viva la Virgen de Guadalupe, que no vive con el que niega que sea Virgen ni con los que revuelven y amotinan los países de esta señora! ¡Viva Fernando VII, que no vive con la Independencia de sus vasallos!” Como éstos hay otros documentos que podrían citarse y que demuestran que la revolución, que había encontrado bandera y caudillo, tenía un objeto determinado y fijo, aunque expresado con alguna vaguedad en la manera de plantearlo.

“Acabadas de tomar las disposiciones que se creyeron acertadas para la seguridad de lo conquistador Hidalgo hizo salir su vanguardia de Guanajuato el 8 de octubre de 1810, y él salió a los dos días, con el grueso del ejército. La marcha se dijo al principio que era a Querétaro. Variando después de intento, se dirigió a Valladolid por el Valle de Santiago y Acámbaro, engrosándose las fuerzas insurgentes con prodigiosa multitud que se reunía en todos los lugares de su tránsito”.

“La autoridades de Valladolid pensaron defenderse. No teniendo por bastantes, sin embargo los recursos con que contaban, el obispo electo Abad y Queipo, el intendente D. José Alonso de Terán, varios canónigos y muchos de los españoles vecinos abandonaron la ciudad, y una comisión salió hasta Indaparapeo a poner la plaza a las órdenes de los rebeldes. El 15 de octubre entró con sus soldados el coronel Rosales; el 16, con los suyos, Jiménez, y el 17 la última división, con Hidalgo a su cabeza. Fue recibido con entusiasmo, algazara, repique de campanas y con toda la solemnidad que se acostumbra en semejantes casos. Al pasar por delante de la catedral, se apeó para dar gracias. Encontrando la puerta cerrada, se irritó mucho por el desaire que se le corría. Expresó duramente su enfado contra los canónigos y declaró vacantes las prebendas, a excepción de cuatro, calmándose después su enojo. Como era natural, las tablillas donde citaban, puestos por excomulgados

los promovedores de la revuelta, desaparecieron como por encanto. No bastaba esto: Hidalgo obligó al canónigo conde de Sierra Gorda, que había quedado de gobernador de la mitra, a que levantara la fulminada excomunión, y así lo hizo en efecto, circulándose por cordillera a los curas, para que en día festivo la leyesen a sus feligreses”.

“El señor Hidalgo se proporcionó en Valladolid un buen aumento de tropa, arreglada con el regimiento de infantería de Milicias Provinciales, el de Dragones de Pátzcuaro y ocho compañías alistadas para la defensa de la población. En cuanto a dinero, tomó 400 000 pesos del cofre de la catedral y algunas sumas de los particulares. Para el arreglo del gobierno de la provincia declaró varios empleos vacantes y los proveyó en personas de su devoción. Se arrestaron algunos españoles y se indultó a otros; se confió el mando político, con título de intendente, a D. José María Anzorena, y tomando otras medidas salió confiado en sus tropas y en sus recursos con dirección a México el 19 de octubre. Al pasar por Acámbaro se hizo otra formación militar, y el capitán general fue declarado generalísimo con mayores facultades y distinciones. Esto explica el progreso de la revolución. El primer título correspondía al que desempeñaba el Virrey, y era como poner dos autoridades iguales, una al frente de otra. Ahora, nombrando un generalísimo, dictado no conocido en la colonia, se hacía al jefe insurgente muy superior en categoría a los funcionarios españoles. El uniforme del nuevo grado era vestido azul con collarín vuelto y solapa encarnada, con un bordado de labor muy menuda de plata y oro; un tahalí negro, también bordado, y todos los cabos dorados, con una imagen grande de nuestra Señora de Guadalupe, de oro, colgada en el pecho”.

“Aquel ejército siguió para Maravatío, Tepetongo y hacienda de la Jornada, Ixtlahuaca y Toluca, y el 1° de noviembre se derrotó a Trujillo en el Monte de las Cruces: estas fuerzas había mandado el Virrey Venegas para cortarle el paso. Con esta

victoria quedó abierto el camino de la capital. Allende era de opinión que se avanzara sobre ella, aventurando un golpe decisivo. Esto hubiera sido bueno si Calleja no hubiera estado tan cerca ya de la retaguardia del ejército insurgente, que estaba muy maltratado con el hecho de armas del Monte de las Cruces, tan reciente, que apenas habían pasado dos días. No es exacto lo que sobre ésto se dice de Allende. Hidalgo se opuso, alegando la falta de municiones, la pérdida sufrida en la batalla, que había infundido gran terror en la gente bisoña, la aproximación de las tropas realistas del mando de Calleja y de Flon, y el éxito dudoso de un combate contra la guarnición no despreciable de la ciudad. Esto es cierto y tales consideraciones honran el buen juicio del señor Hidalgo. De suerte, que si hubiera avanzado en aquellas circunstancias sobre la capital, habría cometido la más grande torpeza. Se ha criticado su retirada, pero en esto no han tenido razón; lo llamarán cobarde, y es lo que menos tenía. Poseía, en lugar de esto, una observación profunda sobre los sucesos, sacando de ellos exactas consecuencias. Si Calleja tarda ocho días en acercarse, la cosa hubiera sido diversa”.

“Ambos jefes sostuvieron su aserto, y como no llegaron a convenirse, se agrió con mucho el disgusto que alimentaban por celos de autoridad, dando este motivo a que sus disturbios fueran fatales para ellos y para la patria. Sin hacer nada, se estuvieron a las puertas de México hasta el 1° de noviembre y el 2 comenzaron a retroceder con ánimo de apoderarse de Querétaro, abandonado por Flon para reunirse con Calleja. El primer mal resultado del paso retrógrado fue perder la mitad de la gente por la desertión. Los insurgentes ignoraban el rumbo que traía el ejército realista y las operaciones que había ejecutado. La noticia de su aproximación la supieron por los dispersos de una partida que en la hacienda de Arroyozarco encontró la descubierta enemiga, y quedaron grandemente sorprendidos; la misma sorpresa tuvo el general español ignorante también de los movimientos de sus contrarios, de modo que ambos ejércitos se

encontraron sin buscarse; vinieron a las manos porque la ocasión se les presentó. Era ya inevitable la batalla. A pesar de sus bajas, los insurgentes contaban con más de cuarenta mil hombres, con dos piezas de artillería, y tomaron posición en la loma casi rectangular que desde el pueblo se extiende hasta el cerro de Aculco. Al amanecer del 7 de noviembre fueron atacados, y se dispersaron sin combatir, dejando en el campo sus equipajes y útiles de guerra. Allende se retiró por Guanajuato; Hidalgo entró con cinco o seis personas en Valladolid, habiéndose desvanecido como el humo las numerosas fuerzas reunidas poco antes”.

Este artículo que hemos copiado tiene sus inexactitudes, que será preciso aclarar. Dice que ambos jefes sostuvieron su aserto, y que como no llegaron a ponerse de acuerdo “se agrió con mucho el disgusto que alimentaban por celos de autoridad, dando esto motivo a que recrecieran el desorden y el desconcierto”.

Se responde que la autoridad de Hidalgo era bastante reconocida y respetada de todos. A ser cierto el disgusto por celos de autoridad, al separarse de aquel ejército hubieran hecho lo mismo los adictos a cada jefe, y hubiera quedado a cada uno de éstos un número menos de combatientes. No fue así, pues Hidalgo se separó de las Cruces, la mañana en que aquel ejército emprendió la retirada, no llevando más escolta que el regimiento de caballería de Pátzcuaro, quedando todo el ejército a las órdenes de Allende. Añade el artículo que “sin hacer nada, se estuvieron a las puertas de México hasta el 1° de noviembre, y el 2 empezaron a retroceder por donde habían venido, con ánimo de tomar a Querétaro”. A lo que se responde si no sería hacer algo, el que, llegando en la noche del mismo día de la batalla a Coajimalpa, determinase luego una comisión que saliera al siguiente día para México conduciendo comunicaciones para el virrey. La comisión compuesta de los generales Jiménez Abasolo, Montemayor y otros esperó con ansiedad el resultado del pliego, que no vino sino muy vencida la tarde de aquel día, reduciéndose a que el virrey devolviera los pliegos abiertos y sin respuesta. A

esta hora se sabía ya que Calleja había llegado a San Juan del Río y que seguía al siguiente para Arroyozarco. En tales circunstancias, ¿qué haría un buen general? Alguna vez nos dará su opinión el articulista, que agrega: “Los insurgentes ignoraban el rumbo que traía el ejército realista”. Esto no es cierto. A virtud de lo bien informados que estaban Hidalgo y Allende de los pasos y movimientos de Calleja pudieron pesar antes los motivos que les hicieron resolver la retirada. Esta se verificó por el mismo camino, hasta que hubo facilidad de desviarse de él, tomando el rumbo de Aculco, punto muy opuesto al camino que traía Calleja, de quien se quiso evitar el encuentro. Había exploradores que vigilaban al enemigo, lo que explica que no había ignorancia en ninguno de los contendientes, y mucho menos que se encontraran sin buscarse. Tanto, que de Arroyozarco a San Jerónimo Aculco hay cosa de dos leguas al poniente, y de mal camino. Este hecho desengaña de que el jefe español tuvo la mira de sorprender al ejército insurgente, que se hallaba bastante maltratado para combatir con buen éxito. En esto hay que hacer justicia al jefe realista, por un golpe militar tan bien calculado. Los insurgentes no esperaban este movimiento y no había prevención necesaria para esperarlo, pues se puede decir que fue una sorpresa. Dice el artículo: “el 7 de noviembre fueron atacados y se dispersaron completamente, sin combatir”. Esto tampoco es cierto. A pesar de la sorpresa, se salió a combatir por más de hora y media; y aunque se dispersaron por razones que se explican en otro lugar, lo raro de todo ello fue que el jefe español o realista perdió la mayor parte de su mérito al permanecer firme, sin avanzar ni disponer un alcance, dando suficiente tiempo para que todos los insurgentes se llevaran lo que pudieran de numérico, aunque en pequeñas porciones. De todo esto resulta que no hubo allí el prodigioso número de muertos que en otra parte se ha dicho tuvieron los insurgentes. Se añade que fueron sacados de la ciudad cuarenta y un españoles y conducidos a la barranca de las Bateas, donde se les degolló inmediatamente; en la noche del 13, otra

partida de treinta y tantos sufrió la misma suerte. Hidalgo, se

afirma, mandó o consintió esas sangrientas ejecuciones inútiles, bárbaras, de gente inerme y sin otro delito que su origen. Sangre ésta que nuestros enemigos salpican a la cara de nuestro hombre y con la quieren oscurecer sus mejores cualidades; crimen de que no están limpios sus contrarios, pero que a él no se les disculpa, y que yo de buena gana no quisiera encontrarle. Es necesario, en efecto, esclarecer ciertos sucesos, pues observados con buen juicio y prudente crítica será muy fácil sacar en claro la razón de algunos hechos inhumanos de que tanto alardeó el partido realista, que hizo de ellos una nueva arma para salpicar al jefe independiente, quien, si los hubo, no tuvo en ellos la más mínima parte. Hidalgo abundaba en humanidad, y lo dio a conocer desde el principio; pero sus contrarios no lo quisieron imitar, adoptando mejor en toda su extensión el bárbaro sistema del terror. Veamos, pues, si ello es cierto, por algunos hechos primitivos que dieron a conocer el programa que se habían propuesto seguir. El sargento Martínez, del Regimiento de la Reina, fue a México pocos días después del pronunciamiento de Dolores; pudo ser allí conocido, y sin más averiguaciones ni formalidades fue fusilado y su cabeza puesta en un palo. (Esta fue la primera víctima de la Independencia). Flon, cuando de Querétaro vino a Dolores a unirse con Calleja, pasó por San Miguel el Grande, población que aborrecía mortalmente. En ella acometió bastantes atrocidades entre la gente inerme, a quien llenó de espanto. Unidos ya en Dolores, sucedió lo mismo. Volvieron a Querétaro marcando su camino con exterminio, lágrimas y sangre. No olvidaron su intento devastador en todas sus expediciones. Díganlo los indefensos que pudieron haber a las manos en Aculco, Guanajuato, Calderón y, principalmente, en Guadalajara. Otra circunstancia hubo que incendió terriblemente el odio entre los insurgentes y europeos. Muchos españoles, y lo mismo los que se hallaban indultados o se habían librado de las prisiones, se unieron a las filas del ejército realista (esto era natural para su conservación), pero de este

número se formaban guerrillas, y otros mandaban partidas grandes de tropa. Cuando les tocaba obrar, era siempre con la venganza delante, ocasionando con esto y su proceder tiránico e inhumano muchos destrozos e injusticias. Su orgullo creció de punto, de modo de que los mexicanos que no podían hacer otra cosa tenían que pasar por una situación humillante, despreciable y muy parecida a la de los ilotas. Sufrían un espionaje atroz, vigilados en extremo, no estando seguros en parte alguna, porque una leve sospecha de insurgente, una delación que se hacía de nada, conducía a los hombres al suplicio, sin compasión alguna. De noche no estaban libres las puertas del oído de un espía. El nombre de insurgente llegó a ser la acusación favorita.

Cualquier pueblo del país mexicano puede responder de la verdad de lo que antes se ha dicho; y una nación que tiene que pasar por semejante humillaciones y tropelías tiene que poseer un gran fondo de virtud. Sin embargo, ese terror no hizo otra cosa que encender de un modo terrible y espantoso el odio entre los insurgentes y realistas; de tal suerte, que los insurgentes que tenían las armas en las manos estaban tan resueltos, que si los realistas fusilaban hoy cien prisioneros, mañana aparecía doble número de combatientes, siempre hostilizando al enemigo y llevando adelante una guerra a muerte y sin cuartel. Cansados de tantos años de guerra, parecía que aquella revolución tocaba a su fin. Entonces aparecieron diez mil soldados españoles bien disciplinados y equipados; su objeto era acabar con los pequeños restos de insurgentes diseminados que aún quedaban, a quienes se les declaró una terrible persecución, que, andando el tiempo, daría por resultado que los soldados españoles, aunque reducidos a un escaso número, pudieran dar noticia en su país de lo que había sucedido.

Los europeos establecidos en el país abandonaron, cuando les convino, las filas del ejército realista, para irse al lado de sus negocios, haciendo su fortuna y disfrutando una vida cómoda y llena de delicias, mientras los mexicanos se destrozaban entre sí,

pues se cuidó por el gobierno virreinal de poner en enemistad a dos terceras partes del país. La una, debilitada ya con diez años de una campaña activa, se vio desacreditada, para lo cual el partido realista se sirvió de las preocupaciones peculiares de aquella época, que supo poner en juego con mucha actividad y buen éxito. Con estos terribles enemigos, y de un modo tan desigual, tuvieron que combatir los pequeños restos de insurgentes, y por largo tiempo mantuvieron la guerra y el fuego de la libertad, con una constancia y un valor inimitable, hasta que una ocurrencia muy célebre y digna de ser conocida a fondo vino a fabricar el término de la Independencia en un terreno cultivado con los afanes y muerte de los Hídalgo, Allende, Aldama, etc., Sin cuya intervención y preparación... Imposible parece que haya mexicano que niegue que Hidalgo, aun después de su muerte, tuviera una gran parte en el acontecimiento de la Independencia. Se pretende además, que en una revolución de un carácter tan terrible hubiera Hidalgo podido corregir hechos inhumanos a gran distancia de su persona. Por otra parte, esas feas acciones eran hijas del odio reconcentrado que los insurgentes llegaron a tener contra sus opresores, imitando en esto al partido realista, que tan bien se lo supo inspirar. Si se enumeraran aquí los hechos terribles que el partido contrario toleró o no pudo evitar en aquella época tan tormentosa, ¿quién sabe cómo saldría dicho partido en la balanza? Y si recordamos un poco los acontecimientos sanguinarios de la conquista, de seguro el fiel perdería del todo su equilibrio. Estos recuerdos estaban en uso entre los insurgentes; con todo, una política menos austera y más humanitaria del partido realista habría dado diversos resultados, pues se habría economizado mucha sangre y destrozos. Sigue el artículo y dice: "Después de la toma de Guanajuato por los realistas. Allende marchó a Zacatecas, y de aquí a Guadalajara". Esto no es cierto, porque cuando Allende abandonó Guanajuato se dirigió para la villa de San Felipe; después tomó el rumbo de Aguascalientes, donde permaneció algunos días, con motivo de

heberse quemado el parque que allí existía y dar algunas determinaciones en favor de los desgraciados que en esta catástrofe tanto sufrieron. De esta población se dirigió a Guadalajara. Agrega el mencionado artículo: “Perdido Valladolid, las fuerzas y las autoridades se retiraron también de aquella plaza, que vino a ser el foco de la revolución. Tratóse entonces de establecer un gobierno del que Hidalgo era cabeza, con dos ministros, uno de Gracia y Justicia y otro denominado Secretario de Estado y del Despacho, títulos que tomaron del gobierno español, por ser la organización de éste lo único que conocían. Los conceptos que se encuentran en el manifiesto del generalísimo proponiendo la reunión de los representantes de las ciudades, villas y lugares, dan idea de que se pensaba establecer una monarquía constitucional, con sus cortes, a semejanza de lo que se practicaba en la península. No se dice quien, fuera el rey, aunque es de suponerse que, triunfante la revuelta, hubiera sido proclamado su jefe y hubiéramos tenido en esta hipótesis un sacerdote por monarca. Hidalgo, desde entonces, se presentaba con pompa y aparato; tenía guardia de honor, recibía, aunque sin acuerdo expreso, el tratamiento de excelencia, alteza y alteza serenísima y legislaba como suprema autoridad”.

El señor Hidalgo jamás pensó en monarquía, y hubiera sido en él una inconsecuencia, un contra principio. Sabía como el que más la poderosa influencia que ejerce el aparato y la pompa en una suprema autoridad, y así lo dice la experiencia. Sabía, además, que en el caso en que se hallaba convenía conservar aquel fausto. Sin embargo, pensaba que cuando la patria estuviera en disposición de nombrar sus gobernantes, renunciaría a aquella autoridad para volverse a su curato, al lado de sus colmenas, gusanos de seda, moreras y alfarerías. Este era su delirio: el pensamiento era grandiosos, sino que la fatalidad le impidió verificarlo. Para buscar ayuda, nada pareció mas natural que dirigirse a la república de los Estados Unidos, que por haber hecho su Independencia y ser nuestra hermana en el continente

debía estar bien dispuesta en favor de la revolución. Para formar con ella una alianza dieron poderes a D. Pascasio Ortiz de Letona, para que marchara a desempeñar su encargo.

El curioso documento en que se le otorgaban tan altos poderes, dice así:

“El servil yugo y tiránica sujeción en que han permanecido estos feraces estados en el dilatado espacio de cerca de tres siglos, es que la dominante España, poco cauta, haya soltado los diques a su desordenada codicia, adoptando sin rubor el cruel sistema de su perdición y nuestro exterminio, en la devastación de aquella y comprometimiento de éstos. El haber experimentado que el único objeto de su atención en el referido tiempo sólo se ha dirigido a su aprovechamiento y nuestra opresión ha sido puntualmente el desconocido vehemente impulso que, desviando a sus habitantes del ejemplar, o mejor diríamos, delincuente y humillante sufrimiento en que yacían, se alarmaran, nos erigieron en jefes, y resolvimos a toda costa o vivir en libertad de hombres o morir tomando satisfacción de los insultos hechos a la nación”.

“El estado actual nos lisonjea de haber conseguido lo primero, cuando menos movido y decidido para tan gloriosa empresa a nuestro dilatado continente. Alguna gavilla de europeos rebeldes y dispersos no bastará a variar nuestro sistema ni a embarazarnos las disposiciones que puedan tener relación con las comodidades de nuestra nación. Por tanto, y teniendo entera confianza y satisfacción en vos, D. Pascasio Ortiz de Letona, nuestro mariscal de campo, plenipotenciario y embajador de nuestro cuerpo cerca del Supremo Congreso de los Estados Unidos de América, hemos venido en elegiros y nombraros, como en virtud de la presente os elegimos y nombramos, dándo os todo nuestro poder y facultad en la más amplia forma que se requiere y sea necesario para que por nos, y representando nuestras propias personas, y conforme a las instrucciones que os tenemos comunicadas, podáis tratar, ajustar y arreglar una alianza ofensiva y defensiva, tratado de comercio útil y lucroso para ambas naciones, y cuanto más

convenga a nuestra mutua felicidad, accediendo y firmando cualesquiera artículos, pactos, y convenciones conducentes a dicho fin; y nos obligamos y prometemos en fe, palabra y nombre de la nación, que estaremos y pasaremos por cuanto tratéis, ajustéis y firméis a nuestro nombre, y lo observaremos y cumpliremos inviolablemente, rectificándolo en especial forma, de fe de lo cual mandamos despachar la presente, firmando de nuestra mano, y refrendada por el infrascrito nuestro consejero y primer Secretario de Estado y del Despacho. Dada en nuestro Palacio Nacional de Guadalajara, a 13 de diciembre de 1810 años.- *Miguel Hidalgo*, Generalísimo de América. *Ignacio de Allende*, Capitán General de América. *José María Chico*, Ministro de Gracia y Justicia, presidente de esta N. A. Lic. *Ignacio Rayón*, Secretario de Estado y del Despacho. *José Ignacio Ortíz de Salinas*, oidor subdecano. Lic. *Pedro Alcántara de Avendaño*, oidor de esta Audiencia Nacional. *Francisco Solórzano*, oidor. Lic. *Ignacio Mestas*, fiscal de la Audiencia Nacional”.

“Además de los ministros y del embajador, Hidalgo proveyó algunas plazas en la Audiencia y los funcionarios que eran menester por la fuga o la prisión de los españoles. Se apoderó de la imprenta, de la cual se había carecido desde el principio de aquella revolución, y que había sido un poderoso auxiliar. Imprimió muchos ejemplares de la respuesta que dio en Valladolid a la Inquisición, muchas proclamas y bandos, y para defender y propagar sus ideas estableció un periódico con el título de *El Despertador Americano*. Reunió tropas de todas partes, pretendiendo disciplinarlas; esto era algo difícil, por la falta de jefes instruidos y escasez de armamento, pues sólo se contaba con 1,200 fusiles malos y recompuestos (eran 3 000); este inconveniente se quiso suplir con la construcción de grandes cohetes con una punta de fierro, de granadas de mano y otras invenciones de mucho gasto y poco efecto. Se hacía consistir la principal defensa en la artillería, y se reunió un número

traer lo más del puerto de San Blas, conducidos casi a brazos por todo el fogoso e intransitable camino de Mochitilic, venciendo obstáculos de todo género. Se hicieron también municiones, lanzas y armas blancas. Se proporcionó dinero del cabildo eclesiástico, de algunos particulares y de los bienes de los españoles huidos, y con aquello pudo hacer frente a los cuantiosos vencimientos del ejército; en fin, quiso poner arreglo y dar orden en cuanto cabía en tanta barahúnda”. A lo transcrito debe añadirse que aquella barahúnda se componía de hombres de corazón, con el sentimiento de morir defendiendo su libertad y sus derechos. Bien conocían su impericia y, sin embargo, nunca tuvieron miedo al gran poder y abundantes recursos que todas las clases proporcionaban a sus enemigos para que llevasen adelante la guerra contra los insurgentes, contra quienes se dirigían las armas de todo género que se procuraba el partido realista. Este partido no dejaba en reposo por muchos días a lo que se llama barahúnda, ni podía ser de otra manera si se atiende a las poderosas circunstancias que tenían que vencer a más del enemigo.

Valor a toda prueba se necesita para aprovechar los pocos momentos que le dejaba un enemigo temido y llegar a procurarse en dos meses un ejército tan fabulosos como el que presentaron en Calderón; bien que la conciencia de defender una justa causa produce estos prodigios. Así, pues, atentados cada vez más, se veía que si eran derrotados, o más bien dicho, desordenados entre sí, se iban a otra parte una y más veces, a preparara una nueva resistencia. Este ejemplo fue seguido constantemente hasta por últimos restos de insurgentes, que sólo se propusieron alcanzar una tregua, sin abandonar su causa, los excesos y violencias. ¿En qué parte del mundo, en casos semejantes, han dejado de cometerse? Los excesos que imputan a los mexicanos, por más grandes que parezcan, son muy poca cosa si se comparan con los de otras revoluciones. Sin tenerlos ahora en cuenta, haremos sólo memoria de los hechos de nuestros conquistadores, que no tuvieron el mérito de Hidalgo, quien desde el principio se empeño

en evitarlos; pero sus enemigos se opusieron fuertemente a su pensamiento. Por otra parte, en una revolución de aquel carácter, querer orden, disciplina y actos que no ofendieran en manera alguna los goces de la sociedad, es pensar en una guerra realizable sólo en el caso de que fueran dioses los gobernantes y ángeles los gobernados.

Si un ojo imparcial y conocedor hubiera observado de cerca los combustibles que ocasionaban aquel incendio, tendría sin duda que abandonar tanto escrúpulo, porque se convencería de que su aspecto aterrador era una consecuencia precisa y natural. Todos los desórdenes, violencias y tremendos colores con que se ha pintado la situación de aquella época, no forman sino la capa que cubría la fuerte razón que motivaba aquella contienda, que crecía por grados y en proporción de los medios que ponía en el juego el enemigo en su sistema de resistencia y exterminio. ¡Oh! ¡Si el señor Hidalgo hubiera logrado su intención, habría pasado por el genio más admirable del siglo! Pero la suerte le tenía destinado, no para rodearlo de triunfos y de glorias, sino para ser el escarnio y la befa de la injusticia y la ingratitud. Este es el fin de los grandes hombres.

APENDICE

DOCUMENTO N° 1

Edicto del Ilmo. Sr. Obispo de Michoacán, don Manuel Abad y Queipo, en el cual excomulgó a los jefes de la insurgencia y a todos los que les siguieran. 24 de septiembre de 1810.

Don Manuel Abad y Queipo, canónigo penitenciario de esta santa iglesia, obispo electo y gobernador de este obispado de Michoacán, a todos sus habitantes, paz y salud en nuestro señor Jesucristo:

Omne regnum in se divisum desolabitur: Todo reino dividido en facciones será destruido y arruinado, dice Jesucristo, Nuestro bien. Cap. XI de S. Lucas, V. XVII.

Sí, mis amados fieles, la historia de todos los siglos, de todos los pueblos y naciones, la que ha pasado por nuestros ojos, de la Revolución Francesa, la que pasa actualmente en la península, en nuestra amada y desgraciada patria, confirman la verdad infalible de este divino oráculo. Pero el ejemplo más análogo a nuestra situación lo tenemos inmediato en la parte francesa de la isla da Santo Domingo, cuyos propietarios eran los hombres más ricos, acomodados y felices que se conocían sobre la tierra. La población era compuesta, casi como la nuestra, de franceses europeos y franceses criollos, de indios naturales del país, de negros y de mulatos, y de castas resultantes de la primeras clases. Entró la división por efecto de la citada Revolución Francesa, y todo se arruinó y se destruyó en lo absoluto. La anarquía en la Francia causó la muerte de dos millones de franceses, esto es, cerca de dos vigésimos (sic), la porción más florida de ambos sexos que existía; arruinó su comercio y su marina y atrasó la industria y agricultura. Pero la anarquía en Santo Domingo degolló

a todos los blancos franceses y criollos, sin haber quedado uno siquiera; y degolló los cuatro quintos de todos los demás habitantes, dejando la quinta parte restante de negros y mulatos en odio eterno y guerra mortal, en que deben destruirse eternamente. Devastó todo el país, quemando y destruyendo todas las posesiones, todas las ciudades, villas y lugares, de suerte que el país mejor poblado y cultivado que había en todas las Américas es hoy un desierto, albergue de tigres y leones. He aquí el cuadro horrendo, pero fiel, de los estragos de la anarquía en Santo Domingo.

La Nueva España, que había admirado la Europa por los más brillantes testimonios de lealtad y patriotismo en favor de la madre patria, apoyándola y sosteniéndola con sus tesoros, con su opinión y sus escritos, manteniendo la paz y la concordia a pesar de las insidias y tramas del tirano del mundo, se ve hoy amenazada con la discordia y la anarquía, y con todas las desgracias que las siguen y ha sufrido la citada isla de Santo Domingo. Un ministro del Dios de la paz, un Sacerdote de Jesucristo, un pastor de almas (no quisiera decirlo), el cura de Dolores,¹ D. Miguel Hidalgo (que había merecido hasta aquí mi confianza y mi amistad), asociado de los capitanes del Regimiento de la Reina, D. Ignacio Allende, D. Juan de Aldama y D. José Mariano Abasolo, levantó el estandarte de la rebeldía y encendió la tea de la discordia y anarquía; y *seduciendo a una porción de labradores inocentes* les hizo tomar las armas, y cayendo con ellos sobre el pueblo de Dolores, el 16 del corriente, al amanecer, sorprendió y arrestó a los vecinos europeos, saqueó y robó sus bienes; y pasando después, a las siete de la noche, a la villa de San Miguel el Grande,² ejecutó lo mismo, apoderándose en una

¹ Hoy Dolores Hidalgo, ciudad, cabecera del partido y municipalidad de su nombre, Estado de Guanajuato.

² Hoy San Miguel de Allende, ídem, ídem.

y otra parte de la autoridad y del gobierno. El viernes 21 ocupó del mismo modo a Celaya,³ y, según noticias, parece que se ha extendido a Salamanca⁴ e Irapuato.⁵ Lleva consigo a los europeos arrestados, y entre ellos al sacristán de Dolores, al cura de Chamacuero⁶ y a varios religiosos carmelitas de Celaya, amenazando a los pueblos que los ha de degollar si le oponen alguna resistencia. E insultando a la religión y a nuestro soberano don Fernando VII, pintó en su estandarte la imagen de nuestra augusta patrona, Nuestra Señora de Guadalupe, y le puso la inscripción siguiente: “¡Viva la religión, viva Nuestra Madre Santísima de Guadalupe, viva Fernando VII, viva la América y muera el mal gobierno!”

Como la religión condena la rebelión, el asesinato, la opresión de los inocentes, y la madre de Dios no puede proteger los crímenes, es evidente que el cura de Dolores, pintando en su estandarte de sedición la imagen de Nuestra Señora y poniendo en él la referida inscripción, cometió dos sacrilegios gravísimos, insultando a la religión y a Nuestra Señora. Insulta igualmente a nuestro soberano, despreciando y atacando el gobierno que le representa, oprimiendo a sus vasallos inocentes, perturbando el orden público y violando el juramento de fidelidad al soberano y al gobierno; resultando perjuro, igualmente que los referidos capitanes. Sin embargo, confundiendo la religión con el crimen, y la obediencia con la rebelión, ha logrado seducir el candor de los pueblos y ha dado bastante cuerpo a la anarquía que quiere establecer. El mal haría rápidos progresos si la vigilancia y energía del gobierno y la lealtad ilustrada de los pueblos no lo detuviesen.

Yo, que a solicitud vuestra y sin cooperación alguna de mi

³ Ciudad, ídem, ídem.

⁴ Villa, ídem, ídem.

⁵ Idem, ídem.

⁶ Idem, ídem.

parte, me veo elevado a la alta dignidad de vuestro obispo, de vuestro pastor y padre, debo salir al encuentro a este enemigo, en defensa del rebaño que me es confiado, usando de la razón y la verdad contra el engaño, y del rayo terrible de la excomunión contra la pertinacia y protervia.

Sí, mis caros y muy amados fieles; yo tengo derecho incontestable a vuestro respeto, a vuestra sumisión y obediencia en la materia. Soy europeo de origen; pero soy americano de adopción, por voluntad y por domicilio de más de treinta y un años. No hay entre vosotros uno solo que tome más interés en vuestra verdadera felicidad. Quizá no habrá otro que se afecte tan dolorosa y profundamente como yo en vuestras desgracias, porque acaso no habrá habido otro que se haya ocupado y ocupe tanto de ellas. Ninguno ha trabajado tanto como yo en promover el bien público, en mantener la paz y concordia entre todos los habitantes de la América y en prevenir la anarquía que tanto he temido desde mi regreso de la Europa. Es notorio mi carácter y mi celo. Así, pues, debéis creer.

En este concepto, y usando de la autoridad que ejerzo como obispo electo y gobernador de esta mitra, declaro que el referido D. Miguel Hidalgo, cura de Dolores, y sus secuaces, los tres citados capitanes, *son perturbadores del orden público, seductores del pueblo, sacrílegos, perjuros, y que han incurrido en la excomunión mayor del canon Siquis suadente diabolus*, por haber atentado contra la persona y libertad del sacristán de Dolores, del cura de Chamacuero y de varios religiosos del convento del Carmen, de Celaya, aprisionándolos y manteniéndolos arrestados. Los declaro *excomulgados vitandos, prohibiendo, como prohíbo, el que ninguno les del socorro, auxilio y favor, bajo la pena de excomunión mayor, ipso facto incurriendo*, sirviendo de monición este edicto, en que desde ahora para entonces declaro incursos a los contraventores. Asimismo exhorto y requiero a la porción del pueblo que trae seducida, con títulos de soldados y compañeros

de armas, que se restituyen a sus hogares y de desamparen dentro del tercero día siguiente inmediato al que tuvieren noticia de este edicto, bajo la misma pena de excomuni3n mayor en que desde ahora para entonces los declaro incursos, y a todos los que voluntariamente se alistaren en sus banderas o que de cualquier modo le dieran favor y auxilio.

Item, declaro que el dicho cura Hidalgo y sus secuaces son unos seductores del pueblo y calumniadores de los europeos. Si, mis amados fieles, es una calumnia notoria. Los europeos no tienen ni pueden tener otros intereses que los mismos que tenéis vosotros los naturales del pa3s; es, a saber, auxiliar la madre patria en cuanto se pueda, defender estos dominios de toda invasi3n extranjera para el soberano que hemos jurado o cualquiera otra de su dinast3a, bajo el gobierno que le representa, seg3n y en la forma que resuelva la naci3n representada en las Cortes que, como se sabe, se est3n celebrando en C3diz o isla de Le3n, con los representantes interinos de las Am3ricas, mientras llegan los propietarios. Esta es la 3gida bajo la cual nos debemos acoger; 3ste es el centro de unidad de todos los habitantes de este reino colocado en manos de nuestro digno jefe el excelent3simo se3or virrey actual, que lleno de conocimientos militares y pol3ticos, de energ3a y justificaci3n, har3 de nuestros recursos y voluntades el uso m3s conveniente para la conservaci3n de la tranquilidad del orden p3blico y para la defensa exterior de todo el reino. Unidas todas las clases del Estado, de buena fe, en paz y concordia, bajo un jefe semejante, son grandes los recursos de una naci3n como la Nueva Espa3a, y todo lo podremos conseguir. Pero desunidos, roto el freno de las leyes, perturbado el orden p3blico, introducida la anarqu3a, como pretende el cura de Dolores, se destruir3a este hermoso pa3s. El robo, el pillaje, el incendio, el asesinato, las venganzas, incendiaran las haciendas, las ciudades, villas y lugares; exterminar3n a los habitantes, y quedar3 un desierto para el primer invasor que se presente en nuestras costas.

S3, mis caros y amados fieles, tales son los efectos inevitables

y necesarios de la anarquía. Detestadla con todo vuestro corazón; armaos con la fe católica contra las sediciones diabólicas que os conturban; fortificad vuestro corazón con la claridad evangélica que todo lo soporta y todo lo vence. Nuestro Señor Jesucristo, que nos redimió con su sangre, se apiade de nosotros y nos proteja en tanta tribulación, como humildemente se lo suplico.

Y para que llegue a noticia de todos y ninguno alegue ignorancia, he mandado que este edicto se publique en esta santa iglesia catedral y se fije en sus puertas, según estilo, y que lo mismo se ejecute en todas las parroquias del obispado, dirigiéndose, al efecto, los ejemplares correspondientes.

Dado en Valladolid, a veinticuatro días del mes de septiembre de mil ochocientos diez, sellado con el sello de mis armas y refrendado por el infrascrito secretario. *Manuel Abad y Queipo*, obispo electo de Michoacán. Por mandato de S. S. I. el obispo, mi señor, *Santiago Camiña*, secretario.

DOCUMENTO N° 2

Exhortación del Ilmo. Sr. Arzobispo de México, Dr. Don Francisco Javier de Lizana y Beaumont, a los habitantes de su diócesis, para que no ayuden al Sr. Hidalgo en la revolución. 24 de septiembre de 1810.

Don Francisco Javier de Lizana y Beaumont, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, arzobispo de México, caballero gran cruz de la real y distinguida orden española de Carlos III, del Consejo de S. M., etc.

Mi amado clero, mis dóciles ovejas y todos los que os gloriáis del nombre cristiano en este reino tan feliz y singularmente favorecido con la paternal providencia de nuestro gran Dios:

Si los sentimientos del alma pudieran explicarse por la lengua,

éste sería el momento feliz en que yo podría declarar el martirio que me oprime al oír que vuestros mismos hermanos preparan sus pies veloces, según la expresión de David,⁷ para derramar vuestra sangre, no conociendo la infelicidad en que van a precipitarse por no seguir los caminos de la paz. Ayudad con votos y súplicas al pastor que tanto os ama, como en semejante ocasión lo pedía a sus ovejas San León Papa,⁸ para que no falte de mí el espíritu de la gracia, ni de vosotros la unidad que estrecha a los fieles en vínculo de paz, conforme a la doctrina del apóstol⁹.

Es tanto lo que el Señor ama la paz, que no quiso nacer sino cuando todo el orbe se hallaba en ella. Este es el glorioso nombre que le da Isaías,¹⁰ y así vemos que en aquel sermón que el mismo Jesucristo hizo sobre la montaña, a sólo los pacíficos llama hijos de Dios.¹¹ Esta fue la rica herencia que dejó a los apóstoles al despedirse de ellos, y en aquella oración que hizo al Padre, no sólo pidió que los conservase en paz, sino también que los hiciese uno, como el hijo y el padre lo son; y siendo vosotros llamados en una misma esperanza de vocación, ¿por qué no habéis de tener un mismo espíritu y sentimientos de paz? Entonces sí que seríais mi gozo y mi corona, porque vería en vosotros una idea de aquel feliz estado de la Iglesia primitiva, en la que toda la multitud de los fieles eran un corazón y un alma.¹² Lejos de vosotros todo espíritu de partido. Nadie diga yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Pedro; Cristo no está dividido.¹³ Sean enhorabuena diferentes los genios, las opiniones, y diversa la

⁷ Psalm. 13, V. 6, 7. Esta nota y las siguientes, en esta pieza, son del original.

⁸ In die asumptionis ad Pontificat.

⁹ Ad Ephes., 4, V. 3.

¹⁰ Cap. 9, V. 6.

¹¹ Math., cap. 5, V. 9.

¹² Ac. Apost., cap. 4, V. 32.

¹³ Corinth., cap. 1, V. 12.

suerte y la fortuna: todo esto se debe olvidar cuando se trata de vuestro bien espiritual y temporal. Este es todo el fondo de nuestra religión; éste es el espíritu de Cristo, y el que no lo tiene no es suyo, dice Pablo,¹⁴ sino del diablo.

Ea, pues, hijos míos, mis desvelos por vuestro bien eterno y temporal y la confianza en vuestra docilidad excitan mi celo, hoy más que nunca, para libraros de los desastres que os amenazan. ¿Qué espíritu malévolo, qué furia infernal quiere conmover las tranquilas moradas de los pueblos comarcanos, acaso con el fanático y atrevido pensamiento de acercarse a nosotros, sin conocer que vendría a buscar su sepulcro? ¿Acaso porque la divina misericordia quiere compadecerse de tantos infelices extenuados con la escasez, allí mismo el demonio prepara el veneno a los sencillos habitantes? Tal parece su oculto designio. Y si la Divina Providencia nos quiere dar un nuevo testimonio de protección, congratulémonos, dándole las más sinceras gracias; pero si nuestra ingratitud no reconoce su benéfica mano, temamos su justa indignación.

Sí, amados habitantes, ya lo seáis de mi diócesis o de otra cualquiera; yo no puedo prescindir de avisaros el riesgo que corren vuestras almas y la ruina que amenaza a vuestras personas si no cerráis los oídos a la tumultuaria voz que se ha levantado en estos días en los pueblos de Dolores y San Miguel el Grande y ha corrido hasta la ciudad de Querétaro. Algunas personas díscolas, entre las cuales oigo con dolor de mi alma el nombre de un sacerdote, digno de compasión y vitando por su mal ejemplo, parecen son los principales fautores de la rebeldía.

Dime, dime, pobre engañado por el espíritu maligno, tú que lucías antes como un astro tan brillante por tu ciencia, ¿cómo has caído como otro Luzbel por tu soberbia? ¡Miserable! No esperes que mis ángeles (así llama la escritura a los sacerdotes) vayan

¹⁴ Ad. Rom., cap.8, V. 9.

tras de ti, como aquella multitud que arrastró el ángel cabeza de los apóstatas en el cielo; todos pelearán con el Preósito de la Milicia Eclesiástica, y no se volverá a oír tu nombre en este reino de Dios sino para eternos anatemas. Bendito sea el Señor que me ha consolado con la dicha de que ninguno de mi clero haya manchado hasta ahora la buena opinión, y espero contribuirá como hasta aquí a la conservación de la quietud pública.

Pero ya que al frente de los insurgentes se halla un ministro de Jesucristo (mejor diré de Satanás), preconizando el odio y exterminio de sus hermanos y la insubordinación al poder legítimo, yo no puedo menos de manifestaros que semejante proyecto no es ni puede ser de quien se llama cristiano. Es contrario a la ley y doctrina de Jesucristo; y si el observar lo que él mismo nos manda sobre la caridad con nuestros hermanos os conducirá al cielo, el practicar lo contrario os llevará infaliblemente al infierno. ¡Mirad qué precursor del Anticristo se ha aparecido en nuestra América para perdernos!

Si yo tratara de probar esta verdad con la multitud de testimonios divinos que la autorizan, me dilataría mucho; pero os hago el honor o justicia de creer que no dudaréis de las proposiciones que un prelado ingenuo os dice con sencillez, esperando le deis crédito.

Cuando tenía el mando político os hablé de la pueril rivalidad y necios partidos de europeos y criollos. El buen ciudadano no debe conocer otro que el de la religión que le honra y la razón que le ilustra; el buen cristiano, el que prefiere a todo la ley del Redentor, no solamente debe cumplir con los deberes de hombre civil, sino también debe mirar con amor a su prójimo, como Dios se lo manda. ¿Y será amarle inspirar odio contra él ? ¿ Será amarle afligir su persona y privarle de sus intereses, atentar contra su reposo y vida? Es claro que no. Pues a esto se dirige el plan inquieto de esos enemigos de vuestra vida e intereses. Vosotros mismos podéis conocerlo, pues no ignoráis que los capítulos principales de la ley de Dios. comunicada por los profetas, su

Divino Hijo y los apóstoles, son amar al prójimo como a nosotros mismos. No os dejéis, pues, alucinar de quien os proponga lo contrario; mirad que el interés eterno de vuestra alma es preferible a todos los temporales que falsamente os promete el principal agente de la insurrección, y que ciertamente no lograréis, aun en el caso no esperado de que los sediciosos llevasen al cabo sus perversas ideas, que todas se dirigen a perderos y arruinaros.

Se apoderarían entonces de las riquezas y del mando los más atrevidos, y lejos de lograr vosotros felicidad alguna, seríais víctima de la dominación nueva. Desengañaos, hijos míos y creed a un padre que os ama con todo su corazón. Ese Diotrephe,¹⁵ que ha sacado de sus casas a los de San Miguel y Dolores, no busca la fortuna de éstos ni la vuestra, sino la suya; pretende obtener el principado entre vosotros; el día menos pensado será vencido por otro espíritu peor y más fuerte, que halagará vuestra docilidad con promesas más lisonjeras; mudaréis de jefes, destruyendo mutua y sucesivamente la soberbia del poder de los hijos de Satanás, padre de la mentira; se dividirá el reino, quedará desolado¹⁶ y será, finalmente, presa de algún extranjero advenedizo, no gachupín o criollo, sino de nacimiento oscuro y dudoso, que no reconozca Dios ni prójimo y se gobierne únicamente por las ideas y política particular de su ambición ilimitada. El que confía en hombre es maldito de Dios, como lo dice por su profeta Jeremías;¹⁷ el Señor de la verdad y la paz abomina al varón sanguinario y doloso,¹⁸ y le corta la vida aun antes de la mitad de sus días,¹⁹ cayendo, sin saber cómo en el lazo que armaba.²⁰

¹⁵ Joan., 3, V. 9.

¹⁶ Math., cap. 12, V. 25.

¹⁷ Hierem., cap. 17, V. 5.

¹⁸ Psalm., 5, V. 7.

¹⁹ Psalm., 54, V. 24.

²⁰ Psalm., 84, V. 7.

¿No lo veis verificado en la revolución de Francia? Algunos pocos han sido ensalzados; todos los demás, o han perdido hasta el número de dos millones de hombres en las campañas de veintiún años o han quedado en la misma indigencia y clase en que estaban colocados, si no han sido reducidos a otra de mayor penuria. Lo mismo sucedería a vosotros; trabajaríais para engrandecer al más intrépido, y quedaríais casi todos defraudados de vuestros deseos. El mejor gobierno de cada país es el que actualmente tiene, dijo ya años hace, sin poder resistir a la fuerza de la verdad, uno de los mayores revolvedores de la Francia, porque son tales y tantas las desgracias que han de intervenir para mudarlo, que jamás podrá compensarlas felicidad alguna. ¿Qué deberá decirse ahora, después de haber aprendido lo que nos enseña el ejemplar de Francia? Es cierto que Napoleón domina, prospera y subyuga; pero este impío, ensalzado sobre los cedros del Líbano por su astucia infernal, dejará de experimentar, cuando menos lo piense, la muerte desastrada que ha sorprendido a todos los demás perseguidores de la Iglesia, como refiere individualmente Lactancio Firmiano en el libro *De morte persecutorum*. ¿Se ha abreviado la mano del Señor o dejarán de cumplirse en algún tiempo sus palabras?

¿A cuántos errores y extravíos os conducirá un hombre que, además de haber prostituido su carácter con odio condenado por nuestra santa ley, se ha asociado con algunos otros, publicando la rebelión contra su amante y augusto soberano, en este suelo tan fiel? ¡Gran Dios! ¿Qué mayor daño pudiera causarnos si hubiera venido a nuestro hemisferio el tirano Napoleón, enemigo de nuestra religión y de la patria? Si este diablo malo hubiese conseguido introducir en medio de nosotros un emisario y colocarlo al frente de un pueblo leal, ¿qué más hubiera podido maquinarse contra el trono y vasallos de Fernando? Publicar una guerra civil, desobedecer a las potestades legítimas, autorizar el robo, promover el desorden y dar principio a una serie de males incalculables. Este es el resultado de lo que ahora

a los incautos muy lisonjero; pero, ah, ¡cómo lloraríamos todos la suerte infeliz que nos arruinaría, si prosperase tal proyecto tan acomodado a las miras de Napoleón! ¡Qué placer tendría el perseguidor de la Iglesia si supiese que en la Nueva España un sacerdote había hecho tanto en su favor cuanto no han podido alcanzar sus emisarios! No lo permita Dios, ni a la ejemplar y heroica lealtad de este reino le caiga la mancha de faltar a la palabra que tantas veces ha jurado de ser fiel a su rey y a las potestades que nos gobiernan en su nombre.

Por fortuna, acaba de llegar un jefe que, penetrado del mayor amor a estos vasallos, desea, como a mí me consta por aviso suyo, evitar las funestas consecuencias que a sus súbditos amenazan, si no aquietan y desisten de sus ideas revolucionarias. Me consta también que quiere eficazmente la paz y tranquilidad, y que para conseguirla no perdonará medio alguno suave y caritativo. Verán los inquietos pruebas de su clemencia, si conocen su error y se aquietan; pero si continúan en sus atrevidos pensamientos, no duden también que experimentarán los rigores que dicta la justicia, de que no puede prescindir, a pesar de su buena disposición para perdonar, contra unos hombres cuyo fin será la muerte y cuyos estragos trascenderán a todos.

¿Sabéis quién es el autor invisible de esta insolente facción, semejante a la que en otros tiempos se vio en la ciudad de Florencia?²¹ ¿Queréis ver sobre la cabeza de los díscolos aquella multitud de cuervos del infierno que manifestó San Andrés Corsini a los florentinos eran la causa de las disensiones? No necesitáis de esa señal, pues sois cristianos y os creo amantes de vuestro pastor, que, repartiendo el depósito de la doctrina, convierte finalmente sus palabras a los que han dado motivo a esta carta, y penetrado del dolor más íntimo por los amargos efectos que mira necesarios, les llama, convida y ruega con la paz, diciéndoles,

²¹ Boland., 30, Januar

bañados sus ojos en lágrimas: por vosotros olvido el cuidado de mi salud, y si pudiese abrir mi corazón veríais que cada uno está en él. No puedo reprenderos vuestra indiferencia hacia mí; pero ¿de qué servirá ni vuestro amor a mi pobre persona, no el mío a vosotros, si no oís mi voz y la obedecéis? ¿Qué consuelo ni vida puede tener un pastor que acaso verá perecer a las almas redimidas con la preciosísima sangre de Jesucristo, si no calma esta tempestad de malvados? ¿Y qué puede esperar, estando divididos los ánimos del gachupín y criollo, sino la destrucción de uno y otro?²²

Ea, pues, carísimos hijos míos, volved a vuestras casas y familias, que estarán llorando vuestra ausencia y temiendo vuestra infeliz suerte. Volved sobre vosotros mismos para que mi alegría sea completa, como dice San Pablo a los filipenses.²³ Todos sois para mí mi padre, mi madre, mis hermanos, mis hijos; yo intercederé, con el excelentísimo señor virrey por el perdón, y os aseguro que lo hallaréis dispuesto a perdonaros, usando de toda la indulgencia y equidad posibles. No perdonaré medio alguno para hacer presente vuestra docilidad y arrepentimiento, como lo hizo un San Flaviano para conseguir el indulto más cumplido a los vecinos de Antioquía, que habían caído en semejante exceso.

Vosotros, sacerdotes, limpiad con vuestro piadoso celo el borrón con que un ministro del santuario ha tiznado nuestro venerable gremio; sí, vosotros, hermanos míos, debéis ayudarme a llorar el extravío de nuestro hermano y la ceguedad de los que ha engañado. Vosotros debéis dar lección y ejemplo de la unión, paz y caridad que debe reinar entre todos los fieles. Vosotros también, ejemplares religiosos, a quienes los sumos pontífices llaman tropas auxiliares de la santa Iglesia y de sus primeros pastores, debéis distingueros del resto del pueblo, caminando

²² Oseas, cap. 10, 2.

²³ Cap. 2, V. 2.

delante de él con las hachas encendidas en las manos, esto es, con las buenas obras, para que sean imitados de todos y den gloria al Padre que está en los cielos. ¿Y en qué ocasión más oportuna podréis manifestar vuestra sólida virtud que en la presente, enseñando, exhortando al pueblo a la unión, la paz y la obediencia; persuadiendo a los débiles y fortaleciendo a los robustos, para que aquéllos no se dejen seducir y éstos se mantengan fuertes en la fe, en la lealtad y en la obediencia a su Dios y a su legítimo soberano?

Y no creáis, los que os halláis en diferente estado, que no os comprende esta misma obligación. A todos la impuso Dios en el precepto de la caridad; en donde debéis inferir y evitar la reprensible conducta de aquellos que fomentan discordia y preparan a sus hermanos la ruina eterna y temporal.

¡Quiera Dios que en vosotros y en todos se conserve la preciosa herencia y rica joya de la paz! Y mientras en mis tibias oraciones quedo suplicándosela, os bendigo con aquellas palabras del apóstol a los romanos: *El Dios de paz sea con todos vosotros. Amén.*

México y septiembre 24 de 1810.- *Francisco*, arzobispo de México. Por mandato de S. E. I. el arzobispo, mi señor, *Dr. D. Domingo Hernández*, secretario.

DOCUMENTO N° 3

Edicto del tribunal de la Inquisición, en el cual citó al Sr. Hidalgo para que compareciera a responder a los cargos que se le hacían y excomulgó a todos los insurgentes.

Nos, los inquisidores apostólicos contra la herética pravedad y apostasía en la ciudad de México, estados y provincias de esta Nueva España, Guatemala, Nicaragua, islas Filipinas, sus distritos y jurisdicciones, por autoridad apostólica, real y ordinaria, etc.

A vos, el Sr. D. Miguel Hidalgo y Costilla, cura de la Congregación de los Dolores, en el obispado de Michoacán, titulado capitán general de los insurgentes:

Sabed que ante nos pareció el señor inquisidor fiscal de este Santo Oficio e hizo presentación en forma en un proceso que tuvo principio en el año de 1800 y fue continuado a su instancia hasta el año de 1809, del que resulta probado contra vos el delito de herejía y apostasía de nuestra fe católica, y que sois un hombre sedicioso, cismático y hereje formal por las doce proposiciones que habéis proferido y procurado enseñar a otros, que han sido la regla constante de vuestras conversaciones y conducta, y son en compendio las siguientes:

Negáis que Dios castiga en este mundo con penas temporales; la autenticidad de los lugares sagrados, de que consta esta verdad; habéis hablado con desprecio de los papas y del gobierno de la Iglesia, como manejado por hombres ignorantes, de los cuales uno, que acaso estaría en los infiernos, estaba canonizado; aseguráis que ningún judío que piense con juicio se puede convertir, pues no consta la venida del Mesías; y negáis la perpetua virginidad de la Virgen María; adoptáis la doctrina de Lutero en orden a la divina eucaristía y confesión auricular, negando la autenticidad de la epístola de San Pablo a los de Corinto y asegurando que la doctrina del Evangelio de este Sacramento está mal entendida en cuanto a que creemos la existencia de Jesucristo en él; tenéis por inocente y licita la polución y fornicación, como efecto necesario y consiguiente al mecanismo de la naturaleza, por cuyo error habéis sido tan libertino que hicisteis pacto con vuestra manceba de que os buscasse mujeres para fornicar, y que para lo mismo le buscaríais a ella hombre, asegurándola que no hay infierno ni Jesucristo; y, finalmente, que sois tan soberbio que decís que no os habéis graduado de doctor en esta universidad por ser claustro una cuadrilla de ignorantes.

Y dijo (el inquisidor fiscal) que, temiendo o habiendo llegado a percibir que estabais denunciado al Santo Oficio, os ocultasteis

con el velo de la vil hipocresía, de tal modo, que se aseguró en informe que se tuvo por verídico que estabais tan corregido que habíais llegado al estado de un verdadero escrupuloso, con lo que habíais conseguido suspender nuestro celo, sofocar los clamores de la justicia y que diésemos una tregua prudente a la observación de vuestra conducta; pero que vuestra impiedad, represada por temor había prorrumpido como un torrente de iniquidad en estos calamitosos días, poniéndoos a la frente de una multitud de infieles que habéis seducido, y declarando guerra a Dios, a su santa religión y a la patria, con una contradicción tan monstruosa que, predicando, según aseguran los papeles públicos, errores groseros contra la fe, alarmáis a los pueblos para la sedición con el grito de la santa religión, con el nombre y devoción de María Santísima de Guadalupe y con el de Fernando VII, nuestro deseado y jurado rey. Lo que alegó en prueba de vuestra apostasía de la fe católica y pertinacia en el error; y, últimamente, nos pidió que os citásemos por edicto, y bajo la pena de excomunión mayor o mandásemos que comparecieseis en nuestra Audiencia en el término de treinta días perentorios, que se os señala por término desde la fijación de nuestro edicto, pues de otro modo nos es posible hacer la citación personal; y que circule dicho edicto en todo el reino para que todos sus fieles y católicos habitantes sepan que los promotores de la sedición e Independencia tienen por corifeo un apóstata de la religión, a quien, igualmente que al trono de Fernando VII, ha declarado la guerra; y que, en el caso de no comparecer, se os siga la causa en rebeldía hasta la relajación en estatua.

Y nos, visto su pedimento ser justo y conforme a derecho, y la información que contra vos se ha hecho, así del dicho delito de herejía y apostasía, de que estáis testificado, y de la vil hipocresía con que eludisteis nuestro celo y os habéis burlado de la misericordia del Santo Oficio, como de la imposibilidad de citaros personalmente, por estar resguardado y defendido del ejército de insurgentes que habéis levantado contra la religión y la patria,

mandamos dar y dimos esta nuestra carta de citación y llamamiento, por la cual os citamos y llamamos para que desde el día que fuese introducida en los pueblos que habéis sublevado, hasta los treinta siguientes, leída y publicada en la santa catedral de esta ciudad, parroquias y conventos, y en la de Valladolid y pueblos fieles de aquella diócesis, comarcanos con los de vuestra residencia, parezcáis personalmente ante nos en la sala de nuestra Audiencia, a estar a derecho con dicho señor inquisidor fiscal, y os oiremos y guardaremos justicia; en otra manera, pasado el sobredicho término, oiremos al señor fiscal y procederemos en la causa sin más citaros ni llamaros, y se entenderán las siguientes providencias con los estrados de ella hasta la sentencia definitiva, pronunciación y ejecución de ella, inclusive, y os parará tanto perjuicio como si en vuestra persona se notificasen.

Y mandamos que esta nuestra carta se fije en todas las iglesias de nuestro distrito y que ninguna persona la quite, rasgue ni cancele, bajo la pena de excomunión mayor y de quinientos pesos aplicados para gastos del Santo Oficio, y de las demás que imponen el derecho canónico y bulas apostólicas contra los fautores de herejes; y declaramos incursos en el crimen de fautoria y en las sobredichas penas a todas las personas, sin excepción, que aprueben vuestra sedición, reciban vuestras proclamas, mantengan vuestro trato y correspondencia epistolar y os presten cualquier género de ayuda o favor, y a los que no denuncien y no obliguen a denunciar a los que favorezcan vuestras ideas revolucionarias, y de cualquier modo las promuevan y propaguen, pues todas se dirigen a derrocar el trono y el altar, de lo que no deja duda la errada creencia de que estáis denunciado y la triste experiencia de vuestros crueles procedimientos, muy iguales, así como la doctrina, a los del pérfido Lutero en Alemania.

En testimonio de lo cual mandamos dar y dimos la presente, firmada de nuestros nombres, sellada con el sello del dicho Santo Oficio y refrendada de uno de los secretarios secretos de él.

Dada en la Inquisición de México y sala de nuestra Audiencia,

a los trece días del mes de octubre de 1810. *Dr. D. Bernardo de Prado y Obejero. Lic. D. Isidoro Sáinz de Alfaro y Beaumont.* Por mandato del Santo Oficio, *Dr. D. Lucio Calvo de la Cantera,* secretario.

DOCUMENTO N° 4

NOTA: Entre las resmas de proclamas que nos han venido de la península desde la irrupción en ella de los franceses no se leerá una cuartilla de papel que contenga, ni aun indicada, excomunión de algún prelado de aquellas partes contra los que abrazasen la causa de Pepe Botella, sin que nadie dude que sus ejércitos y constitución venía a destruir el cristianismo en España.

Valladolid, diciembre 15 de 1810.

DOCUMENTO N° 5

Don Miguel Hidalgo y Costilla, generalísimo de América.

Por el presente mando a los jueces y justicia del distrito de esta capital, que inmediatamente procedan a la recaudación de las rentas vencidas hasta el día por los arrendatarios de las tierras pertenecientes a las comunidades de los naturales, para que, enterándolas en la Caja Nacional, se entreguen a los referidos naturales las tierras para su cultivo, sin que para lo sucesivo puedan arrendarse, pues es mi voluntad que su goce sea únicamente de los naturales en sus respectivos pueblos.

Dado en mi cuartel general de Guadalajara, a 5 de diciembre de 1810.-*Miguel Hidalgo, generalísimo de América.* Por mandato de su alteza, *Lic. Ignacio Rayón,* secretario.

INDICE

PROLOGO DE EUGENIA YLLADES	Pág. VII
CON EL CURA HIDALGO EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA.	1
APENDICE	141

Con el cura Hidalgo en la Guerra de Independencia se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos del Gobierno del Estado de Guanajuato en el mes de Enero de 2003.

El tiraje fue de 3000 ejemplares.



Secretaría de
Gobierno



EDICIÓN CONMEMORATIVA

2003

AÑO DE

**DON MIGUEL
HIDALGO Y COSTILLA
PADRE DE LA PATRIA**

ARCHIVO GENERAL DEL GOBIERNO
DEL ESTADO DE GUANAJUATO

Fragmento del mural existente en Palacio Nacional,
del pintor guanajuatense Diego Rivera.

DISEÑO DE PORTADA: DIRECCIÓN DE TALLERES GRÁFICOS.

